



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales

*“El proceso de diferenciación del adolescente:
una dialéctica entre lo micropolítico y lo poético
desde una epistemología narrativa”*

Autor

Felipe Rubilar Baeza

Profesor guía

Rodrigo Morales Martínez

Profesor Patrocinante

Felipe Gálvez Sánchez

Índice

Resumen	3
Introducción	4
Formulación del problema	6
Pregunta de investigación.....	11
Metodología	11
1. La constitución del adolescente como sujeto biológico y psicosocial	13
1.1 Cambios biológicos en la adolescencia	14
1.2 Cambios Psicosociales en la adolescencia	16
1.3 La imaginación creadora de Vigotsky: el adolescente se abre camino	18
2. Identidad narrativa: algunas consideraciones teóricas para entender la búsqueda de la identidad en la adolescencia desde un plano ontológico	21
2.1 Mismidad e Ipseidad	22
2.2 La Identidad Narrativa: una dialéctica entre Mismidad e Ipseidad	23
2.3 La identidad narrativa en el adolescente	24
3 Adolescencia y diferenciación.....	26
3.1 El adolescente en la sociedad moderna	26
3.2 El adolescente en su grupo de pares	29
3.3 Los comportamientos de riesgo en el adolescente	31
4.1 El carácter normativo de la función parental.....	35
4.2 Las relaciones de poder en el sistema familiar	36
4.3 La adolescencia como un distanciamiento de la micropolítica familiar.....	40
4.4 Imaginación poética y resistencia en el adolescente	44
5. Consideraciones para la clínica relacional sistémica con adolescentes	51
5.1 La experiencia del equipo de Investigación <i>Aporesis</i> : El Proyecto Semilla.....	52
5.2 Aspectos a considerar para una psicoterapia crítica con adolescentes	54
Conclusiones	59
Anexos	63
Bibliografía.....	90

Resumen

El siguiente trabajo se propuso examinar el proceso de diferenciación del adolescente como un dialéctica entre aspectos micropolíticos y poéticos a la base.

Desde una perspectiva narrativa que intenta situar esta etapa del ciclo vital en un contexto sociocultural posmoderno, la adolescencia es analizada como un periodo que adquiere una significación fundamental en el proceso vital del individuo, debido a los inevitables cambios biológicos y sociales que emergen en ese momento.

Estos cambios fueron concebidos como los factores que inician una modificación en el proceso de subjetivación del adolescente, el cual, comprendiéndolo desde un tiempo histórico actual, implica en el adolescente la búsqueda de su legitimación por medio de la diferenciación de los otros.

Así, esta legitimación que el joven pretende alcanzar en sociedad, se observa como un proceso que posee aspectos políticos fundamentales a la base, en tanto el joven individuo comienza a criticar la gobernabilidad de su conducta que ha sido llevada a cabo por parte de sus padres.

Este trabajo se valió en buena medida del pensamiento de Foucault al analizar las relaciones de poder que participan en la familia, y de la obra del psiquiatra argentino Marcelo Pakman para examinar el sistema familiar como articulado por una micropolítica que responde a los discursos culturales dominantes.

Así, frente a la continua sujeción que esta micropolítica ejerce sobre la individualidad del adolescente, el proceso de subjetivación de éste se observa como la búsqueda de un relato de sí mismo del joven que dé cuenta del alcance de una singularidad desanclada de la micropolítica, y que habitaría en la dimensión poética definida por Pakman.

De este modo, al examinar que la influencia de lo micropolítico sobre la subjetividad perdura durante toda la vida del sujeto, se consideró el proceso de diferenciación del adolescente como una dialéctica entre esta micropolítica perpetua, y lo poético, lo cual da cuenta de momentos que constituyen la singularidad del adolescente gracias a la capacidad creadora del joven.

Además de esto, se entrevistó a dos psicólogos profesionales en un intento de esbozar una serie de consideraciones clínicas que pudiesen emerger de esta investigación; lo cual dio luces de la importancia que tiene la micropolítica familiar en el relato del paciente y en el proceso terapéutico, y de la necesidad de fomentar en terapia los aspectos creativos del adolescente, lo cuales hablan sobre una capacidad imaginativa del joven que promueve una manera singular de estar en el mundo, y que llevan a éste a habitar en lo poético.

Introducción

El presente trabajo tiene la intención de inscribirse dentro de los estudios cuya orientación central es el intento de comprender procesos de subjetivación en un acontecer contemporáneo.

Bajo el alero de la visión posmoderna, en la actualidad todo intento de estructuración de los supuestos que integran el objeto de estudio de diversas ciencias sociales, dentro de un enfoque orientado hacia el positivismo; ha quedado suspendido frente a la relativización de las verdades, y frente al hecho de que desde el paradigma posmoderno, se afirma la existencia de una multiplicidad de discursos que entraman la realidad social, en donde el método científico sería tan sólo uno de ellos y no el discurso que explique una única verdad de las cosas. De este modo, esta investigación pretende considerar el contexto histórico que nos atañe, emancipándose de cualquier intento de alcanzar leyes generales, y valiéndose de una hermenéutica que trate de comprender el proceso de subjetivación que será analizado a continuación.

Ahora bien, el motivo por el cual se escogió el fenómeno de la adolescencia como el objeto de análisis de este trabajo, tiene relación con la complejidad que atraviesa éste en el actual escenario social. En esta multiplicidad de discursos que entraman lo social, la subjetividad individual parece verse cada vez más enmarañada por éstos, quedando muchas veces sujeta como un invertebrado atrapado por una tela de araña. Esta sujeción descrita da cuenta de la existencia de ciertas prácticas discursivas que dominan culturalmente, y que se encarnan en una micropolítica que se crea, mantiene y regula a través de una trama de saber/poder. (Pakman, 2010).

En este sentido, es interesante observar como el adolescente que se rebela ante la sociedad encarna la figura del individuo que no se somete a tales sujeciones, el sujeto que está en oposición a las normas; debido a que si bien es cierto es una figura estereotipada y muchas veces criticable, da cuenta de una irrefutable resistencia de parte de ésta frente al dominio de las determinaciones sociales.

De esta manera, desde el enfoque con que se realizará el presente trabajo, este periodo contradictorio y antitético, se comprenderá como una crítica hacia los mecanismos que gobiernan la subjetividad individual, quizás de modo análogo a como se constituyó lo posmoderno, a través de una crítica hacia la Ilustración y a su incuestionada fe en la razón como única vía para entender la realidad.

En este sentido se puede pensar la subjetividad del adolescente como una subjetividad contemporánea, en tanto mantiene la postura crítica característica de este periodo actual, basada principalmente en la desaparición de idealismos, pérdida de fe en la ciencia y en la religión, y la relativización de la verdad.

Por este motivo, se piensa que el análisis de este periodo desde una hermenéutica alejada de supuestos totalitarios positivistas, será de gran ayuda para entender cómo se constituye hoy por hoy una subjetividad contemporánea, siendo la subjetividad en formación de un adolescente, fiel representativa del panorama social actual.

Ahora bien, esta subjetividad, para ser analizada desde una perspectiva posmoderna, deberá examinarse como perteneciendo a un individuo que adquiere un Sí mismo en constante cambio por su adhesión a las múltiples formas de discurso que componen el universo lingüístico (Arciero, 2003). Es por esta razón que este proceso se estudiará bajo una epistemología narrativa, en tanto ésta considera la historia de vida del individuo como un relato que puede reconfigurarse a cada instante por éste, en contraposición a una comprensión totalizadora de la personalidad del sujeto.

De esta manera, se analizará la búsqueda de identidad del adolescente, como un proceso en donde se lleva a cabo una narrativa que le irá dando sentido a la historia de vida del joven a través de los años. Esta narrativa se examinará como configurándose dentro de un entramado social contemporáneo, en donde existen ciertos discursos dominantes que se encargan de sujetar la subjetividad individual. No obstante, en contraposición a esto, desde Pakman (2010), observaremos que esta micropolítica que reproduce estos discursos se ve interrumpida por ciertos momentos que abren un espacio virtual en donde emerge lo singular, lo que se resiste a ser sujetado y gobernado; momentos que son denominados por Pakman como eventos poéticos.

El presente trabajo entonces tiene el objetivo de analizar, desde una perspectiva hermenéutica narrativa, el proceso de subjetivación que dé cuenta de la diferenciación del adolescente. Este análisis implica examinar cómo se configura esta identidad narrativa del joven que se encuentra en todo momento interactuando con la hegemonía de los discursos dominantes, y con la emergencia de lo singular que se resiste a ser objetivado; lo cual da cuenta de un necesario examen sobre cómo esta dialéctica entre lo micropolítico y lo poético participa en el proceso de subjetivación del adolescente.

Formulación del problema

Es de conocimiento popular que la adolescencia es un momento crítico en la vida de todo hombre y mujer. Un proceso en donde se experimenta un quiebre interno en la manera de vivir del individuo, el cual cimienta el camino hacia la adultez a punta de cambios irrevocables.

Existe una amplia bibliografía que se ha especializado en profundizar en estos cambios experimentados por el joven, describiéndolos exhaustivamente y analizando como la interrelación entre éstos orientan al adolescente en la búsqueda de su identidad. Por nombrar algunos, Erikson (1983) observa este proceso como perteneciendo a uno de los ocho estadios del hombre, considerándolo como una disputa entre la búsqueda de la identidad con la difusión del rol.

Por otro lado Jean Piaget, en su célebre trabajo "*Seis estudios de psicología*" (1967) comprende este periodo como dentro de la última etapa del desarrollo del individuo, enfocando la mirada en los cambios a nivel cognitivo en la persona.

En relación a los cambios que tienen un origen fisiológico en el organismo del sujeto, existe un consenso sostenido en los pilares de la biología cuya validez no se intenta cuestionar en el presente trabajo. Por otro lado, son los cambios sociales que experimenta el adolescente los que deben de ser puestos bajo un lente crítico considerando la complejidad que atañe a lo social.

En base a esto, Kohlberg comprende la adolescencia como aconteciendo en el nivel moral que él llama convencional, en el cual el individuo subordina las necesidades del individuo único a los puntos de vista y necesidades del grupo o relación compartida (Kohlberg, 1927/1992). Esta actitud se contrapone a la que se tiene en el primer nivel moral (denominado preconvencional), el cual según este autor, es el nivel en el que se encuentra la mayoría de los infantes; y se caracteriza por un desconocimiento de las normas sociales convencionales, y por una perspectiva individualista concreta que tienen los individuos en este nivel.

Por otro lado, para Le Breton (2007/2012), los cambios en el joven se comprenden como una ampliación en la relación con los otros; se produce un intenso debate con los padres que desemboca en una búsqueda desesperada de nuevos límites, lo cual se traduce en una separación paulatina de las figuras parentales, dirigiendo el foco hacia las relaciones entre pares. Se asemeja a una fractura en el centro mismo del sentimiento de identidad.

El presente trabajo tiene como finalidad comprender cómo esta identidad resquebrajada en la adolescencia, se va construyendo y reafirmando en este proceso vital del desarrollo. Todo esto se considerará en el contexto actual en el que nos

hallamos inmersos, debido principalmente a que se intentarán concebir ciertas consideraciones relevantes para la psicoterapia sistémica con adolescentes; lo cual compele al presente trabajo a ceñirse al presente.

Tomando en cuenta lo anteriormente señalado en relación al contexto moderno en el que nos encontramos, es que será pertinente dirigirnos a la obra de Le Breton (2007/2012), en la cual se afirma que en la actualidad las referencias sociales y culturales se multiplican y se relativizan unas a otras, lo que produce que el adolescente se deba legitimar por sí mismo. Esta legitimación individual es lo que insta a denominar este proceso como una diferenciación del sujeto.

Sin embargo, este legitimarse por sí mismo no significa que el sujeto deba construir su identidad en base a aislarse de la sociedad. Es cierto que el sentido se individualiza, pero éste se vincula sólo cuando también está cargado de valor para los otros (Le Breton, 2007/2012). Esto quiere decir que el adolescente debe establecer por decisión propia vínculos que satisfagan el sentimiento de sí mismo y desechar aquellos en los que menos se reconoce.

Si consideramos el panorama nacional actual, esta necesidad de vincularse de parte del adolescente que Le Breton enfatiza, concuerda en cierto sentido con la consigna del Plan Nacional de salud mental y psiquiatría para un mejor bienestar en la salud mental de los habitantes de Chile. Tal como señala Minoletti:

“El Plan tiene como propósito contribuir a que las personas, las familias y las comunidades alcancen y mantengan la mayor capacidad posible para relacionarse entre sí y con el medio ambiente, de modo que promuevan el bienestar subjetivo, el desarrollo y el uso óptimo de sus potencialidades psicológicas, cognoscitivas, afectivas y relacionales, y el logro de sus metas individuales y colectivas, en concordancia con la justicia y el bien común” (Minoletti y Zaccaria 2005; pp 2)

El Plan Nacional para la Salud Mental en Chile pone el acento en la relación entre individuos como la base para el bienestar de las personas. De esta manera, una terapia con adolescentes, necesariamente se enfocará en cómo éste se interrelaciona con el ambiente, a pesar de que se encuentre en un proceso en donde se busca la diferenciación del resto.

Complementando lo anterior, es en estas interrelaciones en las que el joven se ve inmerso de manera inevitable, en donde tienen lugar las relaciones de poder a las que Foucault hace alusión (1975/1988), considerando el carácter relacional que el concepto de poder tiene en la obra de este filósofo francés. Este poder que emerge en

las relaciones interpersonales, se encuentra articulado por distintas tecnologías cuyo objetivo es el de generar ciertos productos discursivos, con el fin de sujetar al individuo en estos discursos dominantes, y convertirlo en un sujeto productivo.

Así, Pakman (2010) denomina micropolítica a la reproducción y al mantenimiento de ciertas prácticas que perpetúan estos discursos objetivadores de sujeción; prácticas que responden tanto a una manera de ser, así como también de posicionarse en el entramado social. Micropolítica en tanto se considera lo político como llevado a un plano relacional en donde cada individuo es investido por guiones específicos que hacen a nuestras identidades y a nuestra condición de sujetos. Estos guiones son el producto de una red de saberes encarnados en discursos sociales que acompañan a los procedimientos divisorios en que se manifiestan las relaciones de poder. Éstos se encarnan en una subjetividad que mantiene estos discursos, y que los perpetúan.

De este modo, la problemática fundamental del presente trabajo, se relaciona con cómo el adolescente elabora su proceso de diferenciación, al interactuar en todo momento con esta micropolítica productora de ciertos discursos y posicionamientos específicos, que configurarían su subjetividad en un entramado estratégico basado en la operación de tecnologías, las cuales son comprendidas por Foucault como estrategias que están orientadas a la producción de ciertas prácticas de verdad (Morales, 2011). Todo esto será tomado en cuenta comprendiendo el vínculo social como fundamental en el desarrollo psicosocial del individuo desde la visión del Plan Nacional de Salud Mental.

Por otro lado, y también desde el planteamiento de Pakman (2010), existe una dimensión que interrumpe el operar de la micropolítica silenciosa en lo social, y que afirma la singularidad material del sentido, con lo que abre una infinidad de mundos posibles. Pakman denomina esta dimensión como lo poético; lo que se distancia de manera crítica de los lineamientos políticos que sujetan a las personas en roles específicos. Este terapeuta enfatiza que este distanciamiento crítico de lo micropolítico que logra esta dimensión, aparece teñido de una textura sensual única, irrepetible e irremplazable, en otras palabras, singular.

De manera análoga, y en primera instancia especulativa, es posible afirmar que la adolescencia es un momento de quiebre que marca un antes y un después en la experiencia del sujeto. En este quiebre habría un distanciamiento del cuerpo infantil y de su modo de actuar característico, dando paso a una actitud más rebelde y crítica que busca desesperadamente una identidad a la cual aferrarse. De este modo se piensa que en la adolescencia ocurren ciertos acontecimientos que podrían considerarse como perteneciendo a esta dimensión poética, los cuales participarían de la misma manera como lo hace la micropolítica subyugadora; por lo cual será necesario un análisis de

esta dimensión propuesta por Pakman para comprender el proceso de diferenciación del joven.

Por otro lado, atendiendo al concepto posmoderno que nos atañe, se hace necesario considerar una epistemología adecuada para elaborar el concepto de identidad. En *“Estudios y diálogos sobre la identidad personal”*, Arciero (2003) comprende la identidad posmoderna como poseyendo un carácter heterodirigido. Éste *“busca en la adecuación (situacional) de su propio sentir y accionar a la experiencia del otro el sentido de su propia individualidad”* (Arciero, 2003; pp 36). De esta manera, la identidad del sujeto desde lo posmoderno se basa en un Sí mismo en constante cambio por su adhesión a las múltiples formas de discurso que componen el universo lingüístico.

Esta existencia de múltiples Sí mismos que se van superponiendo a medida que el sujeto se va adecuando a nuevos contextos, revela la importancia crucial de la temporalidad, ya que ésta es un acontecer en el que se unifica lo que ha sido con la anticipación de lo que será, estructurando así la experiencia de la vida. No obstante, aunque la temporalidad estructure la experiencia del vivir, el acceso a esa dimensión de la existencia sólo puede producirse a través de la mediación de símbolos, discursos y narraciones. Esto evidencia la importancia de reconfigurar el acontecer de la experiencia en estructuras de sentido comunicables (Arciero, 2003).

Es por este motivo que la búsqueda del adolescente de su identidad personal, será comprendida en el presente trabajo como un proceso de reconfiguración de la experiencia en una narración, puesto que, tal como explica Arciero, ésta *“engloba en la unidad de la historia en desarrollo el sentido de permanencia de los modernos con los múltiples Sí mismos de los posmodernos, entre continuidad y variabilidad”* (Arciero, 2003; pp 40).

Así, el proceso de diferenciación del adolescente se vislumbrará como una narrativa que dé cuenta de la temporalidad de la experiencia del individuo; en donde se analizará la participación que tiene lo micropolítico y lo poético en el desenlace de éste.

Ahora bien, la relevancia social de este análisis sobre el proceso de la adolescencia que tiene lugar en este trabajo, se hace visible si se toma en cuenta que a pesar de ser una de las prioridades programáticas del Plan Nacional de Salud Mental y Psiquiatría, y uno de los objetivos sanitarios del Ministerio de salud, *“el desarrollo de servicios de salud mental para niños y adolescentes está aún muy lejos de alcanzar la cobertura mínima definida en el Plan”* (Minoletti y Zaccaria 2005; pp 352).

Esta precariedad en los servicios de Salud Mental en adolescentes, se transforma en un problema si consideramos que desde la segunda mitad del Siglo XX, las transformaciones sociales, económicas y culturales producidas en Chile han significado cambios en las tasas de natalidad, de mortalidad y cambios en la estructura de los riesgos de morbilidad, lo que en conjunto ha repercutido en modificaciones en la estructura por edades de la población (Vásquez, 2012). Según un estudio del SERNAM del 2007, el 24,6% de la población chilena es joven, distribuida en 2.068.974 hombres y 2.013.422 mujeres; lo cual da cuenta de la considerable cantidad de jóvenes que habitan en Chile.

Complementado a lo anterior, una investigación del Instituto Nacional de la Juventud, INJUV, reporta que el 13,4% de los escolares ha tenido depresión y un 15,7% crisis de angustia. Cifra que no es menor si se repara en la existencia de pocos dispositivos de salud mental específicos para niños y adolescentes, y en el bajo porcentaje de esta población tratada en los dispositivos generales de salud mental (Informe WHO-AIM, 2006). Junto a esto, tal como señala Vásquez (2012), los problemas mentales de los jóvenes que no reciben asistencia tiene por consecuencia resultados insuficientes en materia de educación, desempleo, uso de estupefacientes, estilos de vida peligroso, delitos, salud sexual y reproductiva deficiente, autolesiones y escaso cuidado de sí mismos, entre otros factores que aumentan los riesgos de enfermedades y de muerte prematura.

De esta manera, al existir un conocimiento insuficiente en el tratamiento de jóvenes con sintomatología mental, y al haber una precaria cobertura en relación a dispositivos de salud mental para niños y adolescentes en Chile, parece necesario un estudio que intente comprender como se lleva a cabo el proceso de diferenciación del adolescente en interacción con lo micropolítico y lo poético; con la finalidad de entregar ciertas directrices en relación a como intervenir con sujetos que experimentan este proceso de búsqueda de su identidad personal, que puedan ser útiles en el contexto de la salud mental.

Pregunta de investigación

¿De qué manera las dimensiones tanto micropolítica como poética participan en el proceso de diferenciación del adolescente?

Objetivo general

Describir el modo en que lo micropolítico y lo poético, participan en el proceso de diferenciación del adolescente; comprendiendo éste bajo una epistemología narrativa.

Objetivos específicos

Articular posibles directrices que debiese contemplar una psicoterapia sistémica con adolescentes, considerando el modo en que la dialéctica entre lo micropolítico y lo poético tiene lugar en su proceso de diferenciación.

Metodología

El siguiente es un trabajo que se puede considerar como una investigación teórica acerca del fenómeno de la adolescencia; investigación que, para valerse de una vasta revisión bibliográfica en lo que refiere a las implicancias micropolíticas y poéticas en el desarrollo de éste, deberá abarcar las siguientes aristas:

En primer lugar se dirigirá el foco en los factores biológicos que tienen lugar en este proceso; tales como los cambios hormonales a la base, y como la maduración que alcanza el joven en relación a sus procesos cognoscitivos. Luego de describir este reajuste fisiológico será necesario analizar su correlato psicosocial para poder comprender la base de la experiencia adolescente.

Luego de esta revisión teórica que abarcará a autores como Piaget (1989), Vigotsky (2007) y Erikson (1971), la mirada del trabajo se enfocará en la fenomenología hermenéutica de Paul Ricoeur. Su modelo hermenéutico basado en el acto de interpretar y de buscar sentido y comprensión a la experiencia, será examinado como una epistemología adecuada para comprender los aportes de los autores anteriores como una hermenéutica del desarrollo vital del individuo; y para vislumbrar éste como una subjetividad constituida como la narración de un relato.

Complementando la visión de Ricoeur, los aportes del investigador Giampero Arciero serán fundamentales para integrar lo narrativo de su teoría, puesto que en su obra *“Estudios y diálogos sobre la identidad personal”* (2003), considera la construcción de la identidad personal como un proceso de interpretación, apropiación y

reconfiguración de la experiencia pre-reflexiva (Cruz, 2012), lo cual está en estrecha relación con lo que Ricoeur denomina identidad narrativa.

Luego de esta descripción concreta y tangible del fenómeno de la adolescencia, y de considerar la epistemología narrativa de base para comprender el proceso de búsqueda de la identidad personal en el joven; se elaborará una reflexión crítica acerca de la realidad actual en la que el adolescente debe diferenciarse. Este análisis responde en parte a la necesidad de examinar como el panorama moderno influye en este proceso de individuación al considerar los factores sociales, políticos y económicos que influyen de manera evidente los procesos psicosociales. En cierta medida es no dejar de lado el contexto histórico en el presente análisis.

Posterior a esto, el enfoque del trabajo se dirigirá hacia lo político, vislumbrando su influencia definitiva en toda relación interpersonal. Se analizará el concepto de poder del filósofo Michel Foucault, y la manera en cómo éste participa en el proceso de subjetivación de todo individuo.

También se examinará a la familia contemporánea como un nicho en donde una de sus funciones es la de la reproducción de los discursos dominantes que habitan en determinada cultura, y cuyos roles posicionan a los individuos en lugares que sujetan y encadenan su subjetividad. En base a esto se analiza el concepto de micropolítica del psiquiatra argentino Marcelo Pakman, enfocándose en cómo ésta emerge en el entramado familiar y fomenta la gobernabilidad de la conducta del joven de parte de sus progenitores.

Luego de considerar aquellos aspectos políticos, el foco se trasladará hacia la dimensión poética propuesta por Pakman, describiendo como esta emerge y se constituye en la experiencia adolescente como una posibilidad de resistencia.

Con la consideración de ambas dimensiones ya elaboradas, el análisis del presente trabajo concluirá con un examen acerca de la interrelación entre ambos términos, en donde se podrá discernir el alcance de la influencia que cada dimensión adquiere en el proceso de subjetivación del individuo.

Posterior a esta discusión teórica que considera a Pakman, Foucault, Morales entre otros, el enfoque del trabajo se nutrirá de ciertos insumos empíricos que podrían dar luz acerca de posibles consideraciones clínicas que puedan emerger bajo el alero de los planteamientos esbozados. Para ello será necesario entrevistar a dos profesionales de la psicoterapia sistémica relacional que tengan una amplia experiencia en clínica infanto – juvenil, además de tener familiaridad con el marco teórico propuesto en esta investigación.

Esta entrevista será semi – estructurada, y tendrá el objetivo de examinar si los profesionales entrevistados dirigen la mirada hacia los aspectos micropolíticos que constituyen la díada psicólogo/consultante en su ejercicio profesional; y si se considera el distanciamiento de estos aspectos como relevantes para generar momentos generativos en psicoterapia, pensando éstos como perteneciendo a una dimensión poética que escapa a la objetivación de ciertos roles terapéuticos que la micropolítica perpetúa.

1. La constitución del adolescente como sujeto biológico y psicosocial

Desde los albores de la psicología entendida como una disciplina científica que el concepto de adolescencia ha tenido una importancia esencial para comprender el desarrollo vital del ser humano. Este concepto, entendido más que nada como un periodo particular en la vida del individuo, frecuentemente ha estado categorizado como definiendo una etapa del ciclo evolutivo humano; y se comprende como un proceso esencial para la constitución del individuo.

No es una coincidencia que la teoría psicosexual de Freud, desarrollada en su clásica obra “tres ensayos de teoría sexual” (1901/1984), considere la última fase del desarrollo psicosexual del individuo en la pubertad o adolescencia temprana; fase en donde el sujeto experimenta cambios definitivos en su genitalidad. Tampoco lo es que en la teoría del desarrollo cognoscitivo y afectivo de Piaget (1967), se considere la adolescencia como un proceso esencial para comprender la última etapa concebida por este psicólogo, vale decir la etapa de las operaciones formales.

Esta confluencia de diversos teóricos del comportamiento humano acerca de lo primordial de este periodo, logra enriquecerse y a la vez validarse si se consideran las diversas tradiciones culturales que comprenden esta etapa como el paso de la infancia hacia la edad adulta, celebrada de esta manera por rituales que simbolizan este cambio. Pueblos indígenas como los selknam y su ceremonia denominada h'ain, o el conocido Bar mitzvah de la tradición judía¹, son claras ejemplificaciones acerca de este tipo de rituales; los cuales nuevamente dan cuenta de la importancia de este proceso de tránsito.

Ahora bien, el hecho de que la adolescencia sea una etapa que ha tenido una relevancia importante en diversas culturas a lo largo de los años; además de ser objeto

¹ Bar Mitzvá, significa literalmente “hijo del deber”. Esta es una ceremonia realizada por los varones judíos a los 13 años de edad, luego de la cual éstos comienzan a ser responsables de sus obligaciones religiosas; se dice que asumen la religión. A partir de este momento los jóvenes empiezan a tener, como todos los adultos, derechos y obligaciones.

de estudio de distintos científicos del comportamiento humano; no parece responder a un capricho cultural o a una motivación arbitraria de parte de las teorías del desarrollo vital del ser humano. Es factible especular que una de las causas de este interés cultural y académico acerca de este periodo, se basa en la notable transformación que experimenta el individuo cuando llega a esta fase. El niño que se adentra en la experiencia de ser adolescente, sufre una mudanza corporal de una naturaleza inalterable, que trae consigo un correlato social que el individuo empieza a internalizar a medida que se hace consciente de dichos cambios.

Son estos cambios biológicos y psicosociales que se manifiestan en este periodo, los que producen una modificación irreparable en la subjetividad del individuo y en como éste se va a relacionar con el mundo de ahora en adelante; cambios cuyas características serán tratadas en este capítulo.

1.1 Cambios biológicos en la adolescencia

En relación a los cambios fisiológicos en el niño durante la temprana adolescencia, es fundamental considerar los cambios hormonales que tienen lugar en los jóvenes de ambos sexos, que se traducen en un repentino aumento en la producción de hormonas en el organismo, creando más andrógenos en los muchachos y más estrógenos en las chicas. Tal como señala Hoffman, Paris y Hall (1996), Estos nuevos niveles hormonales conducen directamente a extraordinarios cambios físicos en los jóvenes; tales como el ensanchamiento de las caderas y el desarrollo paulatino de los pechos en las mujeres; como el ensanchamiento de los hombros y el alargamiento del cuerpo en el chico. Estos cambios físicos, junto con el crecimiento y la preparación de los órganos de la reproducción en ambos sexos, son el resultado de esta modificación hormonal que experimenta el organismo, y evidencian el preludio de la transformación del cuerpo del niño en el de un adulto.

Siguiendo la misma línea, Erikson (1971) es claro al discernir la adolescencia como una época de la vida en que el cuerpo cambia sus proporciones de manera radical, en donde la pubertad genital inunda tanto el cuerpo como la imaginación con toda clase de impulsos. Por otro lado, la teoría sexual de Freud (1901/1984) considera la fase genital como la última del desarrollo psicosexual del individuo, en donde el niño, ahora convertido en un adolescente, se enfoca en los órganos genitales debido a que los deseos sexuales reprimidos durante la etapa latente se despiertan y hallan su objeto sexual.

Otro aspecto importante en el advenimiento de la adolescencia tiene que ver con los cambios cognitivos que tiene lugar en esta etapa. En relación a esto es fundamental

enfocarse en la teoría del desarrollo de Piaget para comprender como el individuo adolescente piensa.

Según este autor, el adolescente transita en lo que éste denomina como la etapa de las operaciones formales; última etapa del desarrollo en donde las estructuras cognoscitivas del niño alcanzan la madurez, y en donde éste desarrolla el razonamiento y la lógica para resolver toda clase de problemas.

Una de las características de esta etapa es que el pensamiento del adolescente se libera de las experiencias directas. El individuo puede razonar eficazmente acerca del presente, el pasado y el futuro. Esto ocurre ya que, tal como lo señala Piaget:

“el advenimiento de las operaciones formales...es lo que le permite al individuo separarse del presente...y de la situación de percepción local a la que el niño está más o menos constreñido, así como lo que le permite adentrarse en lo que es posible y en lo que todavía no existe”
(Wadsworth, 1989; pp 147).

Esta separación del presente se relaciona con que en este periodo los jóvenes comienzan a tratar con lo hipotético, con el futuro, con lo remoto. Éstos empiezan a especular sobre lo que podría ser en vez de aceptar lo que es (como lo harían los infantes). Tales cambios afectan su razonamiento científico, su visión de la sociedad y su comprensión de las otras personas (Hoffman, Paris y Hall 1996).

En relación a este nuevo razonamiento que emerge en esta etapa, llamada por Piaget como razonamiento hipotético-deductivo, el individuo que efectúa las operaciones formales tiene la capacidad de usar teorías e hipótesis para resolver problemas. La realidad para el joven es ahora sólo un subconjunto de las posibilidades para pensar: el adolescente puede pensar en relación de relaciones y otras ideas abstractas, como proporciones y conceptos de segundo orden. También es capaz ahora de entender plenamente y apreciar las abstracciones simbólicas del álgebra y la crítica literaria, así como el uso de metáforas en la literatura.

Para Piaget, esta capacidad para trabajar con hipótesis es lo fundamental en este último periodo del desarrollo de la inteligencia, debido a que éstas son supuestos que no están en la realidad concreta. Las hipótesis no son objetos, sino que son proposiciones; de lo cual se puede inducir que el adolescente puede en esta etapa operar sobre operaciones, siendo esta capacidad lo que permite que el conocimiento se libere de lo real, de lo concreto y pueda trabajar con pensamientos y sentimientos como si éstos fueran objetos. Esto se relaciona con la capacidad de introspección a la que llega el joven en esta edad; a la capacidad para distanciarse del

presente inmediato y empezar a tener una visión crítica de la vida, para poder observar la sociedad y observar-se en ella. Tal como señala Wadsworth (1989), Piaget denomina esta capacidad como abstracción reflexiva, la cual es uno de los mecanismos mediante los cuales se lleva a efecto la construcción cognoscitiva; y que, al trascender siempre lo observable, provoca una reorganización mental en el individuo, incluyendo siempre una abstracción de un nivel inferior a uno mayor.

1.2 Cambios Psicosociales en la adolescencia

Lo anterior se relaciona con el segundo ámbito que es perturbado con el arribo de la adolescencia: el de las implicancias psicosociales.

Los cambios psicosociales en la adolescencia, se basan primordialmente en el paso desde la vida familiar a la progresiva inserción en la vida social. Se espera del adolescente una inserción autónoma en el medio social y que alcance el estatus primario: asumir una independencia que lo exprese personalmente y dirigirse hacia roles y metas que tengan consonancia con sus habilidades y que estén de acuerdo con las probabilidades ambientales.

Esta comprensión de este proceso se ve complementado a su vez por lo propuesto por Lawrence Kohlberg sobre los estadios morales que atraviesa cada individuo en su desarrollo moral, quien indica que el adolescente se encuentra en un estadio convencional en el que empieza a ser prioritario el vivir en la forma en que la gente de alrededor espera de uno; lo cual habla de la importancia que empieza a tomar el ser ante los demás (Kohlberg, 1927/1992).

Así, el adolescente va dejando paulatinamente de lado el punto de vista egocéntrico e individualista que caracteriza a las personas en el nivel moral preconvencional; y comienza a orientarse hacia una manera de vivir más independiente y en mayor sintonía con lo social.

Bajo esta misma línea, la importancia que antes tuvo la familia comienza a ceder a la preponderancia de las relaciones de pares, lo cual genera que el joven comience a tener sus propios sentimientos y opiniones acerca de la gente. Éste *“deja de sentirse inferior a los adultos y comienza a considerarse igual a ellos; se imagina convertido en un miembro de la sociedad que desempeña un papel y ejerce una profesión en ella”* (Wadsworth, 1989; pp146). Esto genera una demarcación del adolescente en relación a las opiniones de los padres que en otrora ocasión tenían un mayor peso sobre él.

Es menester recalcar que hasta los 12 años más o menos, los sentimientos del joven, que son de tipo concreto, se vierten en los objetos y en otras personas. Los valores que (el niño) aplica a las ideas, con frecuencia son los valores de otras

personas, no los propios. No obstante, en la adolescencia, el joven comienza a experimentar una progresiva des-idealización de las figuras parentales o de autoridad, con el consecuente alejamiento de éstas de parte del joven. Este alejamiento es el que provoca la crisis de identidad tan marcado en los adolescentes: los valores de los padres empiezan a problematizarse, a reflexionarse críticamente a través de estas nuevas capacidades cognoscitivas que están al servicio del individuo. Así, el joven deja de sentirse inferior a los adultos y comienza a considerarse igual a ellos; imaginándose convertido en un miembro de la sociedad que desempeña un papel y ejerce una profesión en ella.

Por otro lado, es fundamental también observar como los cambios hormonales relativos a la genitalidad influye de gran manera en el campo psicosocial de los jóvenes, y viceversa. Esto es posible discernirlo si comprendemos que estos cambios físicos poseen un efecto significativo en cómo éstos se sienten acerca de sí mismos, mientras que por otro lado, *“la forma en que (los adolescentes) ven su cuerpo de adultos, tanto si es con orgullo, placer, incomodidad o vergüenza, depende en gran medida del contexto psicosocial en el que tiene lugar su pubertad”* (Hoffman, Paris y Hall 1996; pp 8).

Los adolescentes comienzan a tener un interés progresivo en las personas del sexo opuesto; lo cual, unido a este enfrentarse con esta revolución fisiológica que tiene lugar dentro de ellos, genera que éstos comiencen a ocuparse especialmente de lo que ellos parecen ser ante los ojos de los demás.

Erikson es muy enfático al explicar que el amor en el adolescente; es decir, el inicio de las relaciones con personas del sexo opuesto, constituye más que nada un intento de lograr una definición de la propia identidad. El adolescente se siente un extraño en este cuerpo que experimenta nuevas sensaciones y nuevos deseos, además de experimentar una fuerte atracción por el sexo opuesto. De esta manera, el adolescente busca definir su identidad *“proyectando las imágenes difusas de su ego sobre cada uno de los componentes de la pareja, viéndolas así reflejadas y aclarándose gradualmente. Éste es el motivo por el que más de un joven prefiere conversar y establecer puntos de identificación mutua, a abrazarse”* (Erikson, 1971; pp 212).

Ya con estos planteamientos elaborados se pueden hacer ciertas conjeturas acerca de cómo el adolescente se configura biológica y socialmente en su entorno; y de cómo se experimenta dicho proceso. Se trata de un individuo cuyos cambios hormonales y cognoscitivos impulsan a éste a experimentar una realidad social distinta de la que el infante que lo antecedió pudo percibir, generando que éste se valla introduciendo paulatinamente en la sociedad de los adultos.

Ahora bien, este ingreso a la sociedad de sujetos adultos, no es para nada un proceso sencillo para el individuo. El adolescente que empieza a distanciarse de sus padres debe enfrentar todo un contexto cultural y sociopolítico que posiciona al joven en un estado de inestabilidad. De esta manera, las nuevas capacidades cognoscitivas del mozuelo, son fundamentales para que éste pueda darle sentido a su experiencia vital en el terreno social, siendo la imaginación una de las herramientas básicas para el logro de este cometido, la cual será tratada a fondo a continuación.

1.3 La imaginación creadora de Vigotsky: el adolescente se abre camino

En *Imaginación y creación en la edad infantil* (2007) Vigotsky, interesado en los procesos cognitivos a la base en los niños y en los adolescentes, plantea que, en toda la actividad del hombre, se puede dilucidar con facilidad dos tipos de actividades cognitivas fundamentales de proceder: a un tipo de actividad puede llamarse reproductora y guarda estrecha relación con la memoria. Su esencia consiste en que el hombre reproduce o repite normas de conducta ya formadas y creadas con anterioridad o revive las huellas de impresiones anteriores (Vigotsky, 2007).

Además de la actividad reproductora, Vigotsky describe otro tipo de actividad que denominó combinadora o creadora. El psicólogo ruso ejemplifica este tipo de actividad al describir momentos en que, a través de nuestra imaginación, trazamos un cuadro del futuro o del pasado. En ambos casos, no se reproducen las mismas impresiones que una vez se experimentaron. No obstante, uno puede tener la representación de esos momentos. *“Toda esta actividad del hombre cuyo resultado no es la reproducción de impresiones o acciones que formaron parte de su experiencia, sino la creación de nuevas imágenes o acciones, pertenece a esta segunda función creadora o combinadora”*. (Vigotsky, 2007; pp 3)

Esta actividad creadora fundamentada en la capacidad combinadora de nuestro cerebro es la que se denomina por la psicología como imaginación, y es la que le da al hombre la categoría de un hombre que crea y transforma su presente.

Ahora bien, Vigotsky va más allá en relación a esta capacidad creadora y combinadora del hombre, explicando cómo se desarrolla el proceso de la imaginación. En primer lugar destaca el proceso de disociación, el cual entiende como una división de las partes del todo complejo que el sujeto percibe, para que después algunas partes se conserven y otras se olviden. *“Este proceso es extremadamente importante en todo el desarrollo intelectual del hombre, forma la base del pensamiento abstracto y de la formación de los conceptos”* (Vigotsky, 2007; pp 19)

El proceso de disociación es seguido por el de transformación o alteración al cual se someten estos elementos disociados; este proceso está basado en el carácter dinámico de nuestras excitaciones nerviosas interiores y sus correspondientes imágenes. Posterior a esto ocurre el proceso de asociación, es decir, la unión de los elementos disociados y transformados. Por último, el paso final y conclusivo del trabajo previo de la imaginación es la combinación de las diferentes imágenes, su organización en un sistema y la estructuración del cuadro complejo; en esto no termina la actividad de la imaginación creadora, como ya hemos señalado, el círculo completo de esta actividad culmina cuando la imaginación se materializa o cristaliza en las imágenes exteriores (Vigotsky, 2007)

En relación a la adolescencia, Vigotsky señala que hay algunos autores que encuentran una estrecha relación entre la maduración sexual y el desarrollo de la imaginación; *“esta relación puede comprenderse si tenemos en cuenta que en este período en el adolescente madura y se totaliza su gran experiencia, cuajan los llamados intereses permanentes, disminuyen rápidamente los intereses infantiles y por la maduración general también obtiene su forma definitiva la actividad de su imaginación”* (Vigotsky, 2007; pp 26)

Por otro lado, si dirigimos el foco hacia el ámbito experiencial de ser adolescente, es esencial vislumbrar la autonomía que el joven comienza a cimentar con respecto a la díada parental. Esta progresiva autonomía tiene su fundamento en lo que Arciero (2003) describe como una de las características primordiales de la conciencia emergente adolescente: diferenciarse a uno mismo de los demás en la unicidad del modo personal de dar sentido al accionar y padecer en el mundo.

Este psiquiatra italiano explica que el surgimiento de la conciencia de sí determina un alejamiento de la inmediatez experiencial, y simultáneamente permite al adolescente organizar los acontecimientos y el sentido de sí mismo según una serie de valores abstractos que pueden integrar el acontecer del vivir. Esta capacidad organizadora que comienza a desarrollar el adolescente, es en otros términos la imaginación creadora de la que nos habla Vigotsky; y su importancia fundamental en el proceso de la adolescencia, se esclarece si denotamos las características de este periodo.

Se sabe que la adolescencia se caracteriza en general, por una serie de relaciones antitéticas, contradictorias y de momentos polarizados; lo cual condiciona que la propia edad sea crítica o de tránsito. La imaginación en este período para Vigotsky (2007) se caracteriza por un viraje, la destrucción y la búsqueda de un nuevo equilibrio. Ahora bien, la imaginación creadora emerge de manera potente en este

proceso, debido a la estrecha necesidad del individuo de adaptarse al medio que lo rodea. Si la vida que le rodea no plantea al hombre tareas, si las reacciones acostumbradas y heredadas por él lo equilibran completamente con el mundo circundante, no hay entonces ninguna base para que surja la creación, un ser adaptado por completo al mundo circundante no podría desear nada, ni aspirar a nada y, naturalmente, no podría crear nada. *“Por eso la base de la creación siempre la forma la inadaptación de la cual surgen las necesidades, las aspiraciones y los deseos”*. (Vigotsky, 2007; pp 22, 23).

Ahora bien, tal como es posible dilucidar actualmente, la sociedad moderna se caracteriza precisamente por imponer al individuo una serie de desafíos para que éste pueda llegar a una estabilidad duradera: una persona debe estudiar para ser un profesional, debe trabajar para poder sustentar una familia, debe saber relacionarse para conseguir pareja, etc. Si a todas estas tareas que se le exigen al individuo, se le suma el modelo capitalista de libre mercado al cual estamos forzosamente alienados, la resultante es que el adolescente comienza su experiencia en un contexto en donde la competitividad y la brutal confrontación para permanecer en una posición favorable en este sistema que excluye, se encuentran definiendo constantemente la existencia de éste, modificando así la identidad en formación del joven.

De este modo es que Le Breton (2007, 2012) explica que en el contexto contemporáneo en el que nos encontramos inmersos, cualquier fijación es peligrosa, por lo cual la identidad implica estar disponible ante las circunstancias, requiriendo que posea fluidez, flexibilidad, reciclaje, en función de las ofertas del mercado y del entorno.

Pues bien, considerando la manera en que este sociólogo francés piensa que funciona la sociedad actual, es posible sospechar que el adolescente necesita más que nunca su poder imaginativo para poder abrirse paso entre sus semejantes. Si tomamos en cuenta este periodo vital como un proceso en donde tanto los cambios fisiológicos como psicosociales implican en el sujeto una continua adaptación al medio que lo circunda; si consideramos además el contexto sociopolítico que insta al adolescente a reiventarse continuamente para poder mantenerse en este veloz vehículo tecnológico y globalizante, y posicionarse en uno de los asientos que simbolice su inclusión; y sobre todo si nos enfocamos en como la conciencia de sí mismo insta al joven a alejarse de la inmediatez experiencial y de la díada parental; comprenderemos el entorno del adolescente como un plano dominado por la inestabilidad; lo cual obliga a éste a valerse de la herramienta de la imaginación para poder orientar su vida hacia la estabilidad; esto debido a que *“el imaginario adolescente reconfigura temáticamente la experiencia del vivir”* (Arciero, 2003; pp 168).

De esta manera, el modo en cómo Piaget considera que el joven se abre camino en el universo adulto, parece tener una similitud con lo anteriormente dicho: “...por medio del pensamiento y, agregaríamos, por medio de la imaginación, ya que este pensamiento hipotético-deductivo ocasionalmente se aparta de la realidad” (Wadsworth, 1989; pp 153)

Ahora, acercándonos a la noción de Arciero sobre la reconfiguración de la experiencia del vivir, es necesario hacer hincapié en que este reconfigurar la vida es lo que comúnmente se relaciona con la incesante búsqueda de identidad de parte del joven. Sin embargo, se debe considerar que la problemática de esta búsqueda de un sentido que armonice la experiencia de inestabilidad del adolescente, se debe reflexionar bajo una epistemología que vislumbre el concepto de identidad en un contexto delimitado por lo posmoderno², relacionado directamente con la sociedad actual en la que nos encontramos inmersos. En relación a esto, es necesario profundizar en el concepto de identidad narrativa concebido por Ricoeur, para así repensar este momento desde una base epistemológica que sustente el fenómeno de la búsqueda de identidad en el adolescente.

2. Identidad narrativa: algunas consideraciones teóricas para entender la búsqueda de la identidad en la adolescencia desde un plano ontológico

El estudio de la identidad, así como el de muchas otras temáticas, ha experimentado una serie de cambios a lo largo de los años. Tal como afirma Arciero (2003), desde Locke hasta Hayek la reflexión acerca de la identidad se centró en la definición de rasgos que permitieran dar cuenta de la permanencia de la persona durante el desarrollo de una vida.

Posterior a esto, desde el pensamiento posmoderno la indagación se orienta más hacia la experiencia de la multiplicidad, y se deroga cualquier anclaje de la experiencia a un sentido de continuidad personal. Esto desemboca en “una concepción del individuo como aquel que adquiere un Sí mismo en constante cambio por su adhesión a las múltiples formas de discurso que componen el universo lingüístico a él preexistente” (Arciero, 2003; pp 36, 37).

²Se debe comprender a la posmodernidad como Lyotard la vislumbra en “*la condición posmoderna: informe sobre el saber*” (1979). Esto es, como una edad dentro del periodo postindustrial que concibe al saber científico como una clase discurso que se apoya en el lenguaje. Una etapa en donde el positivismo comienza a perder fuerza al criticársele su reificación de la realidad y al considerar a ésta como un proceso natural. El enfoque posmoderno pone el centro de atención “*en la actividad humana y en las formas como esta actividad construye la realidad social*” (Raposo, Valencia; 2004)

Bajo la dialéctica entre modernos y posmodernos en relación a este fenómeno es que se cimenta la base para hablar de identidad narrativa.

La identidad, estando ya en el alero de estas dos posiciones teóricas, debe comprenderse en tanto estructurada por la temporalidad. No obstante, el sujeto sólo tiene acceso a sus experiencias en esta temporalidad por medio de la mediación de símbolos, o narraciones. Estas narraciones serán las que logran la reconfiguración de la experiencia, ya que tal como expone Arciero, la conexión secuencial de los acontecimientos en una trama de significados vuelve inteligible la temporalidad de la experiencia.

De este modo, tal como señala este autor:

“La estructura temporal de la experiencia, en lugar de ser fragmentada en una multiplicidad de Sí mismos situacionales o cristalizada en un Sí mismo sustancial, se configura, en un dinamismo continuo, al construir la identidad del personaje y de la historia, que permanece en el continuo fluir de una vida. Ricoeur define esa identidad, que caracteriza a cada uno de nosotros, como identidad narrativa” (Arciero, 2003; pp 41).

2.1 Mismidad e Ipseidad

En relación a esta identidad narrativa que va configurándose en esta temporalidad, es necesario comprender la dialéctica entre modernos y posmodernos como dos modos distintos de delinear la identidad en el tiempo. De estos dos modos emergen dos significaciones importantes de la identidad que Ricoeur se encarga de designar: la identidad en el sentido del *idem*—ser el mismo que permanece en el tiempo— y la identidad en el sentido del *ipse*—ser uno mismo, él mismo (Castello, 2002). Estas dos significaciones también se denominan mismidad e ipseidad respectivamente.

La mismidad está vinculada con lo que Ricoeur denomina la permanencia en el tiempo. En su obra “*Sí mismo como otro*” (1996), Ricoeur entiende la mismidad como una identidad con tres componentes: en primer lugar afirma que es una identidad numérica al decir que identidad significa unicidad, es una sola y misma cosa. Luego afirma que la mismidad es una identidad cualitativa, para desembocar en el tercer componente, el cual es la continuidad ininterrumpida entre el primero y el último estadio del desarrollo de lo que consideramos el mismo individuo (Ricoeur, 1996). En relación a esto último, esta continuidad se podría ejemplificar con un roble, diciendo que éste es el mismo desde la bellota hasta el árbol ya desarrollado.

De esta manera, la mismidad equivaldría a un Sí mismo que permanece inalterado en las situaciones de la vida, bajo un principio de permanencia en el tiempo; en donde la idea de estructura, opuesta a la de acontecimiento, responde a este criterio de identidad, y confirma el carácter relacional de la identidad. (Ricoeur, 1996).

Por otro lado, la identidad en el sentido de la ipseidad no implica ninguna afirmación sobre un pretendido núcleo no cambiante de la personalidad (Castello, 2002). La ipseidad tiene relación con lo que Arciero (2003) denomina como el sentido de constancia de mí mismo; es el “quién” que permanece presente en sí mismo ante una multiplicidad de ocasiones; el ser sí mismo en la inmediatez situacional.

Lo interesante de esta significación designada por Ricoeur es que ésta se impone inmediatamente desanclada de todo fundamento. La ipseidad simplemente acontece de manera contingente e imprevisible, lo cual marca una diferencia sustancial entre ésta con la mismidad, ya que mientras esta última condensa una historia en un orden emocional recurrente, la ipseidad refleja los estado emotivos momentáneos del individuo, su propio actuar y sentir inmediatos (Arciero, 2003).

2.2 La Identidad Narrativa: una dialéctica entre Mismidad e Ipseidad

Ya con estas dos significaciones entendidas en su configuración, distinguiendo una de la otra, es menester adentrarse en lo que Ricoeur define como identidad narrativa, teniendo en cuenta a ésta como el resultado de la dialéctica entre la mismidad y la ipseidad.

En “*Sí mismo como otro*” (1996), Ricoeur explica que la identidad narrativa debe ser entendida en el plano de la construcción de la trama, de una historia. Ésta se ha de caracterizar, en términos dinámicos, por la concurrencia entre una exigencia de concordancia y la admisión de discordancias que, hasta el cierre del relato, ponen en peligro esta identidad. En sus palabras:

“por concordancia entiendo el principio de orden que vela por lo que Aristóteles llama “disposición de los hechos”. Por discordancia entiendo los trastocamientos de fortuna que hacen de la trama una transformación regulada, desde una situación inicial hasta otra terminal. Aplico el término de configuración a este arte de la composición que media entre la concordancia y discordancia” (Ricoeur; 1996, pp 139/140)

Ahora bien, el modelo narrativo al que Ricoeur hace alusión tiene la particularidad de darle al acontecimiento un estatuto primordial en la constitución de la identidad narrativa. Así: “...*el acontecimiento narrativo es definido por su relación con la*

operación misma de configuración; participa de la estructura inestable de concordancia discordante característica de la propia trama; es fuente de discordancia, en cuanto que surge, y fuente de concordancia, en cuanto que hace avanzar la historia” (Ricoeur; 1996; pp 140)

Es en esta historia narrada en donde el personaje, quien es el que ejecuta la acción en el relato, puede conservar su identidad. Esto debido principalmente a la función mediadora del acontecimiento que emerge del accionar del personaje, lo que decanta en una dialéctica interna al personaje fruto de la correlación entre acción y personaje del relato, que es para Ricoeur el corolario exacto de la dialéctica de discordancia y de concordancia desplegada por la construcción de la trama de la acción. De este modo:

“la dialéctica consiste en que, según la línea de concordancia, el personaje saca su singularidad de la unidad de su vida considerada como la totalidad temporal singular que lo distingue de cualquier otro. Según la línea de discordancia, esta totalidad temporal está amenazada por el efecto de ruptura de los acontecimientos imprevisibles que la van señalando (encuentros, accidentes, etc); la síntesis concordante – discordante hace que la contingencia del acontecimiento contribuya a la necesidad en cierto sentido retrospectiva de la historia de una vida, con la que se iguala la identidad del personaje” (Ricoeur, 1996; pp 147).

Esta necesidad de una historia de vida, de una biografía, tiene su fundamento si comprendemos que es sólo en la reconfiguración de la experiencia en una narración, en donde el sentido de permanencia puede ser integrado con la variabilidad del propio acontecer. (Arciero, 2003). De este modo, esta historia o relato, construye la identidad del personaje, que podemos llamar su identidad narrativa, al construir la de la historia narrada. Es la identidad de la historia la que hace la identidad del personaje (Ricoeur, 1996)

2.3 La identidad narrativa en el adolescente

Luego de haber dirigido la mirada sobre el concepto de identidad narrativa del personaje, es posible adentrarse en el proceso de la reconfiguración abstracta del propio ser en el adolescente; vale decir, en el proceso de la formación de su identidad narrativa, comprendiendo al adolescente como este personaje.

Arciero plantea una interesante idea acerca de cómo en esta época empiezan a diferenciarse en la experiencia subjetiva las dos dimensiones del Sí mismo, que corresponden a los dos modos de percibirse que antes fueron expuestos: por un lado, la percepción consciente, y casi “condensada”, de la continuidad propia, y por el otro la consciencia inmediata del acontecer propio ligada a las circunstancias.

La primera dimensión tiene relación con la manifestación de los patrones recursivos de pre-comprensión emotiva. Es la parte del Sí mismo que permanece en el tiempo (*sameness*) y que condensa una historia. Lo interesante que plantea Arciero es que es en este periodo en donde el sujeto logra alejarse de la inmediatez experiencial alcanzando una conciencia que, junto con tener la finalidad de diferenciarse a uno mismo, se vuelve a su vez objeto de reflexión. El adolescente tendría la capacidad reflexiva del yo sobre sí mismo gracias a la recursión que éste ganaría; capacidad que se podría traducir en una reflexión sobre esta *sameness* que decantaría en lo que Arciero explica como la atribución a uno mismo de la experiencia vivida.

El adolescente se experimenta en este proceso como un autor de su propio relato al poder reflexionar sobre sí mismo en este distanciamiento experiencial, lo cual explicaría la percepción de sí mismo como un sujeto independiente de los contextos emotivos de pertenencia (Arciero, 2003).

Esto también repercute en la segunda dimensión del sí mismo (dígase la multiplicidad de sí mismos momentáneos o *selfhood*), debido a que esta capacidad reflexiva también implicaría la apropiación de una variedad de situaciones que adquieren una valencia sólo para el sujeto de ese relato (Arciero, 2003). Esto quiere decir que el adolescente se transformaría en el autor de su propia experiencia de vivir, logrando que la singularidad de su historia se construya simultáneamente a su unicidad.

Aquí nuevamente emerge la importancia de la imaginación adolescente en el surgimiento de nuevos horizontes fenoménicos y vivenciales. Vigotsky (2007) plantea que en la adolescencia la imaginación pasa de subjetiva a objetiva, lo cual tiene un fundamento psicológico en el antagonismo entre la subjetividad pura y la objetividad de los procesos de razonamiento, o, en otras palabras, entre la inestabilidad y la estabilidad del pensamiento.

Esta imaginación, al diferenciarse del fantasear propio del pre-escolar, reconfiguraría temáticamente la experiencia del vivir. Esto sería posible debido al fuerte poder de integración del imaginario que rige la interpretación de la vida real en el adolescente, lo que se traduce en una re-figuración del mundo del accionar y del padecer, por parte del adolescente anticipando las posibilidades de éste por medio de su imaginario. (Arciero, 2003)

Con estos lineamientos epistemológicos sobre la identidad narrativa, es factible comprender el proceso de la construcción de la identidad del adolescente. Esto debido al contexto contemporáneo al cual nos debemos remitir, ya que gracias a su naturaleza posmoderna, relativiza las verdades objetivas que en otro momento histórico se encontraban sometidas por el discurso positivista.

En la actualidad, esta multiplicidad de discursos que interactúan entre sí, tanto en lo que refiere a la ciencia, al arte y en general a todo ámbito, también tiene repercusión en las realidades individuales. Esto significa que el individuo debe encontrar su propia manera de darle sentido a su vida, debido a que ya no existe un discurso hegemónico que establezca un sendero idóneo.

De este modo es que el proceso identitario que experimenta el adolescente, se deberá comprender como un fenómeno de diferenciación en la sociedad en la cual éste se ve inmerso, el cual se desarrolla cuando el joven se posiciona como el autor de su propia historia, la cual deberá ser única y diferente de las demás.

3 Adolescencia y diferenciación

3.1 El adolescente en la sociedad moderna

En la sociedad moderna en la cual nos hallamos inmersos, dominada tanto por la multiplicidad de discursos y de realidades que relativizan las referencias sociales, científicas y culturales; como también por el liberalismo económico que cada vez fomenta un estilo de vida de competencia generalizada en movimiento, el periodo de la adolescencia emerge en la vida del individuo sin que éste tenga una base originaria o de filiación que sea suficientemente estable. Las raíces de generaciones anteriores, con sus costumbres y su tradición, están dando paso progresivamente a discursos sociales que le otorgan al sujeto las raíces en su propia experiencia personal. Tal como nos explica Le Breton (2007/2012), el adolescente, a pesar de contar con el amor de sus padres, está irremediamente entregado a sí mismo; al no haber fundamentos seguros y consensuados sobre la existencia.

Ya se ha planteado de modo breve como el adolescente empieza a volverse autónomo respecto de la diada parental. Durante mucho tiempo los padres decidieron por él, aun cuando el joven influía en sus elecciones. No obstante, ahora le toca a él tomar la iniciativa, a pesar de que la opinión de sus padres siga teniendo peso. No obstante, Tal como explica Le Breton (2007/2012), con frecuencia le faltan las orientaciones decisivas para inscribirse en la evidencia de su existencia.

Este movimiento ambiguo en el que cae el adolescente mientras se abre paso a la vida, esta experiencia de despojo y de desorientación que sufre el joven en esta importante etapa, se condice con lo que anteriormente se señaló respecto de los cambios biológicos que modifican de una vez y para siempre la anatomía del individuo. El adolescente se encuentra incómodo en un cuerpo que en primera instancia desconoce, pero que trae consigo una apertura pulsional llena de deseos nuevos hambrientos por emerger. Es esta apertura pulsional la que empuja al adolescente a la separación progresiva de sus padres para obtener la ansiada institución de sí mismo. *“El joven progresivamente empieza a adquirir la corporalidad de un adulto, lo que conlleva a que de a poco los padres dejan de ser admirados y de encontrarse en el centro de la existencia, convirtiéndose en personas ordinarias o insoportables”* (Le Breton, 2007/2012; pp42).

Ahora bien, esta diferenciación que el joven comienza a experimentar, no está únicamente condicionada por la relación que éste tenga con sus progenitores. La sociedad moderna tiene una clara influencia en cuanto a lo que proceso de diferenciación en el adolescente refiera. Tal como explica Walder (2004), la sociedad de mercado con la que tenemos que lidiar hoy se encuentra desatada de la moralidad y de los grandes relatos sociales, lo cual en un aspecto micropolítico se traduce en una liberación corporal de los discursos religiosos, políticos y sociales de parte del individuo (Un gay o un hombre de raza negra poseen mayores libertades que hace 200 años por ejemplo).

No obstante, esta aparente liberación de obligaciones, implicaría la adquisición de otras, las cuales responden a una lógica de consumo. Citando a Walder (2004) *“la autonomía respecto a nuestros cuerpos en la sociedad de mercado estará siempre condicionada a nuestra condición laboral y de consumidores. Nuestro cuerpo es también receptáculo de símbolos externos”*. Esto quiere decir que hoy en día nos rigen tecnologías que modelan nuestros cuerpos bajo normas estéticas, transformando a éstos en cuerpos significados que reproducen el discurso del poder. El cuerpo estaría entonces bajo un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone (Foucault, 1975).

Este panorama actual está muy de la mano con lo que Erikson (1971) plantea sobre cómo se vivencia la adolescencia en los distintos estratos sociales, argumentando que *“en cualquier periodo histórico, el sector de la juventud que tendrá la experiencia más positivamente emocionante, será el que se encuentre reflejado en las tendencias tecnológicas, económicas o ideológicas que aparentemente prometen todo lo que la vitalidad juvenil pudiera exigir”* (Erickson, 1902/1971; pp 106)

Estas tendencias tecnológicas a las que se hacen alusión, junto con las políticas de mercado que imperan, generan un contexto social en el cual el sujeto debe estar siempre actualizado, siempre reinventándose ante el predominio de este sistema que se encontraría rigiendo nuestros cuerpos bajo un régimen de consumo.

Ahora bien, tomando en cuenta este contexto histórico en el cual querámoslo o no nos encontramos alienados, se debe denotar que el fenómeno de la adolescencia acontece como un periodo en donde es necesario legitimarse para existir. La sociedad actual, enriquecida de múltiples caminos para diferenciarse, inevitablemente conduce a la individuación del sentido; y por ende induce a los individuos a instituirse primero por sí mismos. Este contexto contemporáneo de individuación, está a la base de una multiplicación y una competición constante de las referencias sociales y culturales que se hallan en el entramado social. Esto provoca una confusión o perturbación en el individuo, el cual ya no tiene asegurado ningún fundamento claro acerca del existir. Así, tal como explica Le Breton (2007 / 2012), la fragmentación de la existencia vuelve difícil el establecimiento de un sentimiento de identidad sólido y coherente, capaz de inscribirse en el tiempo o de movilizar los recursos para pasar de una situación a otra. El individuo debe ser capaz de producir para él mismo y los otros la coherencia de un relato de sí mismo.

Esta institución de sí mismo que el joven comienza a vislumbrar como su preocupación principal, va de la mano con la emancipación progresiva de éste en relación a la díada parental. Ya fue dicho que el individuo adolescente experimenta un distanciamiento de sus padres debido a los cambios biológicos y psicosociales que emergen en él, que desembocan en una mirada crítica hacia los progenitores de parte del joven, quien empieza a verse como igual ante los adultos.

Ahora bien, esta diferenciación del nido parental, junto con la relativización de los discursos hereditarios y tradicionales, llevan al adolescente a una sensación de despojo, de abandono; pero también a una sensación de crítica hacia el mundo en el que vive, ligado directamente al reproche que el joven le dedica a sus padres. De esta manera, este proceso de diferenciación se caracteriza por un desapego de la carga afectiva hacia los padres; y por un progresivo acercamiento hacia los pares.

3.2 El adolescente en su grupo de pares

El individuo adolescente distanciado de sus padres, de esta micropolítica³ parental que en su momento fue crucial para la constitución de los valores del infante, progresivamente emprende el camino hacia la autonomía personal. Este sendero al cual el joven se abre paso, está esencialmente caracterizado por una crítica hacia las figuras de autoridad, simbolizadas la mayoría de las veces por el padre y la madre. Junto a esto, el joven empieza a identificarse con sus pares, grupo que emerge como la figura central de autoridad para el adolescente distanciado. Esto debido a que el malestar de ser uno mismo, las dudas a propósito de la identidad propia se disuelven en el grupo, que procura un sostén mutuo y modelos de comportamiento” (Le Breton, 2007/2012)

El grupo de pares tiene la característica de ser un entramado de relaciones constituidas de manera simétrica. Tal como expone Le Breton (2007/2012) *“la autoridad de los mayores es destituida por la preocupación por una relación simétrica que olvida que un niño o un adolescente está en busca de puntos de referencia para avanzar en su camino. Un contrato solo es posible entre pares”*. El adolescente ingresa a un nuevo modo de relacionarse con el mundo en donde las figuras de autoridad dan paso a una forma de ser con el otro en donde existe una igualdad entre éstos; en donde el joven encuentra personas que sienten de la misma manera. De este modo los padres dejan de ser los confidentes de las intimidades del joven. Éste comienza a contar sus asuntos personales a los amigos de la misma edad, los cuales están dispuestos a compartir las mismas preocupaciones.

Ahora bien, esta falta de interés repentino que siente el joven por compartir sus pensares y sentires íntimos con sus progenitores, tampoco debe entenderse como un fenómeno tajante ni como un quiebre definitivo en la comunicación con sus padres.

Si se pone el foco en cómo se constituye la identidad narrativa en el joven, vemos que el punto crucial de la adolescencia consiste en cómo un ser consciente de sí mismo reinterpretará su historia personal y su propio modo de sentirse (Arciero, 2003). El joven experimenta una capacidad reflexiva sobre sí mismo que inevitablemente va a desembocar en una crítica a la micropolítica parental que, en breves términos, definió el proceso de la infancia del sujeto debido a que éste se encontraba sometido a la autoridad de sus padres; crítica que inaugurará en el mozo una nueva manera de comprender-se en el mundo.

³Con micropolítica parental se intenta comprender a la díada padre-madre como un mecanismo de sujeción sobre la subjetividad del infante. Lo micropolítico se desarrollará más adelante en el apartado 4, tomando a Marcelo Pakman como referencia principal.

Así, *“en esta reinterpretación del sí mismo actualizada gracias a la configuración de un personaje autor de su propio mundo, unida a la reelaboración de su propia praxis del vivir, se hace presente, de un modo inédito, la influencia de las relaciones de amistad”* (Arciero, 2003; pp 172).

No obstante, este fenómeno se produce paralelamente a la negociación de la identidad con las figuras parentales. Éstos de igual manera le son necesarios al individuo debido a que son quienes deben darle límites de sentido al joven, para que éste pueda problematizarlos y discutirlos. Esto obviamente con la renuncia de los padres de su antigua onnipotencia sobre sus hijos para que ellos puedan irse construyendo paulatinamente como sujetos.

Otro asunto importante a considerar en esta sucesiva inmersión del adolescente en el grupo de pares, es el claro interés que el joven empieza a sentir por el sexo opuesto, relacionado esto con los cambios hormonales que se encuentran a la base. Esto genera en el sujeto una urgente preocupación por lo que los otros piensan sobre él, por la imagen que éste proyecta hacia los demás. En palabras de Le Breton:

“la adolescencia es un periodo de elaboración de sí mismo en un debate permanente con los otros, sobre todo con los otros respecto a sí mismo, en la medida en que la búsqueda es en ese momento la de los límites: saber lo que los otros pueden esperar de él y lo que él puede esperar de los otros”. (Le Breton, 2007, 2012; pp 53)

De esta manera, se puede vislumbrar como la relación que el adolescente inaugura con sus pares, que se basan en una modificación en la estructura de la amistad desde la infancia hasta esta etapa, *“reflejan el proceso de separación de la autoridad parental y a la vez da cuenta de la paulatina autonomización de los contextos de amistad como territorios de nueva regulación y exploración de la identidad personal propia”* (Arciero, 2003; pp 173).

Este grupo de pares, que tal como propone Le Breton de manera acertada posee actualmente territorios específicos en la sociedad moderna, con una cultura diversificada que les pertenece de manera propia; le es fundamental al adolescente para que éste pueda construir el sentido de su vida de manera óptima. Las famosas tribus urbanas que últimamente han repercutido en la escena nacional, es un claro ejemplo de cómo el adolescente encuentra en estos grupos un nicho al cual aferrarse; un lugar en donde poder desarrollar la instauración de sí mismo en compañía de sujetos que poseen preocupaciones parecidas y con los cuales éste se identifica. Esto debido a

que el grupo de pares es una mediación entre el joven y la sociedad global, un lugar de domesticación del mundo exterior (Le Breton, 2007, 2012)

3.3 Los comportamientos de riesgo en el adolescente

Ya se ha expuesto en el presente trabajo la importancia de considerar el contexto actual en el cual se está enfocando la problemática de cómo el adolescente distanciado de sus padres le da sentido a su vida. La sociedad actual tiene una fuerte repercusión en el modo en como el joven experimenta su vida; en un entorno en donde la individuación parece ser la única vía que se puede transitar.

Las tradiciones familiares que en otrora ocasión le servían al individuo como un sostén al cual aferrarse y que simbolizaban un sentido de pertenencia sólido; así como los grandes relatos religiosos que orientaban moralmente el modo de vivir en las sociedades precedentes; han dado paso progresivamente a una sociedad acelerada de consumo en donde el adolescente tiene el deber de desarrollar su proceso identitario de la manera más aislada que nuestra historia social ha podido atestiguar.

Todo este panorama actual ha producido que un número no menor de adolescentes en la actualidad vivan con un sentimiento de vacío, de insignificancia, de no existir. Le Breton (2007/2012) explica que esto ocurre debido a que en la sociedad actual ya no hay un suelo firme que pisar; a que el camino ya no está pavimentado de significados y valores que estén arraigados en la cultura. Esto genera que los adolescentes estén muy proclives a sentirse como cayendo, como no teniendo ninguna contención.

Estos sentimientos que afloran en la juventud actual son los que producen el fenómeno de los comportamientos de riesgo en los adolescentes; los cuales engloban una serie de comportamientos dispares en donde el joven se expone deliberadamente al peligro teniendo muchas posibilidades de resultar herido o de morir. Estos comportamientos abarcan actos vertiginosos tales como conducir a alta velocidad, o realizar deportes extremos, desafíos que impliquen violencia hacia otros; toxicomanías, intentos de suicidio, entre otros.

Esta manera peligrosa de actuar en los jóvenes, *“remite a lo inacabado de los procesos identitarios, a la dificultad de movilizar en uno mismo los recursos de sentido que permitan afrontar de otra manera los escollos”* (Le Breton, 2007/2012; pp 22). El adolescente se encuentra en una sociedad que, si bien es cierto le entrega las herramientas y los contextos necesarios para que éste pueda reconfigurar su experiencia individual; lo dejan a éste en una posición vulnerable, en una tierra de nadie

en donde más de algún individuo puede experimentar la falta de sentido de la vida, el sentimiento de no existir.

Ahora bien, también es necesario nombrar la importancia fundamental de la familia en la emergencia de estos comportamientos de riesgo; puesto que éstos son, a menudo, el síntoma de un funcionamiento familiar, de una carencia afectiva, de tensiones con los otros. Responden a un doloroso deseo de trastornar las rutinas familiares y de ser reconocido como existiendo (Le Breton, 2007/2012).

En general los comportamientos de riesgo se dan en individuos a los cuales nunca se les impuso límites; sujetos que están buscando su lugar en el mundo debido a que sus padres no tuvieron la autoridad suficiente para inculcarle ciertas limitaciones a su actuar. Así, los comportamientos de riesgo resultan ser *“tentativas dolorosas de darse a luz, de ritualizar el paso a la edad adulta. Búsquedas de límites nunca establecidos o insuficientemente apuntalados”* (Le Breton, 2007/2012; pp 22).

Esta falta de límites que en muchas ocasiones acompañan a los jóvenes, unido a la ausencia de ritos sociales que reconozcan el cambio de estatus hacia la vida de adulto; repercuten en éstos con una magnitud lo suficientemente potente como para que comiencen a comportarse de manera riesgosa, para poder legitimar su existencia ante una sociedad que cada vez encuentra más difícil institucionalizar los roles.

Estos comportamientos de riesgo en un sociedad que insta a la individuación del sentido; son para los jóvenes formas inéditas de ritos; una manera de debatirse y de poner en juego la existencia contra la muerte para darle sentido y valor a la vida.

De este modo, tal como propone Le Breton:

“sacrificando algo de si para salvar lo esencial, el joven se esfuerza por encontrar su lugar en el tejido del mundo y por efectuar un acto de transito que lo libere al fin del sufrimiento, de ese estado de suspensión dolorosa que parece sin salida. El joven se convierte en actor de su existencia, ejerce un control sobre sus vivencias recurriendo a remedios paradójicos pero que son parte de antropo-lógicas eficaces y que autorizan a seguir viviendo” (Le Breton, 2007/2012; pp 25, 26)

Pocas dudas caben a estas alturas acerca de la necesidad que tiene el individuo para legitimarse por sus propios medios en una sociedad que apela a la diferenciación del sentido. Los comportamientos de riesgo son sin duda un fenómeno que no se da en todos los individuos, y que no debieran de darse debido a los peligros que éstos pueden provocar en quienes los practican. No obstante, éstos responden nuevamente al

mandato de legitimarse en sociedad; a buscar un sendero apropiado para poder “existir” junto a los demás.

Ahora bien, si a esto se agrega la necesidad del sujeto de una díada parental que le imponga ciertos límites para poder legitimarse en sociedad, límites que al no estar bien delimitados producen en el adolescente esta falta afectiva que origina en muchas ocasiones los comportamientos de riesgo antes nombrados; es menester dirigir el foco en las relaciones de autoridad en las cuales el adolescente se ve imbricado; debido a que éstas son fundamentales para un óptimo proceso de diferenciación de parte del joven.

Es inevitable que el niño haya estado supeditado a la autoridad parental en su infancia, y a que el adolescente se apoye en sus padres para orientarse en su camino con una adecuada puesta de límites. Esta verdad irrefutable parece dar luces acerca de como las posiciones jerárquicas en la sociedad han estado desde siempre condicionando la individuación del sujeto adolescente en su familia; lo cual nos obliga a dirigir el foco hacia aspectos micropolíticos a la base en el proceso de diferenciación del adolescente.

4. Micropolítica y poética en la adolescencia

Hasta el momento, en el presente trabajo se ha analizado el ciclo vital de la adolescencia como un proceso esencial en la historia del individuo. Se han considerado minuciosamente los factores biológicos y sociales que influyen en todo este periodo; en donde la subjetividad del adolescente se ha examinado bajo una epistemología que se sustenta en la hermenéutica de Paul Ricoeur.

Este adolescente en proceso de construcción de su identidad narrativa, ha sido observado a su vez en un contexto actual en donde la sociedad de mercado y la globalización lo han orientado hacia la diferenciación.

Ya se ha analizado como el sistema capitalista actual ha provocado la individuación del sentido; lo cual se traduce en que los grandes relatos sociales han empezado a despertar en su ocaso, provocando en el individuo la necesidad de diferenciarse de manera independiente para poder legitimarse en sociedad.

Ahora bien, es esta problemática sobre la necesidad de legitimarse la que todavía ha quedado en el tintero, y es un aspecto que parece ser el factor que engloba todos los anteriores: el aspecto político.

En el apartado anterior se discutió brevemente acerca de como el sistema capitalista ejerce un poder sobre las personas, obligándolos a transformarse en consumidores y en sujetos flexibles a los cambios para no ser desechados por éste.

Sin embargo, el fenómeno del poder no es estrictamente una dominación de una cierta élite burguesa sobre el proletariado. No se basa únicamente en las injusticias sociales que el sistema mercantil se ha encargado de mantener y perpetuar en los últimos años. El poder debe ser comprendido como un fenómeno que acontece en todas las relaciones humanas; estando siempre presente cuando una persona entra en relación con otro. Foucault considera que el poder no es un fenómeno ahistórico ni objetivo, más bien es un despliegue de relaciones abiertas, móviles y desiguales; como cualquier relación humana (Morales, 2011)

Complementando lo anterior, Pakman señala en *“Palabras que permanecen, palabras por venir”*, que la política se relaciona con un poder que no pertenece al ejercicio opresivo de un grupo privilegiado sobre los demás; más bien es un poder que se comprende como un conjunto de procedimientos y conocimientos a través de los cuales todos nosotros nos recordamos y mantenemos mutuamente en ciertas posiciones que perpetúan el status quo sociocultural y psicológico (Pakman, 2010).

De este modo, desde Pakman se le llama política a *“la creación, mantenimiento y regulación, no necesariamente explícita, de los mecanismos objetivadores de sujeción de lo humano, es decir, de las relaciones de poder, sus conocimientos asociados y las subjetividades que lo promueven y son, al mismo tiempo, generadas por esos saberes/poderes”* (Pakman, 2010; pp 27, 28)

Con estos supuestos teóricos a la base es que se deberá comprender la relación padres – hijos, como una relación de poder al servicio de una micropolítica cotidiana que regula el sistema familiar; la cual utiliza ciertos mecanismos de sujeción para configurar ciertos guiones que invisten a los distintos componentes de este sistema.

Este poder que se manifiesta en la relación familiar, sería *“el espacio relacional donde operan las tecnologías políticas a través del cuerpo social, siendo el funcionamiento de estos rituales políticos aquello que produce relaciones desigualitarias y asimétricas”* (Morales, 2011; pp 12)

Es esta micropolítica familiar la que define los roles de cada uno de los individuos que conforman este sistema, ya sea el del adulto responsable como el del niño que ha de ser cuidado y educado.

Sin embargo, en este apartado se observará como la adolescencia es un periodo vital que se caracteriza por un distanciamiento efectivo de esta micropolítica cotidiana; distanciamiento que por medio de la imaginación, logra la construcción de nuevas

imágenes y nuevos guiones que serán cruciales en el proceso de diferenciación del joven a través de lo que Pakman define como lo poético.

4.1 El carácter normativo de la función parental

Para comenzar a examinar al adolescente bajo el alero de dicha micropolítica cotidiana, previamente será necesario focalizar la mirada en el infante que aún no experimenta los cambios biológicos y psicosociales que encarnan el prelude de la etapa antes señalada. En este niño que al interactuar con adultos desconocidos genera en la mayoría de ellos un sentimiento afectuoso debido a la inocencia que todavía se mantiene protegida. En este chico que se le ve jugando de manera espontánea en casi todos los lugares, ignorando los problemas que aquejan a los adultos.

Ya se ha dicho que el adolescente es un individuo que alcanza una conciencia crítica de sí mismo en relación con sus pares debido al desarrollo cognoscitivo que tiene lugar en la etapa de las operaciones formales. Un sujeto que vislumbra un nuevo mundo al distanciarse de la tutela parental y al empezar a ver a sus padres como figuras iguales a él, lo que produce el consecuente comportamiento rebelde que abunda tanto en individuos que se encuentran en este periodo vital.

El niño que precede a este adolescente no posee este desarrollo cognoscitivo para comprenderse como un sujeto igual a sus padres; lo que genera que éste se vea supeditado al gobierno de éstos.

En relación a la autonomía, Piaget plantea que los niños ven las reglas y las aceptan como si provinieran de grandes autoridades: los padres, Dios, el gobierno. La moral del niño consiste en la obediencia, a la cual Piaget denomina *respeto unilateral*. Esto quiere decir que *“los niños no razonan acerca de lo que es bueno o malo; para ellos, lo bueno o lo malo está predeterminado (por la autoridad) y no está sujeto a sus propias valoraciones”* (Wadsworth, 1989; pp 118).

Esta predeterminación a obedecer a esta autoridad que los niños tienen internalizada, es posible comprenderla si consideramos la relación asimétrica que el infante ha tenido desde su nacimiento con las figuras parentales, especialmente con la madre. Arciero (2003) es el que pone el acento sobre la reciprocidad madre – niño durante la infancia, la cual considera una reciprocidad de tipo asimétrica en relación al cuidado de la madre sobre el infante, considerando la posición más madura del progenitor y la posibilidad autorreflexiva de la figura tutelar.

Esta reciprocidad asimétrica que se gesta en los primeros meses de vida del bebé, es la que define el vínculo del niño con la madre, y es la que provoca esta predeterminación a la obediencia en el infante. Así, tal como expone Piaget, *“El niño*

acepta como justo todo lo que los adultos dicen que está bien. No distingue entre la idea de justo e injusto y entre la de deber y desobediencia. El niño cree que el castigo es la esencia de la justicia” (Wadsworth, 1989; pp 145).

Es evidente que existe la necesidad de producir en el niño un sentimiento de obediencia hacia las figuras parentales. El infante no está preparado para actuar de manera autónoma en la sociedad en la que nos encontramos; como tampoco lo está para tomar decisiones juiciosas acerca de su bienestar y el de sus semejantes, debido a que su desarrollo afectivo y cognoscitivo está aún incompleto.

Los padres entonces tienen la responsabilidad de fomentar un vínculo normativo con el niño, con el fin de transformarlo en una persona socialmente aceptada. Este deseo acerca de la aceptación cultural, queda de manifiesto si recordamos lo que señala Le Breton (2007 / 2012) sobre la función de la familia en la sociedad, institución que para él ha sido durante mucho tiempo una correa de transmisión de la socialización y de la cultura, el lugar donde se forjaban individuos ajustados, cada uno según su estilo, a un mundo en que las posiciones estaban relativamente definidas.

Es en este carácter normativo que inviste la función parental sobre el infante, en donde se pueden discernir ciertos aspectos políticos a la base. Tal como señala Foucault en Pakman (2010), la norma es un concepto político. La norma trae consigo un principio tanto de cualificación como de corrección. La función de la norma no es excluir y rechazar. Más bien, está siempre ligada a una técnica positiva de intervención y de transformación, a una suerte de proyecto normativo.

Se podría decir que la crianza de los niños se asemeja a este proyecto normativo al que Foucault hace alusión. Cuando los padres educan a sus hijos, ya sea de manera coercitiva o no; el objetivo que éstos pretenden alcanzar (al menos el de la mayoría) no es el de generar en sus niños un sentimiento de exclusión o de rechazo de parte de la sociedad. Muy por el contrario; lo que se pretende por medio de la crianza es lograr que el niño se integre de manera positiva a la sociedad en la cual la familia se encuentra inmersa; integración que sólo es posible por medio de la imposición de la norma.

4.2 Las relaciones de poder en el sistema familiar

Ahora bien, esta formación que el niño recibe de parte de sus progenitores a través de ciertas reglas, restricciones y normas que han de ser acatadas por el infante, inevitablemente se encuentra investida de un poder que los padres ejercen sobre su hijo. Si se dirige la vista hacia *“El sujeto y el poder”* de Michel Foucault, se puede extraer que el ejercicio del poder es un modo en que ciertas acciones modifican otras. Este autor francés es enfático en definir el concepto de poder como existiendo solamente

cuando está puesto en acción. Ahora bien, éste comprende la relación de poder como un modo de acción, pero que no opera de manera directa o inmediatamente sobre los otros. Foucault argumenta que *“el poder actúa sobre las acciones de los otros; una acción sobre otra acción, en aquellas acciones existentes o en aquellas que pueden generarse en el presente o en el futuro”* (Foucault, 1988; pp 15).

Es importante considerar como el término del poder foucaultiano se desmarca de lo que entendemos por violencia; términos que en un primer momento se podrían considerar como sinónimos. Foucault (1988) entiende la violencia como una relación que actúa sobre otro cuerpo o cosa, y que fuerza, doblega y destruye, cerrando la puerta a todas las posibilidades de este cuerpo.

Por otro lado, el ejercicio del poder es, en palabras de este autor:

“Una estructura total de acciones traídas para alimentar posibles acciones; el incita, induce, seduce, hace más fácil o más difícil, en el extremo, el constriñe o prohíbe absolutamente, es a pesar de todo siempre, una forma de actuar sobre un sujeto o sujetos actuantes en virtud de sus actuaciones o de su capacidad de actuación” (Foucault, 1988; pp 15, 16)

Para ejemplificar estos términos, una relación de violencia típica es la de una persona que es torturada por otra para sacarle información. La tortura implica este actuar sobre otro cuerpo doblegándolo. Sin embargo, mientras a la persona no se le extraiga información valiosa no existe una relación de poder como tal en esta situación, debido a que la persona que está siendo torturada es libre en su acción de no decir palabra alguna. No hay una acción sobre otra acción, sino que hay una acción sobre un cuerpo. Por otro lado, si a esta persona se le induce a revelar información valiosa, por medio de métodos de persuasión diferentes a la violencia física, esto ya se transforma en una relación de poder, debido a que se logra modificar una acción por medio de otra acción. De este modo se puede ver que las relaciones de poder se caracterizan por la capacidad de “unos” para poder “conducir” las acciones de otros. Éstas son relaciones entre acciones, no entre objetos.

Teniendo en cuenta que este es el modo en que el poder emerge entre las interacciones sociales, no cabe duda de que en la relación padres – hijo, el ejercicio del poder se manifiesta con la función de los primeros en guiar la conducta del niño para generar ciertos efectos en él. Esta forma de orientar la conducta infantil no está

relacionada con el concepto de violencia antes señalado; al menos en lo que comúnmente se comprende como la crianza (obviamente existen casos de violencia doméstica que se omitirán en este texto).

Más bien, la manera en que los padres dirigen la vida de sus hijos, ya sea inculcándoles los valores que han caracterizado las costumbres familiares como también fijando las normas que éstos deben de acatar; se asemeja más a una forma de gobierno de sus actos, con la finalidad de estructurar el posible campo de acción de ellos. De este modo es que el comportamiento de los niños se encuentra supeditado a la autoridad de sus padres. Así, tal como señala Morales:

“Resulta entonces que la relación que el poder tiene con las personas no es exclusivamente represiva, en el sentido de coartar y hacer desaparecer ciertos tipos de comportamiento; sino que de subyugación, en el sentido de forjar en las personas, en tanto cuerpos dóciles, ciertas prácticas de sí mismas que las hagan partícipes de modos de comportamiento globales y unitarios, gobernados “desde afuera” por discursos dominantes” (Morales, 2010; pp 50)

Ahora bien, este gobierno que los padres ejercen sobre la vida de sus hijos, a pesar de significar una puesta de límites en éste, que lo categorizan y le imponen una ley de verdad que él tiene que reconocer y al mismo tiempo deben reconocer en él (Foucault, 1988); es necesario llevarlo a cabo si se toma en cuenta que el niño no dispone de los medios para pensarse en la complejidad del mundo. El ejercer un gobierno sobre la conducta del infante, significa adquirir una posición de responsabilidad sobre la educación de éste, para que el niño, tal como señala Le Breton (2007 / 2012), esté a la altura de su libertad y de su dignidad.

Por otro lado, esta posición de autoridad que los padres poseen sobre los niños no es una obligación forzada. Le Breton plantea que ésta *“reside en un reconocimiento mutuo de que una palabra tiene un valor que se impone sobre la de los otros. La autoridad es concedida a su depositario por quien acepta por voluntad propia ponerse en sus manos. Extrae su eficacia de una legitimidad que no es discutible”* (Le Breton, 2007 / 2012; pp 50).

Esta legitimidad que los padres poseen en el ejercicio de gobernar el comportamiento de sus hijos, emerge si consideramos que este tipo de relación se encuentra al servicio de estos discursos dominantes antes señalados, y que imperan en la sociedad moderna. Estos discursos cuentan con una serie de procedimientos de control que se basan en estrategias de exclusión, que censuran ciertos relatos y

rechazan ciertas figuras hablantes; imponiendo así una jerarquización del saber que establece un nivel de competencia y un marco de condiciones que donan validez a estos discursos (Morales, 2011). En la relación que se establece entre un padre y un niño en el proceso de crianza de este último, es evidente que el saber que el progenitor tiene sobre la vida en sociedad posee una validez superior a la del infante. Esto genera que la figura hablante del niño quede relegada a un segundo plano en la relación.

Este poder-saber que aparece modelando la relación padre-hijo en la familia, emerge debido a que la sociedad se encuentra entramada por ciertas tecnologías orientadas a la producción de ciertas prácticas de verdad, las cuales operan gracias a lo que Foucault denomina “dispositivo”. Éste *“funciona como una red que se extiende entre elementos que pertenecen, tanto al campo de lo dicho como a lo no dicho; y que constituye un conjunto heterogéneo que comprende, además de discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, entre otras”* (Morales, 2011; pp 10).

Esta red se logra diseminar a través del entramado social, y se desarrolla en una dirección concreta con el fin de estabilizar, bloquear o utilizar determinadas relaciones de fuerza. *“Este campo estratégico que despliega el dispositivo se encuentra concatenado al saber, produciéndose una relación de mutuo condicionamiento que hace que las relaciones de fuerza caigan bajo el efecto del saber, y que éste, a su vez, sea consecuencia de tales dinamismos”* (Morales, 2011; pp 11)

Son estos dispositivos de poder los que se encargan de promover ciertas prácticas de verdad y de excluir los discursos que no respondan a ésta. En una relación familiar operarían diversos dispositivos con el fin de mantener estos discursos dominantes (tales como normas morales, costumbres religiosas o actitudes sociales bien vistas, junto a las instituciones a las cuales cada una ha de responder); los cuales se manifestarían bajo voz del adulto.

De esta manera es que el gobierno del discurso paterno sobre la subjetividad del infante, nos señala la existencia de lo micropolítico en este tipo de relación, en tanto este término está ligado a la creación y mantenimiento de modos de instrumentación de lo que Michel Foucault llamaría modos de sujeción de lo humano (Pakman, 2010).

La subjetividad del niño se halla sujeta a la autoridad de la díada parental que representa de modo micropolítico el discurso cultural hegemónico al cual la familia debe responder. Esta sujeción se encuentra tan interiorizada en la cultura, que a simple vista uno no se percató que existe un importantísimo ejercicio de poder sobre el infante que está forjando constantemente su subjetividad.

Junto a esto, también se debe considerar que el ejercicio del poder puede producir tanta aceptación al punto de ser deseado (Foucault, 1988). Este filósofo francés argumenta que en muchas ocasiones, las relaciones de poder se ejercen con el consentimiento de ambas partes, al punto de que se deseen éstas. En este caso, el niño es quien consiente la autoridad de sus padres reconociéndola como tal; puesto que, tal como se señaló anteriormente, la palabra del adulto progenitor tiene un valor que se impone sobre la de los otros según la visión del infante; es decir, existiría un saber que está legitimado en la palabra del adulto, que decantaría en la aceptación de esta autoridad.

Así, la dependencia del niño hacia sus padres, tanto afectiva como materialmente; además de la incapacidad para razonar como lo hacen los adultos al no tener un desarrollo cognoscitivo completo, son factores que influyen en la subordinación del niño bajo el alero paterno; bajo esta autoridad que, al estar reconocida y consentida por el chico, forma parte de una micropolítica que, en palabras de Pakman (2010) crea, mantiene y regula esa trama inextricable de saber / poder y subjetividad que domina el sistema familiar.

4.3 La adolescencia como un distanciamiento de la micropolítica familiar

Con la llegada de la adolescencia en la historia vital del individuo, la capacidad que tenían los padres de gobernar el comportamiento del niño empieza a debilitarse. El joven que ya se encuentra con todas sus facultades cognitivas desarrolladas, comienza a hacerse consciente de sí mismo como una persona igual a sus progenitores; lo cual cambiará de una vez y para siempre la experiencia del sujeto. Tal como propone Arciero (2003), el reconocerse en la capacidad de interpretar la experiencia propia y de percibir a los otros y, en especial, a las figuras de referencia, como dotados de la misma capacidad, modifica intensamente sus relaciones de reciprocidad; resquebrajándose esta relación asimétrica que definía la relación con sus padres.

La adolescencia es el periodo vital en donde todo el gobierno de la conducta del individuo de parte de los padres comienza a criticarse. Es una etapa de protesta contra el dominio de unas personas con las que ya no existe aquel contrato tácito de autoritarismo consentido, debido a la deslegitimación que empieza a sufrir el discurso paterno dentro de la subjetividad adolescente. Esta crítica hacia dicho discurso se puede considerar como una lucha que cuestiona el status del individuo (el adolescente). Foucault (1988) explica que este tipo de lucha, junto a otro tipo de oposiciones tales como la oposición entre el poder del hombre sobre la mujer, o la oposición del poder de

la psiquiatría sobre la enfermedad mental; afirma el derecho a ser diferentes y subraya todo lo que hace a los individuos verdaderamente individuos.

En el gobierno de la conducta del niño, la subjetividad de éste se encontraba dominada por la función paterna cuyo objetivo no era otro más que encauzar al chico hacia un modo de ser que fuese culturalmente aceptado; función que como ya se ha dicho es necesaria para el desarrollo del individuo. No obstante el adolescente, al hacerse consciente de sí mismo, se rebela frente a esta micropolítica subyugadora de su subjetividad, la cual durante todos estos años lo ha hecho representar un guión sin consultársele a éste si aquél era el que él hubiese deseado.

El infante acata la encarnación de este guión social, debido a que esta micropolítica familiar opera a través de los dispositivos a los cuales Foucault hace alusión, los cuales regulan y mantienen estas prácticas de verdad a través de ciertas tecnologías de poder. En sus palabras:

“La aplicación de este “poder-saber” es entonces modulada por los dispositivos, no obstante mediante otro tipo de estrategias más específicas, que Foucault denomina “tecnologías”, las cuales se orientan, como operadores de los dispositivos de poder-saber, a generar ciertos productos discursivos, pero también a definir los modos de producción que organizan tanto el discurso mismo como los cuerpos en que éstos se organizan” (Morales, 2011; pp 11)

Foucault designa tres tipos de tecnologías en *“Vigilar y castigar”*, que considera claves en esta apropiación de los cuerpos sociales. Estas son las tecnologías del suplicio, las tecnologías del castigo, y las tecnologías de la disciplina. Mientras que la primera se basa en la puesta en escena de un combate asimétrico entre un súbdito y un soberano, con el fin de reunir en el primero la verdad judicial; la segunda tecnología radica en defender a la sociedad del delincuente, interviniendo en su vida para prevenir el daño que éste pudiese provocarle a la sociedad.

No obstante, es la tecnología de la disciplina la que parece ejercer una influencia más notoria en la domesticación del cuerpo infantil por esta micropolítica familiar subyugadora, con el fin de generar estos productos discursivos a los cuales Morales (2011) hace alusión.

Así, citando a Foucault desde Morales:

“Finalmente, la tecnología de la disciplina, ya no aspira ni al daño físico como expiación, ni a la individualización del infractor como sujeto peligroso, sino a la producción sostenida de un sujeto obediente, sometido por el uso de su cuerpo a un estado de docilidad que minimiza, desde la lógica de la prevención, todo su potencial de peligrosidad. La disciplina implicará así todos aquellos métodos que permitan el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garanticen la sujeción constante de sus fuerzas y les impongan una relación de docilidad-utilidad” (Morales, 2011; pp 18)

Este poder disciplinario tiene por finalidad el buen encauzamiento de la conducta del individuo. No encadena fuerzas para reducirlas, sino que para generar una producción discursiva en el sujeto para multiplicarlas y usarlas. En este sentido la disciplina debe comprenderse como “fabricando” individuos, en tanto es una tecnología que constituye a los individuos como objetos y como instrumentos de su ejercicio.

Sumado a esto, Pakman (2010), es claro en enfatizar la influencia de esta micropolítica como la causante de que los saberes o los conocimientos formen parte de una tecnología del poder que mantiene a cada cual en su posición subjetiva y rol social. Los saberes de la experiencia adulta se reifican en este sistema familiar como mecanismos de sujeción de la individualidad del infante, destinándolo a éste a asumir un rol social específico que deberá ser interpretado por él. Es esta tecnología la que fabrica a un sujeto dócil y productivo socialmente, en el sentido de que se le moldea estratégicamente para que reproduzca los productos discursivos que estas tecnologías pretenden mantener.

No obstante, el adolescente empieza a sublevarse frente a estos mecanismos de sujeción que operan sobre él, no tanto desde una visión de crítica social, sino más desde una oposición al discurso paternal, el cual es una reproducción de los discursos culturales dominantes. Esto decanta en una negación del posicionamiento que la micropolítica normalizadora le ha asignado; por lo cual logra distanciarse de ésta luchando tenazmente para no caer rendido frente a los mecanismos de objetivación de la cual la micropolítica se vale para perpetuar el status quo sociocultural y psicológico (Pakman, 2010).

Bajo estos supuestos se entiende la visión de Vigotsky acerca de la adolescencia como un periodo contradictorio y antitético. El distanciamiento de la micropolítica familiar implica una resistencia hacia los mecanismos de sujeción que intentan domesticar el cuerpo del joven por medio de estos guiones sociales que se

pretende que éstos interpreten. No obstante, tales guiones *“hegemonizan, trivializan y domestican la producción de posiciones subjetivas que se viven como esenciales para la inserción y la vida social”* (Proyecto semilla, 2013; pp 10). De esta manera, el distanciamiento de estos guiones implica resistirse a la inclusión social, lo cual en cierto sentido es contradictorio si consideramos al individuo como un sujeto relacional, como una persona en constante interacción con sus semejantes y cuya ontología del ser se basa en comunicarse dialógicamente (Bubnova, 2006)

Por otro lado, este distanciamiento de la micropolítica familiar también está relacionado con una percepción de sí mismo del adolescente como independiente de los contextos emotivos de pertenencia. Esta independencia afectiva que el joven experimenta, conlleva a ese sentimiento de soledad tan común que los jóvenes comienzan a padecer en este periodo. El distanciarse de un rol que ubicaba al infante en una posición cómoda y segura, implica experimentar esta inestabilidad notoria que emerge en el sentir del joven, con el consecuente sentimiento de soledad. Por esta razón, *“...a un sentido completo de ser autor de la existencia de uno, alcanzado durante la etapa de transición de la adolescencia tardía al inicio de la juventud, corresponden una mayor frecuencia y una mayor intensidad del sentido de soledad”* (Arciero, 2003; pp 169)

De este modo es que el adolescente se empieza a independizar del rol social al cual se hallaba sujetado, con la consecuente liberación de las determinaciones que éste guión perpetuaba en su subjetividad. En relación a esto, Pakman enfatiza que las *“estructuras sociales que nos determinan en lo que nos aparece como el terreno de nuestra libertad siempre fallan en algunos lugares”* (Pakman, 2010; pp 74). Este psiquiatra argentino indica que existen puntos de indeterminación que permiten apoyarse en ellos y ampliarlos para así poder generar un espacio virtual de distanciamiento de los guiones que esa micropolítica genera. Estos puntos de indeterminación pueden comprenderse si se toma en cuenta la importancia que fue ganando el concepto de libertad luego de la revolución burguesa. Es en este periodo histórico en donde se considera relevante la necesidad de un individuo con una identidad que dejase de ser totalmente fija, afirmando una libertad como condición indispensable para que el sujeto pudiese pensar, conocer y decidir (Pakman, 2010). En este periodo se comienza a observar entonces a la realidad como limitada por determinaciones de distinta índole, y se da inicio a una progresiva dilución de los fundamentos o esencias de lo humano que dominaban en el Medioevo.

De este modo, esta lucha que el adolescente lleva a cabo en contra del gobierno de la individualización (Foucault, 1988) de parte de sus padres, parece tener lugar en

estos puntos de indeterminación que se alcanzan en la adolescencia al distanciarse de estos guiones objetivadores.

4.4 Imaginación poética y resistencia en el adolescente

Retomando la importancia del concepto de libertad antes señalado, cuando Foucault argumenta sobre la manera en que el poder se manifiesta en las relaciones sociales, nunca desestimó que existiesen espacios en donde hubiese un rechazo hacia la sujeción del poder. Pakman (2010), cita a éste en su *“Palabras que permanecen, palabras por venir”*, señalando que este filósofo francés plantea que, si es que acaso fuese cierto que *“...en el corazón de las relaciones de poder y como una condición permanente de su existencia hay una insubordinación y una cierta obstinación esencial por parte de los principios de la libertad, no hay entonces relación de poder sin los medios de escape o de posible evasión”* (Pakman, 2010; pp 193)

La disponibilidad de estos medios de insubordinación dejan en entredicho que el sujeto no está irremediamente sujeto al poder, puesto que en todas las técnicas concretas de su mantenimiento aparecen posibilidades y actos de resistencia (Pakman, 2010). Estas posibilidades que emergen en las relaciones sociales de evadir el poder, son las que empujan al individuo a estos puntos de indeterminación que no se encuentran regulados por la micropolítica productora de guiones sociales.

El adolescente que rechaza la normalización de su subjetividad se distancia de lo micropolítico y se posiciona en estos campos de indeterminación bajo una lógica de resistencia. Éste se niega a representar el papel que en su infancia reprodujo de manera poco consciente, por lo cual ingresa a un espacio virtual de crítica hacia las determinaciones sociales, rechazando ingresar en sus lógicas.

Ahora bien, esta resistencia que el joven enarbola contra la micropolítica familiar, es lo que hace posible que su identidad narrativa se nutra de nuevos significados. Así, desde Pakman se señala que:

“La resistencia a ocupar esas posiciones, como si rechazáramos una parte en una obra de teatro que no queremos interpretar, es lo que permite que se produzcan los acontecimientos no requeridos por las identidades habituales, y que ocurran cosas ajenas a las posiciones subjetivas que generalmente se ponen en juego” (Pakman, 2010; pp 200)

Son estos nuevos acontecimientos que emergen en la experiencia adolescente lo que genera en éste la sensación de quiebre con el modo de vivir que había llevado

hasta entonces. La omnipresencia de los padres y la férrea dependencia a estos quedan atrás como modelos de vida a seguir, dando paso a este inevitable distanciamiento crítico que le abre las puertas a lo que Pakman denomina como lo singular; entendiendo este término como aquello que es capaz de oponerse a lo que tiene regla, patrón y ley, sin que se reduzca a ser un apéndice marginal de una abstracción (Pakman, 2010).

El adolescente que se resiste a las normas parentales y sociales alcanza esta singularidad que Pakman describe, al independizarse de los guiones que se cristalizaron en el devenir de su infancia y al ser amparado por este sentimiento de soledad. Es esta singularidad la característica principal de una dimensión que este psiquiatra argentino pudo concebir como emergiendo en este espacio virtual que aparece en estos puntos de indeterminación; la cual denomina dimensión poética.

Pakman la define como *“una dimensión embrujada por una materialidad que se abre paso a través del mundo de los signos y los significados para trascenderlo, una dimensión de sentido que aparece en una textura sensual única, irrepetible e irremplazable, vale decir singular”* (Pakman, 2010; pp 246).

Estas características de tal fenómeno dan cuenta de la imposibilidad de que éste se manifieste dentro de un espacio dominado por los mecanismos de sujeción que domesticar los cuerpos sociales. Más bien es una dimensión que sólo puede germinar en un lugar donde el status quo sociopolítico no tenga mayor peso. Es por esto que Pakman (2010) enfatiza el fenómeno poético como articulándose en torno a los puntos de indeterminación que se encuentran en el seno de estas fuerzas micropolíticas determinantes.

La singularidad que el adolescente adquiere en este proceso de concientizarse sobre su posición en el mundo, da cuenta de cómo lo poético inviste su subjetividad si se lo entiende como el sentido del mundo como una trayectoria insinuada, cuando escapa de su estructuración a través de una micropolítica modeladora que lo asfixia, y lo reemplaza con un individuo, la identidad que lo representa, y el sujeto que lo preside (Pakman, 2010). Lo poético es el espacio libre de estructuras abstractas que configuran la subjetividad del individuo, que la conforman como un entramado estratégico basado en la operación de tecnologías de poder (Morales, 2011). Este espacio es el que el adolescente habitaría temporalmente, mientras mantiene intacta su lucha en contra del gobierno de su subjetividad escapando de lo micropolitico; y mientras sea el generador de nuevos acontecimientos en la vida del individuo.

Esta característica particular que tiene relación con la ocurrencia de eventos novedosos en la resistencia a interpretar el guión que la micropolítica familiar se encargó de fomentar en el joven, se asimila al concepto de ipseidad de Ricoeur.

En *“Estudios y diálogos sobre la identidad personal”*, Giampero Arciero, basándose en los términos de Mismidad e Ipseidad de Ricoeur, señala que a partir de la adolescencia empiezan a diferenciarse en la experiencia subjetiva dos dimensiones del Sí mismo, que corresponden a dos modos de percibirse: por un lado, la percepción consciente, y casi condensada, de la continuidad propia, independiente de las situaciones contingentes, vale decir la Mismidad; y por el otro, la conciencia inmediata del acontecer propio ligada a las circunstancias, es decir la Ipseidad (Arciero, 2003).

Si tomamos en cuenta el proceso de la adolescencia como un distanciamiento del discurso parental que durante años se encargó de moldear la subjetividad infantil, es posible vislumbrar este periodo como diferenciando claramente las dos dimensiones del Sí mismo debido a que en este distanciamiento existe una crítica hacia la mismidad. Esta continuidad que permanece en el tiempo, no es otra cosa que la identidad infantil que se mantiene inalterable que el individuo posee gracias a la influencia de los padres. En palabras de Arciero:

“La mismidad (sameness) por tanto, <<condensa>> una historia: la historia de la sedimentación de la novedad y su integración a un orden emocional recurrente, que señala al mismo tiempo la apertura posible al mundo; esa estabilidad emotiva individual es guiada por los procesos de reciprocidad con una alteridad significativa: así, cada uno de nosotros es entregado a una familiaridad que no ha elegido” (Arciero, 2003; pp 60)

Esta alteridad significativa es la diada parental que le entrega al niño su estabilidad emotiva, y es la misma que recibe una potente crítica de parte del individuo cuando llega a la adolescencia. Así, se puede deducir que en este periodo es la ipseidad la que adquiere mayor protagonismo en la experiencia adolescente, y es la que genera estos nuevos acontecimientos que ocurren en esta lógica de resistencia. En base a la ipseidad, Arciero argumenta:

“Cuando se demuestra irreductible y libre con respecto a la perseverancia de la unidad organizativa del dominio emotivo (sameness/mismidad), el ser sí mismo en la inmediatez situacional (selfhood/ipseidad) se opone a aquella de modo radical. El Sí mismo, <<fuera de sí>> encuentra su ipseidad en su propio actuar y sentir inmediatos, y allí permanece cada vez” (Arciero, 2003; pp 60).

Este Sí mismo fuera de sí, es el que se resiste a la micropolítica que moldeó su Mismidad y su estabilidad emocional, y es el que se encuentra en su sentir y actuar inmediatos. De este modo se puede observar como aparece lo singular en esta emergencia de la ipseidad, debido a que el individuo rechaza por momentos esta historia condensada por lo micropolítico, y se lanza sin escrutinios a un actuar y a un sentir que no están investidos por los guiones que el infante interpretó en su estabilidad encegueda.

Ahora bien, para examinar como este actuar y sentir inmediatos no emergen de manera caótica o bajo una lógica del sinsentido en el joven, se hace necesario recapitular el proceso de la adolescencia desde el punto de vista del desarrollo biológico del individuo. Uno de los cambios cognitivos más notables es el desarrollo de las operaciones formales de parte del joven. Tal como se mencionó en apartados anteriores, alcanzar este estadio del desarrollo cognoscitivo da cuenta de una capacidad para hipotetizar sobre lo que podría ser en vez de lo que es. En esta etapa los adolescentes pueden pensar posibles consecuencias antes de que sucedan o en situaciones que no han ocurrido nunca. Puesto que no están limitados por las barreras de su propia experiencia, pueden imaginar otras formas de organizar el mundo y su sociedad (Hoffman, Paris y Hall; 1996).

Es esta imaginación que el adolescente utiliza para sostenerse en esta realidad inestable e indeterminada por momentos, la herramienta fundamental que emerge en este periodo para llevar a cabo este proceso de diferenciación en este sentir y actuar inmediatos; y es una herramienta que Pakman considera como crucial para mantener la distancia crítica en relación a esta micropolítica asfixiante y deambular por lo poético.

Pakman comenta que la capacidad de imaginar en la persona es lo que la posibilita a ésta a lograr instantes de singularidad. En sus palabras, *“es esta imaginación poética la que, al abrirle las puertas a una sensibilidad no domesticada por una micropolítica que la margina en nombre de una razón depurada de ésta, se convierte en un elemento fundante de la aparición de lo nuevo que conlleva lo poético en tanto que evento”* (Pakman, 2010; pp 407)

La posibilidad de que emerjan nuevos elementos por medio de esta imaginación poética, se concibe si recordamos lo que Vigotsky planteaba sobre la función del imaginar. Desde su punto de vista, en contraste con el papel reproductivo de la memoria, toda actividad humana que no se limite a reproducir hechos o impresiones vividas, sino que produzca nuevas imágenes o acciones pertenece a la función imaginativa (Parra, 2010).

Esta aparente contrariedad entre la actividad reproductora de la memoria con la función imaginativa, adquiere una cierta similitud entre los mecanismos de sujeción utilizados por lo micropolítico y la emergencia de lo poético en la subjetividad del individuo. Ya se ha dicho que los primeros tienen la función de reproducir ciertos discursos dominantes en los cuerpos sociales para la construcción de sujetos productivos, en tanto que de manera sumisa perpetúan estos discursos que lo micropolítico se empeña en mantener. Así, se puede ver esta función como similar a la que nuestra memoria desempeña al traer constantemente a la conciencia elementos que han marcado las vivencias del sujeto, elementos que han dominado en la narración de su vida.

Por otro lado, la función imaginativa de Vigotsky se relaciona con lo poético en tanto ésta se encarga de dissociar los elementos del entorno y combinarlos de manera singular para que se genere la creación de nuevas ideas y nuevos esquemas de actuación (Parra, 2010). Esta disociación se relaciona con lo poético en tanto éste apunta a desbaratar las fuerzas micropolíticas entendidas como las articulaciones de las relaciones de poder con el conocimiento (Pakman, 2010).

Vigotsky ve la imaginación como una actividad relativamente autónoma de la conciencia que se diferencia de la cognición inmediata de la realidad. Tal como queda patente en el texto “La Imaginación” de Jaime Parra, para Vigotsky la imaginación:

“...es un proceso que aleja al hombre de las impresiones concretas y circundantes para permitirle ver la realidad desde la justa distancia de lo posible. La imaginación hace del presente de la vida humana no sólo el complejo de impresiones actuantes o la síntesis de las experiencias pasadas sino la posibilidad de la acción futura” (Parra, 2010, pp 3).

Este distanciamiento de las impresiones concretas que este psicólogo ruso atribuye a la función de la imaginación creadora, es homologable con la distancia que lo poético guarda con lo micropolítico, lo cual nuevamente nos reafirma la función de la imaginación poética en el alcance de lo singular.

Esta distancia de la realidad concreta también aparece en el planteamiento de Bachelard, quien dice que la imaginación es la manera de cómo nos liberamos del peso de lo real. Es una des-realización de la imagen total que nos permite precisamente la novedad poética a medida que nos distancia de la realidad; lo cual logra una relación filial entre lo real y lo imaginario (Suarez, 2009).

Ahora bien, esta imaginación que aleja al hombre de lo concreto, al mismo tiempo tiene el cometido de crear nuevas imágenes para guiar al individuo en este

espacio de singularidad que es lo poético. Estar en esta dimensión poética se experimenta como presenciando un nuevo mundo que alguien que no es el yo habitual, que sorprende a la subjetividad misma porque la excede, siente de pronto que podría habitarlo (Pakman, 2010). De esta manera la imaginación guiaría al sujeto en este intento de habitar lo singular, pues tal como propone Pakman, *“la imaginación, con su color y su sensualidad, es siempre, en sentido amplio, un artefacto, una invención hecha con arte, que permite crear un horizonte. Y todo horizonte siendo imaginario, estructura, en lo cotidiano, nuestra orientación en la realidad”* (Pakman, 2010; pp 407).

Este horizonte que se origina en la mente del joven, simboliza el concepto que éste tendría acerca de lo que le gustaría llegar a ser. Recordemos que es en la adolescencia en donde el individuo logra observarse como una persona que podría aportar algo a la sociedad, o incluso en los más idealistas nacen fuertes deseos de transformar ésta; lo cual genera que el imaginario de éste se dirija hacia estas ensoñaciones que empiezan a orientar su accionar.

Es por esto que las palabras que testimonian lo poético en su permanencia parecen prometer una revelación como si estuvieran preñadas de otras palabras por venir (Pakman, 2010). El adolescente que empieza a reconfigurar su experiencia a través de nuevos esquemas y de nuevas acciones en esta lógica de resistencia, empieza a experimentar estos nuevos acontecimientos que enriquecen su subjetividad, acontecimientos que mantienen intacta la promesa de llegar a convertirse en esta idealización que construye el imaginario adolescente; y que al aparecer en un individuo que se encuentra situado en lo indeterminado, son equivalentes a estas palabras por venir señaladas por Pakman.

De este modo, este psiquiatra nos revela que las palabras por venir que promete la imaginación poética indican acción y nacimiento (Pakman, 2010). Palabras que se crearían en este espacio poético y que significarían una deconstrucción de la subjetividad entramada por los mecanismos de sujeción dominantes en la sociedad, dando nacimiento a una subjetividad que de manera libre y constante se enriquecería de nuevos acontecimientos, perpetuándose así este habitar lo poético.

Ahora bien, no se debe desestimar que esta singularidad en el adolescente tendría un inevitable encauzamiento hacia la sujeción debido a que éste se encuentra interactuando en todo momento con esta micropolítica objetivadora que margina lo singular. En palabras de Pakman, *“...así como la resistencia esta siempre en los puntos de indeterminación, también el retorno de la micropolítica y la vuelta a englobar las posiciones críticas está latente en todo ejercicio de resistencia”* (Pakman, 2010; pp 215).

Es evidente que la constante relación del adolescente con una familia que responde a una cultura determinada, es una reciprocidad necesaria para el vínculo

social del primero. En esta etapa, la función paterna consiste en entregarle al joven los límites necesarios para que éste pueda integrarse a la sociedad de manera adecuada, debido a que la sociedad en que éste se encuentra inmerso se rige por ciertas reglas de inclusión y de exclusión, y por ciertas tecnologías de poder, que trascienden el deseo personal de emancipación.

Los padres van dejando de lado su autoritarismo incuestionable, dando paso a una forma de paternidad que *“facilita la transformación de la relación, favoreciendo el paso de una condición de gestión unilateral a una de cooperación consensual- a través de la disponibilidad a la mutua reconfiguración de la percepción de <<lo que es>> y de la expectativa de lo <<que podría ser>>”* (Arciero, 2003; pp 171).

De esta manera, los padres de adolescentes le van dando espacio a éstos para la construcción de una identidad personal separada de la diada paterna; no obstante su tarea sigue consistiendo en recordar los límites y las interdicciones, debido a que las estructuras que rigen lo social excluyen de sobremanera lo singular; por lo cual de no existir un portavoz apropiado de este entramado de tecnologías de poder; podría emerger en el sentir del joven la sensación de no pertenecer a la sociedad con la cual interactúa diariamente, lo cual conduciría probablemente a los comportamientos de riesgo que fueron señalados anteriormente.

Por último, cabe mencionar que desde Pakman, las trazas de lo singular que permanecen como palabras están siempre expuestas a las inestables fuerzas en pugna de lo determinado y lo indeterminado” (Pakman, 2010). Si consideramos la experiencia del adolescente situada en estas trazas de lo singular, se comprende la inestabilidad de este periodo como un conflicto constante entre lo micropolítico que impone los límites y las normas sociales al joven; y lo poético, que se articula en los momentos en que el imaginario adolescente genera nuevas imágenes y produce acontecimientos distintos en su vida. Este conflicto alcanza su término cuando el joven logra su legitimación en la sociedad, y cuando su identidad narrativa alcanza una estabilidad entre la dialéctica entre mismidad e ipseidad.

Ahora bien, esta estabilidad se logra gracias a una actitud cooperativa de parte de los progenitores del joven, la cual evidentemente es una actitud que es promovida por el dictamen de la cultura; lo que nos da ciertos indicios acerca de cuál de las dos dimensiones que interactúan en el proceso de diferenciación del adolescente, es la que predomina en su subjetividad.

5. Consideraciones para la clínica relacional sistémica con adolescentes

Ya se ha propuesto en los capítulos anteriores, la manera en la cual se configura el proceso de la adolescencia en el individuo, considerando principalmente los aspectos micropolíticos y poéticos a la base de éste. Se ha afirmado que el adolescente, alcanzando un desarrollo cognitivo adulto, experimenta una transformación en el modo de relacionarse con sus padres, la cual pasa de caracterizarse como una reciprocidad asimétrica, a una simétrica.

Este cambio radical en la experiencia del joven, inaugura en éste una actitud de crítica hacia las normas parentales, lo cual se traduce en términos políticos, a una crítica hacia la función de reproducción de los discursos culturales que tiene toda familia que intenta insertar a sus miembros a la vida social.

Es esta crítica y resistencia que el joven enarbola frente al gobierno de su individualidad, lo que caracteriza este momento crucial del ciclo vital del individuo; y se comprende como una dialéctica constante entre el devenir de una micropolítica que aparece en todo contacto social tanto en el ámbito familiar como en el de grupo de pares, y que no tiene otra función más que la de perpetuar ciertos discursos dominantes en la cultura; y una singularidad que emerge en este distanciamiento crítico del discurso paterno que, valiéndose del imaginario adolescente, logra alejarse de la realidad concreta y crear nuevas imágenes y acontecimientos que no son requeridos por las identidades habituales normadas por lo micropolítico.

La comprensión de este proceso del ciclo vital bajo esta hermenéutica, tiene una cierta relación con el modo en que Pakman considera una psicoterapia idónea.

Desde el punto de vista de este terapeuta, esta micropolítica que participa en toda interacción social, opera en el campo psicoterapéutico imponiendo una normalización en donde ciertos roles específicos son donados tanto al consultor como al consultante; roles que deben de ser cumplidos para mantener el ajuste de esta uniformización.

Pakman (2010) considera que esta imposición de guiones específicos en psicoterapia, juegan en contra para el correcto ejercicio de una psicoterapia crítica, en el sentido de que éstos limitan y condenan al silencio a todo lo que los excede y anida como posibilidad de lo humano.

De esta manera, una psicoterapia crítica hace de la micropolítica un acto consciente, y permite distanciarse del trabajo silencioso de ella tal como aparece invisibilizado como una cuestión psicológica. Ahora bien, esa distancia que se alcanzaría en este ejercicio clínico, puede crear un espacio mínimo donde el encuentro

terapéutico, más que un cumplimiento trivial de guiones, tiene la oportunidad de ser un encuentro singular (Pakman, 2010).

Este distanciamiento de la micropolítica en psicoterapia, a través de hacerla consciente de su operar, se relaciona con el modo en que el adolescente se hace consciente de la manera en que su persona ha sido gobernada por personas iguales a él. En ambos casos ocurre un distanciamiento crítico de lo que antes se encontraba invisibilizado, y en ambos casos existe una posibilidad concreta de alcanzar un momento de singularidad.

Ahora bien, si se pensara en una psicoterapia crítica en el sentido en que Pakman la comprende, orientada al trabajo con adolescentes, se podría especular que ésta no sólo debe velar por distanciarse de los guiones que socialmente se encapsulan en la figura del consultor como profesional experto, y en la figura del consultante como paciente sometido al saber del profesional; sino que también debe estar alerta al proceso de distanciamiento crítico que el adolescente se encuentra realizando en relación a sus figuras parentales.

De cualquier manera, antes de conjeturar sobre las consideraciones clínicas relevantes en una psicoterapia con adolescentes, es necesario focalizar la mirada un poco más en lo que a psicoterapia crítica se refiere. En este sentido, el análisis de la investigación de un grupo clínico del Departamento de Psicología de la Universidad De Chile, junto con el examen de dos entrevistas que se realizaron a dos psicólogos expertos de este equipo de investigación, serán útiles para comprender en que se diferencia una psicoterapia crítica, de una que ciertamente no lo es.

5.1 La experiencia del equipo de Investigación *Aporesis*: El Proyecto Semilla

El equipo de Investigación de la Universidad de Chile, *Aporesis*, es un grupo de psicoterapeutas y de terapeutas en formación, que se ha venido conformando desde el 2012. Su línea de investigación, se orienta hacia la producción de directrices que den cuenta de un ejercicio clínico que logre desmarcarse de una psicoterapia acrítica que no considera los aspectos políticos a la base de todo encuentro terapéutico.

De esta manera nace el proyecto de este grupo de investigación: *“Las prácticas terapéuticas que promueven movimientos entre micropolítica y poética en la relación del consultante con su problema”*, el cual se postuló este año como Proyecto Semilla⁴.

⁴ El Proyecto Semilla es un tipo de investigación que se postula en el marco de un concurso de apoyo a la investigación de académicos del Departamento de Psicología de la facultad de ciencias sociales de la Universidad de Chile (FACSO). Este Proyecto tiene como investigadores principales a Claudio Zamorano y a Rodrigo Morales, los cuales a su vez son los coordinadores del grupo de investigación *Aporesis*, grupo que forma parte de los grupos clínicos que conforman el equipo de trabajo y asesoría sistémica (EQTASIS).

Este proyecto de Investigación intenta problematizar lo que se podría denominar como “dispositivo de atención en salud mental”. De este modo lo primero que se propone es:

“...indagar respecto de la diferencia que habría para la instalación de un trabajo terapéutico, entre recibir a un paciente bajo los márgenes de un dispositivo centrado en la anamnesis y los protocolos de atención regulares (en su intento por representarse al paciente), y un trabajo generativo centrado en la interrupción de las premisas dominantes buscando favorecer una relación entre el consultante y la micropolítica que sostiene el espacio de encuentro”. (Proyecto Semilla, 2013, pp 4)

Desde el punto de vista de Pakman, la interrupción de las premisas que atrapan a la personas en la manera de comprender sus problemas y sus vidas, puede ser lograda a través de prácticas terapéuticas que en su ejercicio sean capaces de deconstruir el dispositivo clínico y su naturalizada hegemonía explicativa.

Esta deconstrucción del dispositivo clínico, se basa primordialmente en resistirse a reproducir los guiones que la micropolítica normalizadora impone.

Ahora bien, en esta resistencia no se trata de no cumplir nunca con estos guiones, sino más bien de alejarse críticamente de ellos. En esos casos, siguiendo a Pakman, la explicitación de que elegimos no cumplirlos, puede generar el espacio crítico virtual que nos permita movernos terapéuticamente (Pakman, 2010).

Bajo esta misma mirada es que el proyecto de investigación tiene una mirada crítica con lo que respecta al clásico dispositivo terapéutico centrado en la anamnesis; por lo cual, desde el enfoque en el que se está orientando este Proyecto, la tarea central del terapeuta en un proceso terapéutico –y particularmente en una primera sesión– no debería ser la de “caracterizar” al paciente mediante una representación acuciosa de su comportamiento o de su psique (lo cual se haría en una psicoterapia centrada en la anamnesis) sino que, por el contrario, su tarea debería ser problematizar la insistencia de esa misma representación, promoviendo el movimiento desde de una micropolítica opresiva hacia una poética que, en su sorpresa respecto de las sujeciones dominantes de la mismidad del sistema consultante, favorece el salto a la generatividad y, por tanto, a la novedad de nuevas formas de estar en la conversación (Proyecto Semilla, 2013).

Desde “*Palabras que permanecen, palabras por venir*” de Marcelo Pakman, este modo de intervenir en el ejercicio clínico responde a una concepción de la psicoterapia como una posibilidad efectiva de distanciarse de manera crítica, respecto al trasfondo de normalidad contra el cual se configura la patología disciplinar, en detrimento de ser

“una tecnología para devolver una normalidad incuestionada y promovida micropolíticamente, como hemos visto, a través de saberes, poderes y sujetos, a aquellos que, por diversas circunstancias, se han desviado de los guiones que encarnan esa normalidad” (Pakman, 2010; pp 192).

Esta normalidad incuestionada que se pretende reproducir en el discurso del paciente, es la que aparece en una psicoterapia sostenida en la anamnesis del paciente; debido a que ésta, al intentar elaborar una representación del paciente, favorece que *“lo que el consultante pone a disposición de la relación se encuentre mediatizado por imperativos y premisas que conducen ciertas vías posibles para la psicoterapia mermando otras alternativas”* (Proyecto Semilla, 2013; pp 5).

Si consideramos que el objetivo general de la investigación del grupo *Aporesis* es identificar y analizar las prácticas del terapeuta que promueven movimientos entre micropolítica y poética en la relación del consultante con su problema, se puede afirmar que una de las directrices hacia la cual el terapeuta debiese orientarse, es en la de evitar caer en los parámetros de normalidad que rigen en lo social. Esta evitación implica entre otras cosas, no caer en la aceptación del rol de psicólogo experto, y no guiarse por premisas que representan y dominan a las subjetividades.

5.2 Aspectos a considerar para una psicoterapia crítica con adolescentes

Centrándonos ahora en un ejercicio clínico con adolescentes que se oriente a través de una crítica constante de las premisas dominantes, y que promueva espacios generativos en terapia, se hace necesario integrar los aportes de los psicólogos que fueron entrevistados, quienes fueron el psicoterapeuta Claudio Zamorano y la psicoterapeuta Carolina Besoain⁵.

Estas entrevistas intentaron rescatar las opiniones de estos terapeutas con respecto a los términos micropolítico y poético, e indagaron en las repercusiones que ambos conceptos tendrían en un proceso terapéutico.

En primer lugar, en relación a la manera en que la micropolítica se encarga de someter tanto al profesional como al consultante a través de la sujeción de éstos en ciertos roles específicos, es necesario considerar primeramente que de forma inevitable, el trabajo del terapeuta siempre estará demandado por la petición de los padres del paciente. Tal como plantea Claudio Zamorano en la entrevista que se le realizó, el terapeuta *“está demandado por la micropolítica de la familia, que tributa por cierto, a*

⁵ Claudio Zamorano es un doctor en psicología de la Universidad de Chile, que ha sido docente y ha supervisado clínicamente en el magister en Psicología Clínica de Adultos de la Universidad de Chile. Actualmente es profesor Asistente de Docencia de la Universidad de Chile.

Carolina Besoain es doctora en psicología de la Universidad Católica, que actualmente es académica en la Universidad de Chile, la Universidad Católica y la Universidad Alberto Hurtado.

aspectos ideológicos más amplios. Por tanto está demandado por la micropolítica paterna, y además está siendo llamado porque está siendo traído como alguien que tiene un saber, para mediar en esta pugna ideológica existencial". (Anexo II, entrevista 1; pp 69).

Ahora bien, esta demanda que proviene de los padres hacia el psicoterapeuta, si bien es cierto responde a ciertos discursos culturales dominantes, no se puede ignorar ni considerarla como poco relevante para el proceso. Carolina Besoain, en la entrevista que se le realizó, comenta que *"mi rol de psicóloga se alimenta de eso. Porque ese deseo que el padre tiene respecto de mí, es el deseo que tiene respecto de su hijo. Entonces yo tengo que escucharlo y hacerme cargo de eso. No para domesticarme, sino que para escucharlo y trabajarlo"* (Anexo III, entrevista 2; pp 77).

Lo anteriormente señalado, nos habla acerca de que en una psicoterapia crítica, si bien es cierto no se debe aceptar lo dominante como una verdad rígida, tampoco facilita una intervención generativa el desconocimiento y el rechazo de éste.

Claudio Zamorano es enfático al explicar que algunos padres, al considerar al terapeuta como poseyendo cierto saber, delegan ese saber a ellos. Y el delegar ese saber habla acerca de cómo los padres asumen una incompetencia en un saber ser adolescente, por lo cual aquello está siempre tributando una historia familiar también.

Interesante es entonces notar que en muchas ocasiones el guión que se enviste en el terapeuta como un profesional con un cierto saber y un cierto poder ligado a ese saber, es donado a éste por parte de los padres del paciente adolescente.

No obstante, esa posición que el psicoterapeuta encarna desde la petición de los padres, responde a una historia familiar que posee un relato que es necesario escuchar. Carolina Besoain explica que en ese relato, *"hay muchas veces valores encarnados en una historia, aprendizajes de la vida, temores, miedos, traumas, que también hay que escucharlos, porque además son aquello con lo que el adolescente lidia cotidianamente"* (Anexo III, entrevista 2; pp 77).

De esta manera, la relación que se debe establecer con esta micropolítica familiar, ha de ser una relación en donde no se someta a la domesticación de parte de ésta; pero también debe ser una relación en donde se la considere como fundamental para el proceso terapéutico, en tanto ésta forma parte del relato familiar y del relato del paciente. De esta manera, parte del trabajo del terapeuta es poder generar las condiciones en conjunto para generar una micropolítica distinta (Anexo II, entrevista 1).

Ahora bien, lograr el encauzamiento de una micropolítica distinta a la que la familia junto con el paciente lleva a la consulta, implica necesariamente un ejercicio clínico en donde se valide el descontento del adolescente, para así integrar éste a la micropolítica familiar imperante, y generar cambios en ésta que darían cuenta de una

intervención poética. Esto siguiendo lo que Carolina Besoain plantea en relación a cómo ella comprende lo poético en psicoterapia:

“Lo poético en la psicoterapia que hago, aparece yo creo en mi intento por reconocer dar legitimidad al propio deseo del adolescente, a su propio querer, afecto y percepción, y poder distinguirlo del deseo de los padres. Eso ha sido súper protagónico en mi clínica. Entonces, lo poético en mi ejercicio clínico, pienso que tiene que ver con ayudar al paciente a encontrar su propia singularidad, y permitirle también más diferenciación” (Anexo III, entrevista 2; pp 75)

Marcelo Pakman enfatiza en su obra que una psicoterapia crítica hace consciente el operar de la micropolítica. Pues bien, el diferenciar y legitimar el deseo del adolescente de la demanda de los padres, implica necesariamente un distanciamiento del poder de sujeción que poseen los discursos dominantes (en este caso el discurso parental), al considerar el relato del joven y legitimarlo.

No obstante, sería ingenuo pensar que el deseo del adolescente responde a una singularidad absoluta, o que el joven es pura singularidad. Es importante entender que, una vez que el individuo se hace consciente de su condición adolescente, empieza a criticar el discurso parental ingresando a una micropolítica de pares que también integra el espacio social. De este modo, no es posible creer que una psicoterapia generativa que interrumpa las premisas dominantes, se desarrolle tan sólo legitimando la voz del adolescente; sino que más bien a lo que se debiese apuntar es a hacer consciente el modo en que el joven se relaciona con la micropolítica familiar, y como éste se relaciona, tal como diría Zamorano, con una ideología determinada, que también responde a una micropolítica particular; para así descubrir la singularidad que participa de estos procesos políticos.

Ahora bien, desde el punto de vista de este psicólogo lo singular o lo genuino que en cierto aspecto él identifica con al concepto de poético en la obra de Pakman, es posible de alcanzar sólo a través de la micropolítica misma. En sus palabras:

“...uno puede llegar a la poética dándole dignidad a la micropolítica. No sólo de esquivar, o de buscar el intersticio de la micropolítica para que la poética aparezca. Yo creo que la micropolítica en términos foucaultianos, es pura creación. Hay un poder positivo en la micropolítica y que no debe de ser desconocida” (Anexo II, entrevista 1; pp 70)

En base a lo anterior, este psicólogo considera que para generar estos espacios generativos en terapia que den cuenta del alcance de lo poético, los terapeutas deben de tener una capacidad creativa y atrevida, y de lograr mirar el problema que aparece desde otro registro. Así, cuando el terapeuta se conecta con su faceta más creativa y es capaz de hacer esto, es capaz de ayudar al paciente a pensar creativamente su situación para encontrar en otro registro la posibilidad de diferencia (Anexo II, entrevista 1). Ese pensar el problema en otro registro habla de cómo la micropolítica ingresó en otro registro también, lo cual en cierto aspecto nos habla de su poder positivo de creación.

Complementando lo anterior, la psicóloga Carolina Besoain también considera que el ingreso en lo poético implica un cambio en el registro de la conversación, lo cual incluso denomina como en el entrar en una lógica distinta. Desde su punto de vista, esta lógica sería más generativa en el sentido de que sería más indeterminada, porque pertenecería a un lenguaje menos unívoco respecto de la semántica, de los significados (Anexo III, entrevista 2).

Carolina Besoain comenta que cuando se logra hacer emerger una imagen en terapia que metafóricamente sea capaz de agrupar distintos registros del habla, se está promoviendo la consecución de una intervención generativa. Ejemplificando su pensamiento recordando a una paciente (véase anexos), nos relata:

“Entonces a mi paciente puedo hablarle de la mamá, de su relación de pareja, hablarle de esa pelea que tuvo con su mamá a los 9 años o qué sé yo, todo eso se convoca en esa imagen, entonces desde ahí es muy generativo, porque se abren líneas de fuga, hacia distintas temáticas”
(Anexo III, entrevista 2; pp 80)

Ahora bien, focalizando la mirada en el ejercicio clínico con adolescentes con miras a promover un espacio generativo, lo primero que se debe considerar es que intentar que el joven paciente pueda pensar creativamente su problema, parece adecuarse a cómo se piensa que este proceso de diferenciación se despliega. Claudio Zamorano comenta que el adolescente:

“...está intentando crear algo, está intentado crear una manera singular de estar en el mundo. Visto así uno podría pensar de que sí, que el adolescente está tratando de no ser pura repetición, sino que también ser creación, y para eso debe confrontarse con los límites normativos, para

poder encontrar en el exceso o en el más allá, una manera singular, que es creativa” (Anexo II, entrevista 1; pp 72)

De esta manera, comprendiendo el proceso de diferenciación del adolescente como la creación de una manera singular de estar en el mundo, una psicoterapia dirigida a potenciar los aspectos creativos del joven consultante, parece adecuada para orientar al adolescente hacia su singularidad, la cual está intentando encontrar justamente a través de su imaginario.

Complementando lo anterior, Claudio Zamorano afirma que socialmente existen muchos campos en donde el sí mismo puede tramitarse, tales como el cuerpo, el deporte, la música, el estilo, etc. Todos esos espacios serían susceptibles de ser habitados creativamente por este individuo que comienza a relacionarse con su entorno de modo mucho más propio y singular; y sería muy adecuado que éstos fuesen intencionados en psicoterapia si no lo están siendo.

Por otro lado, la habilidad creativa del terapeuta para concebir imágenes que puedan reunir distintos registros de la historia de vida del paciente, también parece ser fundamental en un trabajo generativo con adolescentes.

Carolina Besoain explica que su ejercicio clínico con adolescentes se diferencia de sus terapias con adultos, debido a que con los segundos ella transita entre lo poético como imagen y lo relaciona con otras conversaciones que se han tenido. Por otro lado, con el adolescente prefiere quedarse en el registro más sensual, más metafórico (Anexo III, entrevista 2).

Esta psicoterapeuta explica que esta diferencia la hace primordialmente porque los adolescentes, en contraposición a los adultos, tienen una visión mucho más dirigida a lo que están viviendo en el presente. Esto es entendible si se considera que todos los cambios cognitivos y sociales que desembocan en el joven, hacen de su experiencia actual lo fundamental. De esta manera es mucho más común escuchar un relato de la vida cotidiana del joven, que de su experiencia en la niñez.

Entonces, es esa materialidad cotidiana que el adolescente en general trae a terapia, la que empuja al psicoterapeuta a adquirir una escucha creativa, y a quedarse más en el registro metafórico del espacio. Esto con el fin de escuchar las pautas y escuchar el sentido que va emergiendo a través de estas imágenes que el psicoterapeuta trae a terapia, sin vincularlo necesariamente con conversaciones previas (Anexo III, entrevista 2).

Así, se puede conjeturar que un trabajo generativo con consultantes adolescentes, debe de orientar al terapeuta a hacer uso de sus habilidades más

creativas; debe de promover a su vez la capacidad creadora del paciente tanto en su vida cotidiana como en el encuentro terapéutico, tomando en cuenta la naturaleza del proceso de diferenciación de éste; y debe de mantenerse en un registro que se incline hacia lo metafórico, para adecuarse a la materialidad cotidiana que trae el relato del adolescente a sesión; y para entregarle a éste los distintos registros que irán emergiendo en este encuentro terapéutico, sin promover relaciones ni proponer puentes entre éstos, con el fin de que éste encuentre su singularidad de la manera más independiente posible.

Conclusiones

El objetivo de este trabajo ha tenido que ver con comprender como los aspectos micropolíticos y poéticos que son desarrollados en la obra de Pakman, participan en la construcción de la identidad del adolescente, en un contexto contemporáneo.

En primer lugar, fue necesario considerar que epistemología sería la más adecuada para aproximarse al fenómeno de la identidad. Esto implicó reparar en el contexto histórico en el que se llevó a cabo la investigación, el cual se encuentra imbricado por ciertos postulados posmodernos.

De esta manera, el concepto de identidad comprendida como un proceso que permanece inalterable en el tiempo durante el desarrollo de la vida del individuo, no fue utilizado en la presente memoria. Más bien, el enfoque que se le dio al proceso identitario del adolescente, tiene relación con la consideración de un individuo que adquiere un sí mismo en constante cambio por su adhesión a las múltiples formas de discurso que componen el entramado social (Arciero, 2003).

De esta manera es que se consideró como fundamental la temporalidad en este proceso, debido a que es un acontecer en donde estos sí mismos se van superponiendo y se van modificando a medida que el sujeto se va adecuando a nuevos contextos. No obstante, a pesar de que la temporalidad se considerase como fundamental para estructurar la experiencia del vivir, acceder a la comprensión de esta experiencia parece posible sólo a través de la mediación de símbolos y narraciones. Esto evidencia la importancia de reconfigurar el acontecer de la experiencia en estructuras de sentido comunicables (Arciero, 2003).

De esta manera, el proceso identitario del adolescente se consideró a través del concepto de identidad narrativa de Ricoeur, entendiendo éste como un proceso de reconfiguración de la experiencia en una narración, debido a que ésta englobaría en su

unidad el sentido de permanencia de los modernos con los múltiples Sí mismos de los posmodernos (Arciero, 2003).

Esta reconfiguración de la experiencia adolescente, fue examinada como esencial considerando los cambios biológicos y sociales a los que este individuo se enfrenta. La maduración sexual fue observada como una apertura pulsional que empuja al joven a relacionarse con personas del sexo opuesto, además de generar en el joven un interés por el ser ante los demás. Esto genera en el individuo adolescente una progresiva inserción en la vida social y en la relación con los pares, dejando la vida familiar en un segundo plano.

Junto a esto, el paso hacia la etapa de las operaciones formales de Piaget, fue considerado como fundamental en la maduración cognitiva del joven. Para Piaget, en esta etapa el individuo tiene la capacidad para trabajar con hipótesis, lo cual implica que éste pueda reflexionar con supuestos que no están en la realidad concreta. Este conocimiento que se libera de lo real y lo concreto, se relaciona con la capacidad que alcanza el adolescente para crear nuevas ideas y nuevas imágenes, capacidad creadora que Vigotsky asimila a la facultad imaginativa que tendrían los sujetos.

De esta manera, una conclusión que emerge del análisis de estos dos autores, es que la imaginación es una herramienta fundamental para el proceso identitario del adolescente y en la reconfiguración de su experiencia. Esto si se sigue a Vigotsky en su convencimiento de que la inadaptación al medio social es la base para que emerja la capacidad creadora en el individuo, y si se considera que el conjunto de cambios que aparecen en este periodo, generan en el joven un sentimiento de inestabilidad.

Por otro lado, el análisis del contexto moderno al cual esta investigación se remitió, dio cuenta de que el periodo de la adolescencia emerge en la vida del individuo, en un momento histórico en donde las raíces de las generaciones anteriores y las tradiciones familiares se encuentran disminuidas frente a la diversificación y a la constante competición de referencias culturales, las cuales se hallan dominadas por una economía de mercado. Esto conduce a la inevitable individuación del sentido, y a la necesidad de los individuos de instituirse por sí mismos. De esta manera, también se logra concluir que en este periodo de inestabilidad, el adolescente debe legitimarse en sociedad a través de la diferenciación.

Ahora bien, esta diferenciación implica primeramente una des-idealización de las figuras parentales, debido a que en este periodo se critica el modo asimétrico en que se configura la relación padres/hijo. Esto genera que el adolescente se empiece a considerar una persona igual a sus progenitores, y comience a vincularse con su grupo de pares, debido a que en este tipo de relación existe una reciprocidad simétrica, un contrato, una igualdad en la manera de pensar y de sentir.

De esta manera es que esta des-idealización de las figuras parentales implica un distanciamiento crítico del sistema familiar. Este distanciamiento se ha comprendido debido a que el adolescente no acepta que su individualidad siga siendo gobernada por sus padres, los cuales se relacionan con sus hijos bajo el alero de una micropolítica cotidiana que regula el sistema familiar; la cual utiliza mecanismos de sujeción para configurar ciertos roles en los miembros de éste.

Se concluye que esta micropolítica ha dominado la subjetividad del infante gracias a los planteamientos de Piaget con respecto a cómo el niño se relaciona con el concepto de justicia. Según este autor, el niño acepta como justo todo lo que los adultos dicen que está bien, y no logra distinguir entre lo que es justo e injusto o entre el deber y la desobediencia, creyendo que el castigo es la esencia de la justicia.

Esto se ha complementado con lo que plantea Foucault en relación al poder, que se basa principalmente en una comprensión de este concepto como la capacidad de “unos” de poder conducir las acciones de “otros”. Además de esto, se ha rescatado el concepto de tecnología de la disciplina de este filósofo francés para comprender la sujeción del infante en el sistema familiar, la cual aspira a la producción sostenida de un sujeto obediente, sometido por el uso de su cuerpo a un estado de docilidad que minimiza su potencial de peligrosidad.

Ahora bien, el distanciamiento de este poder disciplinario que los padres ejercieron sobre el infante para el correcto encauzamiento de su conducta; tiene lugar cuando este niño logra hacerse consciente de sí mismo y del ambiente que lo rodea. Tal como propone Arciero (2003), el adolescente se experimenta en este proceso como un autor de su propio relato al poder reflexionar sobre sí mismo en este distanciamiento experiencial, lo cual habla acerca del deseo de este joven de resistirse a ser sometido por este rol que le fue asignado por su familia.

De esta manera, y en relación a lo que Foucault afirma con respecto a que no existiría relación de poder sin existir además los medios de escape o de posible evasión; se concluye que el adolescente, además de relacionarse con una micropolítica familiar que se encarga de reproducir los discursos dominantes de la cultura, también ingresa a un espacio virtual de crítica hacia la determinación de su subjetividad, espacio que se caracterizaría por poseer una singularidad que Pakman denomina lo poético.

Ahora bien, esta resistencia del joven a ocupar la posición que la micropolítica familiar entrega, es desde Pakman lo que permite que se produzcan los acontecimientos no requeridos por la identidad habitual de éste, y que ocurran cosas ajenas a la posición subjetiva que generalmente se pone en juego. Esto es posible gracias al concepto de imaginación poética de Pakman, la cual es la herramienta

esencial del sujeto para lograr un distanciamiento crítico de la micropolítica y alcanzar estos momentos singulares sin dueño.

Junto a lo anterior, si se toma en cuenta que el adolescente, a diferencia del niño, puede pensar posibles consecuencias antes de que sucedan o pensar en situaciones que no han ocurrido nunca, se puede concluir que esta capacidad del joven para imaginar otras formas de organizar el mundo, es el artefacto que le permite a éste ver la realidad desde una distancia considerable. Es lo que le permite alejarse de las impresiones concretas, para crear nuevas imágenes y nuevos acontecimientos que no se encuentren dominados por la micropolítica que generalmente domina en la inmediatez de la experiencia, y que puedan orientar al individuo adolescente hacia una experiencia que se encuentre investida por esta singularidad descubierta.

No obstante, también se ha concluido en el presente trabajo que la función paterna de entregar al muchacho los límites adecuados para integrarlo positivamente a la sociedad, es una función necesaria para el proceso identitario del joven, puesto que al no existir estos límites en la subjetividad adolescente, éste se encontraría en una tierra de nadie con un sentimiento de vacío y de no pertenencia a la sociedad, lo cual puede desembocar en la manifestación de comportamientos de riesgo de parte de él.

Esto es así debido a que los límites que toda sociedad tiene, son los que donan a los individuos los guiones que hegemonizan y domestican la producción de posiciones subjetivas que se consideran como esenciales para la inserción y la vida social.

De esta manera, un distanciamiento total de estos guiones implicaría resistirse a la inclusión social, lo cual en cierto sentido significaría poseer una identidad incompleta considerando a todo individuo como un sujeto relacional.

Es por esta razón que el proceso identitario del adolescente, se configura en una dialéctica continua entre lo micropolítico y lo poético, gracias a una crianza que le da espacio al joven para construirse un mundo propio fuera del control parental, pero que en todo momento le rememora a éste las estructuras y las interdicciones que dominan en lo social, tal como nuestra memoria se encarga de recordarnos las normas de conducta que hemos aprendido, o las huellas de impresiones que hemos sentido.

En lo que respecta a un ejercicio terapéutico con adolescentes que considere esta dialéctica, se concluye que el alcance de momentos generativos puede ser logrado a través de prácticas terapéuticas que puedan deconstruir el dispositivo clínico. Esta deconstrucción tiene relación con lo que se plantea en el Proyecto Semilla "*Las prácticas terapéuticas que promueven movimientos entre micropolítica y poética en la relación del consultante con su problema*", que fue examinado en el capítulo cinco, en donde se propone que la tarea central del terapeuta no debiese ser la de caracterizar al paciente mediante una representación de su comportamiento como lo haría una terapia

centrada en la anamnesis, sino más bien problematizar la insistencia de esa representación, haciendo de la micropolítica que impera en ésta un acto consciente.

Puntualmente en el caso de pacientes adolescentes, gracias al insumo empírico de las entrevistas realizadas tanto a Claudio Zamorano como a Carolina Besoain, se concluye la necesidad de problematizar esta micropolítica familiar que inviste al joven; sin someterse por completo al guión de profesional con un saber/poder sobre el consultante que muchas veces esta micropolítica dona al espacio terapéutico, pero tampoco desconociendo la influencia de ésta en el proceso terapéutico.

Se ha concluido a su vez que el trabajo del terapeuta debe enfocarse en construir junto con el consultante adolescente una micropolítica distinta, en donde se legitime el descontento y el deseo del adolescente, diferenciándolo del deseo de los padres, lo cual sería el primer paso para encauzar al adolescente hacia su singularidad.

Para poder legitimar la voz del adolescente sin sucumbir a lo micropolítico, se ha concluido que el terapeuta debe de tener una capacidad creativa y atrevida para poder mirar el problema desde distintos registros. Esta predisposición del terapeuta permitiría espacios más generativos debido a que provocaría que la terapia ingrese en una lógica más indeterminada con un lenguaje menos unívoco, lo cual a su vez ayudaría al paciente a pensar creativamente su situación para encontrar en otro registro la posibilidad de diferencia.

Finalmente, al entender el proceso de diferenciación del adolescente como un intento de crear una manera singular de estar en el mundo, se piensa que una psicoterapia dirigida a potenciar los aspectos creativos del joven consultante, parece adecuada para orientar a éste hacia su singularidad. Esto a su vez sería facilitado por un ejercicio clínico que mantuviera un registro que se inclinase hacia lo metafórico, para que el adolescente pueda vislumbrar estas nuevas imágenes y pueda elaborar nuevas acciones que den cuenta del encauzamiento de su singularidad.

Anexos

Anexo I: Pauta de entrevista Memoria de pregrado

Apertura y presentación

Antes que todo quiero agradecer su colaboración para dar esta entrevista. Mi nombre es Felipe Rubilar Baeza, soy licenciado en Psicología y estoy realizando mi memoria de pregrado con el objetivo de obtener mi título de psicólogo. La elaboración de esta memoria se encuentra en el contexto de la participación en el proyecto Semilla del grupo de investigación Aporesis de la Universidad de Chile, grupo del cuál formamos parte; por lo cual espero que esta entrevista sea un insumo que contribuya a la investigación.

Mi memoria se basa en un análisis del proceso de diferenciación del adolescente, considerando ciertas dimensiones que participan en éste. Estas dimensiones son lo que Marcelo Pakman denomina lo micropolítico y lo poético. La idea de la entrevista es obtener ciertos insumos empíricos de terapeutas expertos, que entreguen información relevante acerca de cómo hacer una psicoterapia sistémica relacional con adolescentes, que considere estas dimensiones.

Esta conversación será informal y las preguntas que se consideran son en cierto aspecto preguntas abiertas; por lo cual dentro de sus respuestas pueden surgir otras preguntas que orienten el diálogo hacia contenidos que sean útiles de pesquisar. La entrevista tendrá una duración de unos 40 minutos aproximadamente, aunque podría extenderse dependiendo del modo en que se lleve a cabo el diálogo. Por otro lado, la información recopilada en esta entrevista forma parte del trabajo de mi memoria, por lo que su uso es estrictamente para fines académicos.

Finalmente, quisiera pedirle permiso para grabar la entrevista con una grabadora, para la posterior transcripción de ésta.

Identificación:

Nombre:

Edad:

Profesión:

Lugar en que se lleve a cabo la entrevista:

Hora:

Preguntas:

- 1) En la obra de Pakman se denomina micropolítica a la reproducción y al mantenimiento de ciertas prácticas que perpetúan ciertos discursos de sujeción de la subjetividad. En base a esto y a lo que Foucault entiende por sujeción ¿cuál es su opinión con respecto a lo micropolítico?
- 2) ¿Qué entiende usted sobre la dimensión poética, considerándola en la obra de Pakman, como lo que logra un distanciamiento crítico de la micropolítica?
- 3) Si entendiéramos el proceso de diferenciación del adolescente como una dialéctica entre lo micropolítico y lo poético, ¿cómo cree usted que se llevaría a cabo esta dialéctica?
- 4) Desde Pakman, en psicoterapia lo micropolítico reproduce mecanismos de sujeción que obligan tanto al terapeuta como al consultante a cumplir ciertos guiones que los sujetan en posiciones subjetivas determinadas ¿Cómo cree usted que estos mecanismos de sujeción participan del proceso psicoterapéutico con adolescentes?
- 5) En su ejercicio terapéutico, y más precisamente en el marco del equipo Aporexis, ¿cómo se enfocan distinciones como singularidad, sorpresa, generatividad y estética de la sesión? ¿Cómo se observan cada una de estas distinciones en psicoterapia con adolescentes?
- 6) En relación a la dimensión poética, Pakman denomina imaginación poética como la herramienta fundamental para mantener una distancia crítica con lo micropolítico. Por otro lado, Vigotsky llama imaginación creadora a la función de crear nuevas imágenes y acciones en la persona. ¿Cómo cree usted que se podrían relacionar ambas nociones y qué importancia tendrían para el proceso de diferenciación del adolescente?
- 7) ¿Qué importancia le da usted a la función imaginativa del consultante adolescente en un proceso psicoterapéutico?

8) ¿Cuáles serían las directrices que articularían un proceso terapéutico sistémico relacional orientado desde una atención profunda de la dialéctica micropolítica y poética en el trabajo con adolescentes y su proceso de diferenciación?

9) ¿Desea realizar algún otro comentario o precisar algo de lo señalado?

De antemano, muchas gracias

Anexo II: Entrevista a Claudio Zamorano

Entrevistador: Bueno, comenzando la entrevista que servirá para mi memoria de Pregrado; la primera pregunta dice; en la obra de Pakman, se denomina micropolítica a la reproducción y al mantenimiento de ciertas prácticas que perpetúan ciertos discursos de sujeción de la subjetividad. En base a esto y en base a lo que Foucault entiende por sujeción, ¿Cuál es tu opinión con respecto a lo micropolítico?

Claudio: ¿mi opinión en cual sentido Felipe? ¿Mi opinión como concepto?

Entrevistador: Claro, como concepto teórico en verdad, más allá de lo psicoterapéutico

Claudio: Ok, bueno creo que tu pregunta es un poco amplia. Pues me parece bien, me parece mal, pero siempre en relación a otra cosa. Ósea, me parece un concepto útil para poder articular un puente entre el pensamiento de Foucault y una práctica mas íntima, una práctica con microsistemas; familia, pareja, individuo. Ósea llevar el pensamiento crítico de Foucault a los sistemas sociales con los cuales uno trabaja; en ese sentido me parece útil.

Entrevistador: Ok, la segunda pregunta dice relación con la dimensión poética de la que habla Pakman. Sobre estos espacios singulares que están indeterminados. En breves términos Claudio, ¿Cómo tu entiendes este distanciamiento crítico de lo micropolítico que Pakman denomina lo poético?

Claudio: Mira yo creo que ahí hay algo interesante en Pakman, que no está suficientemente declarado. Es interesante pensar que, como yo entiendo que él trabaja con la idea de lo poético, como esos momentos sin dueño. Esos momentos que escapan a la trama micropolítica. Lo que yo creo que es interesante ahí, es pensar donde habita lo poético para Pakman. Ósea lo poético es un campo disponible, una

dimensión disponible, pero ¿Dónde habita esa dimensión? Ósea pareciera que habita mas allá de la trama micropolítica, pero pareciera ser que lo poético en Pakman, nos haría pensar que habrían aspectos genuinos en el sujeto, en las personas, que quedan obturados y tramitados por la trama micropolítica. Por lo tanto lo poético, ¿acaso tendría alguna relación con lo genuino? Y si ese fuese el caso ¿lo genuino, dónde está? O ¿Cómo uno puede acceder a lo genuino / poético, si no es a través de la micropolítica misma? ¿Se podría acceder a lo poético si no es a través de la micropolítica? Me parece que no, o en verdad no sabría pensarlo, ¿uno podría establecer un puente directo a lo poético sin pasar por la micropolítica? Eso.

Entrevistador: Bueno, la tercera pregunta ya está más ligada al argumento de mi memoria, que es sobre el proceso de diferenciación del adolescente. En la memoria se presupone que este proceso es una dialéctica entre estas dos dimensiones de Pakman. En términos personales, ¿Cómo crees tú que se llevaría a cabo este proceso de diferenciación del adolescente?

Claudio: ¿Cómo se llevaría a cabo? ¿Me estas preguntando por la identidad?

Entrevistador: Claro.

Claudio: Mira, te voy a responder pero tal vez lo que te responda también va a relacionarse con otras preguntas, porque el tema en verdad es muy amplio.

Yo creo que la entrada en la adolescencia, es en parte un comienzo, pero en parte es una progresión. Ósea, el adolescente comienza a hacerse uno, o más bien, a hacerse la pregunta de quién es, pero que no es una pregunta de un modo intelectual, sino que llega a esa pregunta, a partir creo yo de una vivencia, que tendría más relación con una dimensión existencial. Ósea se empieza a tener conciencia de lo que implica dejar de ser niño. Ahora, ahí hay una variable clave que es el cuerpo. Es decir, dado que el cuerpo se emancipa, se excede, se transgrede, el cuerpo es la noticia misma del desarrollo. Por lo tanto, en la medida en que comienza el desarrollo del adolescente, comienza la pregunta por la identidad. Pero esto no significa que comience desde un punto cero o un punto neutro, sino que es un empezar a hacerse cargo de la identidad misma, pero ya inserto dentro de una trama micropolítica, que ya está instalada y además ya están los padres puestos en esa misma trama micropolítica con el niño. Entonces es muy interesante este proceso, ya que en este comenzar a crecer, siempre va a poner en juego de algún modo la micropolítica familiar que interpela la micropolítica individual.

Entrevistador, ¿eso podría tener relación con esto que dice Ricoeur sobre la mismidad de la persona, como esto qué es lo auténtico de la persona, a lo que se regresa siempre?

Claudio: Sí, déjame irme por otro lado sí. Lo que uno esperaría sobre ciertos hitos adolescentes, es ciertos momentos de interpelación, de transgresión a la norma imperante. Es decir como el acercarse al límite o transgredirlo, para poder tener conciencia de sí mismo. Entonces si lo pensamos así, siempre va a ocurrir, o debiera ocurrir, si es que ese hito de la adolescencia deviene, que siempre se va a interpelar a campos vedados o a campos que están como en la dimensión del tabú. Ósea si el adolescente transgrede o interpela; desafía a los padres a ingresar en dimensiones de tabú, o en dimensiones poco exploradas, que estarían dentro de lo no dicho.

Ahora bien, pensándolo así, esa interpelación o ese estar desafiando, es una posibilidad para que la familia misma, en el sentido de las prácticas, de las relaciones, las prácticas de reconocimiento familiar, para que puedan regresar de algún modo a ciertos orígenes en términos deconstructivos Felipe. Ósea, el adolescente desafía, y retrotrae a los padres, a ciertos momentos originarios donde esas prácticas micropolíticas empezaron a perpetuarse. Entonces, de algún modo siempre el proceso del adolescente interpela a los padres a un proceso regresivo, al origen donde el principio deviene. El principio no sólo como comienzo sino que también como norma. En ese sentido se puede pensar que el proceso del adolescente como etapa no solo es del adolescente mismo, sino que es un proceso adolescente/familiar, tomando también aspectos regresivos para los padres y la familia misma. Ahí tomamos lo de Ricoeur, por cierto en tanto hay un proceso adolescente, deviene un retorno de los padres a una historia, entonces hay un retorno para volver a la situación actual.

Eso diría, y que el proceso adolescente no solo es un aspecto individual del lolo, de la chiquilla, sino que siempre es un mirarse a través de los padres y los padres mirarse a ellos mismos a través de los ojos del adolescente.

Entrevistador: La pregunta cuatro tiene relación con el ejercicio clínico. ¿Cómo crees que los guiones a lo que lo micropolítico muchas veces nos obliga a someternos como terapeuta y como consultante, influyen en un proceso psicoterapéutico, especialmente con adolescentes?

Claudio: ¿Te refieres al terapeuta?

Entrevistador: Claro, ¿cómo lo micropolítico que nos posiciona en un lugar de profesional con un cierto saber y un cierto poder, influye en un proceso terapéutico?

Claudio: Eeeeh...a ver, en relación a cuando uno participa en un proceso psicoterapéutico con adolescentes...

Entrevistador: claro, enfocándose en eso.

Claudio: A ver, yo creo que cuando los padres consultan por algo que esta pasándole al hijo adolescente, siempre hay una pugna ideológica. Ósea, en la consulta por el proceso adolescente siempre hay una tensión que se presenta en una pugna que es pura ideología, pero que no es pura idea sino que está existencialmente atravesada. Ósea es una pugna ideológica y existencial. Es decir, padres que no saben y no pueden intervenir y acompañar un proceso, e hijos que no saben cómo ni cuál es el lugar correcto para los padres en su propio proceso, pero al mismo tiempo, tratando de velar por su propia individualidad, pero sabiendo que requieren un apoyo pero no sabiendo bien cómo. En ese intermedio es que el terapeuta se instala, y como se instala en ese intermedio, como bisagra, en el sentido como un jugador en términos heideggerianos, va a estar demandado en tanto esta entremedio de una pugna ideológica y existencial. Está demandado por la micropolítica de la familia, que tributa por cierto, a aspectos ideológicos más amplios. Por tanto está demandado por la micropolítica paterna, y además está siendo llamado porque está siendo traído como alguien que tiene un saber, para mediar en esta pugna ideológica existencial. Y como tiene un cierto saber; de todos modos hay algunos padres que delegan ese saber. Y ellos delegan ese saber porque asumen una incompetencia en un saber ser adolescente, por lo tanto eso está siempre tributando una historia. Habiendo dicho eso, el terapeuta siempre está siendo demandado por una micropolítica, pero no sólo de los padres sino que también por la micropolítica en construcción, en curso del adolescente que se está relacionando con una ideología y con aspectos existenciales. Entonces parte del trabajo del terapeuta es poder generar las condiciones en conjunto para generar una micropolítica distinta. Si es a través de eventos poéticos, en términos pakmanianos puede ser. Es como un momento en donde el terapeuta dice, bueno esta problemática con el adolescente, dado que ha venido la adolescencia, pero podríamos pensar que todavía hay aspectos de la relación entre ustedes que tributan una historia genuina, donde este problema no esté. Sí, quizás el devenir en una nueva micropolítica sea a través de una poética. Pero de todos modos, yo creo que la micropolítica tiene un lugar creativo, y que no es pura constricción. Entonces yo creo que uno puede llegar a la poética dándole dignidad a la micropolítica. No sólo de esquivar, o de buscar el intersticio de la micropolítica para que

la poética aparezca. Yo creo que la micropolítica en términos foucaultianos, es pura creación. Hay un poder positivo en la micropolítica y que no debe de ser desconocida.

Entrevistador: La siguiente pregunta también se relaciona con el ejercicio clínico. Enmarcándose en el grupo Aporesis del que formas parte, que se relaciona con cómo se pueden facilitar ciertas prácticas que generen estos espacios generativos en terapia, ¿Cómo enfocas en tu ejercicio clínico ciertas distinciones que en ciertos aspectos tienen relación con lo poético, que son singularidad, sorpresa, generatividad y estética de la sesión; y esto enfocándonos en una psicoterapia con adolescentes?

Claudio: Ok. Cuando yo trabajo con adolescentes, para mí es muy importante algunos aspectos que son un poco puestos en el velador del modelo sistémico, ósea que están quizás disponibles pero que no están tan enunciados. Para mí los aspectos evolutivos son muy importantes, esto para empezar a responder tu pregunta sobre la singularidad. Para mí la fuerza que tiene la biología misma, en términos de lugar para todo lo que nos ocurre, es clave. Entonces si bien es muy difícil quizás un ejercicio imposible el separar lo biológico de la trama micropolítica/poética, no por eso uno tiene que desconocer que en la micropolítica y en la poética habita un cuerpo. Entonces para mí el cuerpo es lo central, y ese cuerpo en tanto también ciclo del desarrollo. Es decir de rastrear las condiciones de sentido que ese cuerpo permite. Dicho eso, cuando trabajo con adolescentes para atender a la singularidad, para mí el cuerpo es un punto de referencia central. El cuerpo en tanto ritmo, movimiento, en tanto posibilidad de expresión, en tanto inquietud, en tanto lugar para el reposo y la intranquilidad. Y por lo tanto el cuerpo, pensándolo como ciclo de desarrollo, es decir, sin este rastreo uno va viendo una complejización de una trama de un cuerpo que desde un comienzo ha ido generando una manera de proponer una relación o no. Y al mismo tiempo ir rastreando como los otros o la familia, va delimitando, permitiendo o constriñendo la expresión de ese cuerpo. Que no es puro cuerpo, sino un campo de pura significación también. Entonces en este entrelace entre el cuerpo material y cuerpo vivido, ósea como este cuerpo comienza a vivirse en una trama, cuerpo vivido y también cuerpo significado. Todo eso en una trama familiar, donde ese hijo significa algo para los padres, en que la manera en que ese hijo se relaciona significa algo también para los padres. Es una perspectiva compleja pero te diría que ahí está la singularidad, en poder ir haciendo aparecer en esa complejidad lo que uno puede ir diciendo, aquí hay una expresión que no se comprende solo por las relaciones, sino que también va apareciendo, se va complejizando desde un comienzo yo te diría. Luego, la pregunta sobre la estética...para mí la estética tiene que ver con la forma. La estética de la sesión yo creo

que tiene que estar al servicio para poder generar condiciones para la singularidad. Entonces en la medida en que voy entendiendo como esa singularidad se expresa, la estética de la sesión tiene que estar al servicio de esa singularidad. Una sesión puede tener un ritmo muy tenue, algo aburrido, pero quizás esa estética permite la aparición de la singularidad. De pronto la estética de la sesión deviene en un ritmo distinto, que tiene que ver con poder acoplarse con la singularidad para poder llevarla hacia otros lados. Entonces la estética juega con acoplarse y con mover la singularidad. Eeeh, ¿Qué más me preguntaste?

Entrevistador:...bueno, sorpresa...

Claudio: ah la sorpresa, bueno, claro es decir yo creo que la sorpresa es un momento inesperado...eeeh, es un momento por otro lado tan esperado por los terapeutas. Yo diría que la sorpresa puede ocurrir solamente si los terapeutas tienen una relación con lo que se podría pensar con la locura. Si los terapeutas tienen la posibilidad de traer el humor, la metáfora, de traer la posibilidad de cuestionar pero no de insultar, de atreverse a pensar distinto. Yo creo que exige que los terapeutas tengan esta capacidad creativa y atrevida, de decir mira mirémoslo así...es decir un terapeuta que sólo sigue el curso de una historia, que va narrando, re-narrando, rescribiendo, si quizás haya sorpresa allí. Pero yo creo que es necesario que el terapeuta tenga contacto con aspectos más creativos.

Entrevistador: Bueno la pregunta que viene creo que tiene relación con lo último que dijiste. Dice, En relación a la dimensión poética, Pakman denomina imaginación poética como la herramienta fundamental para mantener una distancia crítica con lo micropolítico. Por otro lado, Vigotsky llama imaginación creadora a la función de crear nuevas imágenes y acciones en el individuo, en contraposición a una actividad reproductora que estaría más ligada a la actividad de la memoria ¿Cómo crees que se relacionan ambos conceptos y qué importancia tienen en el proceso de diferenciación del adolescente?

Claudio: Ok, me estás preguntando por aspectos creativos...yo creo que la creación, digamos en términos generales, que son momentos poéticos, de creación y de producción, en parte están hechos como dice Vygotsky, de memoria, hay un aspecto que es como ordenador, como parte del recuerdo que permite estructurar algo. Yo pienso que la psicoterapia tiene que tener orden, y estructura y secuencia. Secuencia que no solo es linealidad, sino que hay una articulación que uno va siguiendo, una

secuencia ordenadora de una historia. Ahora, el aspecto creativo más político, yo creo que el terapeuta tiene que ser capaz de escuchar en otro registro lo que te están contando. Y eso es algo que en algunas personas está más dado porque su propia vida los ha hecho pensar así. Hay otros terapeutas que no tienen eso desarrollado, y creo que es una habilidad que se puede entrenar; pero no sólo leyendo, sino viviendo algo, viviendo la terapia y la vida en general. O sea si el paciente me está contando algo, yo tengo que pensar esto que me está contando, en otro registro que se pueda contar. Cuando el terapeuta es capaz de hacer eso, es capaz de ayudar al paciente, a las personas, a pensar creativamente su situación para encontrar en otro registro la posibilidad de diferencia. Un ejemplo, si el paciente te habla sobre el sentirse miserable, lo que te está contando como escena misma, como enunciado, el terapeuta debe pensarlo en otro registro, y pensar en historias miserables que ha escuchado o que ha visto para pensar si en esa otra historia hay una línea de fuga que permita pensarla en la historia que te cuentan.

Entrevistador: ¿y cómo piensas tú que esta función creadora, es decir, que importancia crees que tendría en el proceso de diferenciación de la adolescencia?

Claudio: Bueno, que cuando el adolescente transita en estos hitos que uno espera, que no sólo hay sobreadaptación, sino que también confrontación con la norma. El adolescente está intentando crear algo, está intentado crear una manera singular de estar en el mundo. Visto así uno podría pensar de que sí, que el adolescente está tratando de no ser pura repetición, sino que también ser creación, y para eso debe confrontarse con los límites normativos, para poder encontrar en el exceso o en el más allá, una manera singular, que es creativa. En verdad nunca lo había pensado así.

Entrevistador: Bueno quedan sólo dos preguntas. La que viene creo que tiene relación con lo que has venido diciendo, que es ¿qué importancia le das a la función imaginativa del consultante adolescente en un proceso psicoterapéutico?

Claudio: Bueno eso estoy diciendo ¿no? El adolescente no es pura repetición, sino que comienza a relacionarse con otras dimensiones de la existencia también, de un modo mucho más propio, más singular; donde hay muchos campos para la tramitación del sí mismo: el cuerpo, el deporte, la música, el estilo etc. Todos esos espacios son espacios susceptibles de ser habitados creativamente. Y de hecho cuando no lo está siendo, yo intenciono muchísimo para que sí lo sea. Debo reconocer que yo tengo una perspectiva renacentista de la adolescencia y de la clínica. El trabajo con adolescentes, el

diagnostico más que nada, se orienta en cuatro dimensiones para mí: es el arte, la ciencia, el cuerpo, y el amor. Ósea, me interesa como el cabro se relaciona con el arte, con la ciencia en términos del desarrollo científico virtuoso, con lo académico, el conocimiento; con el cuerpo, el deporte; y con la expresión espiritual afectiva. Cuando hago un diagnóstico lo pienso en términos renacentistas. Y creo que si una dimensión está obturada, se podría abrir por ahí para obtener un sentido distinto.

Entrevistador: Y bueno, la ultima pregunta, cerrando esta entrevista; ¿Cuáles serían, según tu opinión, las directrices que articularían un proceso terapéutico sistémico relacional orientado desde una atención profunda de la dialéctica micropolítica y poética en el trabajo con adolescentes y su proceso de diferenciación?

Claudio: Bueno yo creo que eso ya se ha dicho. La consulta se inaugura desde un quiebre, que representa una pugna, una tensión en una trama ideología existencial, que tributa una historia familiar, por lo tanto una tensión entre aspecto micropolíticos de ese sistema, que de un modo está vinculado a tramas sociales, que se está poniendo en pugna ahí; y de aspectos singulares/poéticos del adolescente que está intentando encontrar creativamente, que en esta tensión con la norma o en el padecimiento del cuerpo, está tratando de encontrar un sentido a su existencia, de modo singular. Está interpelando y poniendo en juego la historia familiar, por lo tanto indagar en qué aspectos vedados de la historia familiar están apareciendo en la interpelación del proceso del adolescente es clave; yo lo dije, el proceso adolescente, ingresa en una dimensión del tabú de la historia familiar, de lo no dicho, por decirlo así.

Poner atención a toda esa constelación es central para ver que el terapeuta juega en ese intermedio, para tratar de generar una conversación que permita la creación de una nueva micropolítica que contenga la singularidad, y que permita a la familia, evolucionar en un sentido batesoniano, de hacerse distinto y novedoso, para acompañar y permitir que esa singularidad aparezca. Por lo tanto los padres también debieran cambiar. Eso te diría en términos generales.

Entrevistador: Ok, muchas gracias por tu tiempo Claudio.

Anexo III: Entrevista a Carolina Besoain

Entrevistador: Bueno la primera pregunta dice, en la obra de Pakman, se denomina micropolítica a la reproducción y al mantenimiento de ciertas prácticas que perpetúan ciertos discursos de sujeción de la subjetividad. En base a esto y en base a lo que Foucault entiende por sujeción, ¿Cuál es tu opinión con respecto a lo micropolítico?

Carolina: mmm... a mí me gusta mucho el término, porque siento que le da como el palo al gato respecto de fenómenos que tienen que ver con la vida misma digamos, con el desarrollo de la subjetividad en general; que es justamente este interjuego entre la continuidad y la discontinuidad entre lo social y lo singular. Es un concepto que nos permite desde una reflexión que no es psicológica, poder llegar a comprender un fenómeno que está en el orden de lo psicológico.

A mí me hace mucho sentido, me gusta mucho de Pakman que sigue la línea de las propuestas narrativas de la terapia, que es introducir los conceptos políticos de lo psicológico y de lo psicoterapéutico. Esa ha sido mi inquietud que a mí me ha seducido desde el comienzo de mi aproximación a la clínica. Además de esto, considero que este término introduce implicancias éticas muy interesantes, lo que me ponía a mí como psicoterapeuta en un lugar político también, con respecto a que iba a facilitar o no, o reproducir en el espacio de la clínica. Este concepto entonces me ha acercado a la dirección, a la ambición ética de la psicoterapia, al “para qué” de la terapia. Entonces este concepto me ha hecho reflexionar sobre cómo desde la psicoterapia, se puede interrumpir lo dominante, para poder generar procesos de libertad, de emancipación, de libertad.

Entrevistador: Bueno, pasando a la segunda pregunta, en relación al segundo término que utiliza Pakman, ¿Qué entiendes tú por esta dimensión poética que logra un distanciamiento crítico de la micropolítica?

Carolina: Bueno, estos conceptos me han seducido mucho porque he ido viendo también como la psicoterapia que hago, en realidad apunta a poder generar este espacio poético, por sobre todas las cosas. Yo siento que mi trabajo, muchas veces apunta hacia lograr hacer comentarios reflexivos sobre la vida del paciente. La poética me ayuda a pensar entonces sobre la ambición de la terapia, yo no estoy aquí para decirle al otro lo que tiene que hacer; que es lo correcto y lo incorrecto; lo saludable o lo no saludable; sino que se trata de poder invitar al otro a tener una conversación que tenga que ver con hacer un comentario de la vida que haga sentido y que ayude a abrir

perspectivas que ayuden a salir de esas cosas que constriñen, a esos mandatos o esos modos de estar en el mundo que generan sufrimiento. Desde ahí lo veo yo.

Entrevistador: La pregunta tres habla un poco sobre el tema de la adolescencia en sí, adentrándonos en eso. Bueno, en la memoria se presupone que este proceso es una dialéctica entre estas dos dimensiones de Pakman. En términos personales, ¿cómo crees tú que se llevaría a cabo este proceso de diferenciación del adolescente?

Carolina: Interesante es la clínica con adolescente. Yo la encuentro distinta de la psicoterapia con adultos, tiene juegos técnicos distintos, convocatorias distintas, y los modos que toma la tensión entre la micropolítica y lo poético también son distintos. Porque justamente, hay una relación distinta con el lenguaje, con la conversación, con lo que el proceso adolescente pone en juego con los temas como el cuerpo, la identificación, la diferenciación de los padres, el inicio de la sexualidad. Son temáticas súper particulares que hacen de esta tensión ser bastante específica. A mí me ha tocado trabajar además con una cierta población adolescente, así sociológicamente particular. Es una población de nivel socioeconómicamente acomodado, participan en entornos bastante conservadores, religiosos. Entonces ahí el proceso de la adolescencia se produce de manera distinta que en otros estratos, es otro tipo de adolescencia. Es una micropolítica distinta, hay mandatos que son muy comunes. Ahora, lo poético en la psicoterapia que hago, aparece yo creo en mi intento por reconocer dar legitimidad al propio deseo del adolescente, a su propio querer, afecto y percepción, y poder distinguirlo del deseo de los padres. Eso ha sido súper protagónico en mi clínica. Entonces, lo poético en mi ejercicio clínico, pienso que tiene que ver con ayudar al paciente a encontrar su propia singularidad, y permitirle también más diferenciación

Entrevistador: Ok. Bueno esta pregunta igual se acerca a la psicoterapia misma, entonces quizás igual la respondiste un poco. ¿Cómo crees tú que los guiones a lo que lo micropolitico muchas veces nos obliga a someternos como terapeuta y como consultante, influyen en un proceso psicoterapéutico, especialmente con adolescentes? Es cómo este rol del psicólogo profesional con un saber y un poder particular, que es un guión que se cristaliza por la micropolítica, influye en un proceso psicoterapéutico con adolescentes.

Carolina: Mira es curioso. En verdad te podría decir hartas cosas, pero te voy a hablar desde mi experiencia clínica, que no es tan larga tampoco pero es lo que me ha tocado

a mí. A mí me ha tocado atender a adolescentes que tienen el deseo de venir al psicólogo. Eso no es común, no siempre es así. Al parecer les parece una buena idea venir a terapia porque la consideran un espacio para ellos. Y entonces, ese es el lugar en que cae lo psicoterapéutico, más que el lugar del disciplinamiento, es un espacio de descanso de cierta esclavitud o cierto peso. Un lugar más creativo. Eso me ha pasado fíjate, con los adolescentes con los que he trabajado. Hay que pensar también que son grupos que pueden pagar psicoterapia, y que están más disponibles también para ellos. En cierto aspecto lo psicológico y lo psicoterapéutico es una herramienta que está a la mano en la cultura, en este estrato social. En cierto aspecto, no es el último recurso digamos.

Entrevistador: Claro. Igual pienso que con este grupo determinado con el que trabajas, y además al tener tú una consulta privada, obviamente no existe ninguna institución a la que responder, y por lo cual siento que quizás este rol de psicólogo profesional con un cierto saber, se logra sortear un poco al haber más libertad en el ejercicio terapéutico.

Carolina: Claro, al trabajar en una consulta privada no tengo eso. En general yo siento que no me he sentido exigida por ejemplo por instituciones escolares sobre las demandas sobre el espacio; eso no me ha pasado en verdad. He podido trabajar con libertad. Ahora si hay demandas de los padres con respecto al espacio, y sobre las expectativas que ellos tienen con respecto hacia lo que la psicoterapia va produciendo en los hijos.

Entrevistador: y esta petición de los padres, esta demanda ¿Cómo se maneja?

Carolina: Ahí depende mucho del caso, pero también depende mucho de la edad del adolescente. Yo trabajo mucho con adolescentes tardíos, 19 años, primer año de universidad. Ahí hay una diferencia en mi manera de trabajar respecto a la posición de los padres en el espacio. Cuando son muy chicos por ejemplo, mi trabajo con los padres es súper intenso. Yo trabajo con los padres. Tengo muchas sesiones intercaladas, sesiones con los padres, sesión con hermanos, sesión familiar, etc. Entonces, se va pudiendo trabajar con ellos, con la familia en general, para entender que le está pasando al cabro. Así se van sorteando las resistencias. Entonces claro, cuando son más chicos, yo persevero más en hacer una terapia familiar; pero cuando son más grandes, se hace así como el duelo de esta familia, algo así como, “has el duelo de tus padres, son los que te tocaron, ahora eres tú, tú y tu historia”.

Investigador: Ahora, en relación a que a veces se hace necesario una terapia familiar, ¿no te pasa que a veces sientes que tu rol de profesional, se ve un tanto modificado por la demanda de los padres?

Carolina: Ósea de todas maneras. Lo que pasa es que yo creo que mi rol de psicóloga se alimenta de eso. Porque ese deseo que el padre tiene respecto de mí, es el deseo que tiene respecto de su hijo. Entonces yo tengo que escucharlo y hacerme cargo de eso. No para domesticarme, sino que para escucharlo y trabajarlo, y para atender también el sentido y la dignidad de ese deseo también. Ósea los padres cuando quieren cosas para sus hijos no es porque sean malos, viejos o anticuados. Hay una historia, hay muchas veces valores encarnados en una historia, aprendizajes de la vida, temores, miedos, traumas, que también hay que escucharlos, porque además de que son aquello con lo que el adolescente lidia cotidianamente. También hay una posición siento yo como de humildad respecto del lugar del terapeuta donde yo no sé cómo hay que vivir la vida. Entonces yo siento que ser terapeuta, es como desarrollar la capacidad de escuchar, e instalar conversaciones donde el otro pueda escucharse, y hacer una hermenéutica de sí mismo. Yo creo que por eso mismo hay que escuchar las demandas de los padres.

Investigador: Bueno, pasando a la otra pregunta, en tu ejercicio terapéutico ¿Cómo enfocas en tu ejercicio clínico ciertas distinciones que en ciertos aspectos tienen relación con lo poético, que son singularidad, sorpresa, generatividad y estética de la sesión; y esto enfocándonos en una psicoterapia con adolescentes?

Carolina: Bueno eso ha ido cambiando a lo largo de mis años como terapeuta. Yo te diría que mis últimos tres años han sido súper potentes en términos de crecimiento en mi habilidad para el oficio. Es en esos años en que yo he ido entendiendo o he hecho uso de estos conceptos para entender lo que pasa en la conversación terapéutica. Lo que me ha pasado mucho en este tiempo en relación a estas nociones de poética, de lo singular que habla Pakman en su libro, es que me permitió mucho el uso de imágenes, de tipo Rober; estar muy atenta a esas imágenes, a esas palabras que son dichas por los pacientes, pero que también se me aparecen a mí en mi conversación interna, y que siento yo que apuntan a una dimensión de la experiencia de lo que le está pasando al paciente y lo que pasa en la terapia, súper importante; y esa importancia es teórica pero también intuitiva, es como usar un órgano mas sensorial más que racional en el ejercicio clínico. En ese sentido uso mucho la metáfora, pero no sólo la metáfora sino que también imágenes. Por ejemplo un caso que contaba el otro día en clases en el

diplomado. Un paciente que lo estoy viendo hace como dos meses. Él está bien afligido. Uno de sus problemas tiene que ver con que, él lleva una vida cotidiana, en donde él es médico, trabaja muchísimo, se acaba de separar de una pareja con la que estuvo durante muchos años, y durante la cual siempre mantuvo muchas relaciones simultáneamente con otras mujeres, lo cual se mantiene hoy por hoy. Él tiene todo este deseo de querer detener esto, pero su temor es la resistencia y la dificultad para hacerlo. Y bueno lo que paso es que en una sesión estábamos hablando sobre esta dificultad que él sentía, y yo tuve una imagen muy mía en la cabeza: una imagen de la piscina de la casa de mi bisabuela. Entonces se me apareció esa escena y empecé a hablar desde mi imaginación, sobre la idea de que si el abandonaba esta manera de funcionar de un día para otro, era como tirarse a una piscina sin agua. Y cuando hablamos sobre lo difícil que era, se hablo de que había que llenar esa piscina primero para que él se pudiera tirar. Después de eso él se fue de viaje una semana, volvió y empezó a aparecer en la semana siguiente, muchas anécdotas llenas de agua. Apareció una casa de los papas de él, que estaba en la playa, y el contaba que cuando chico le gustaba bucear y todo; contaba que le gustaba estar en el mar, y contaba puras cosas con agua, y relataba que había algo en su relación con el agua que lo conectaba con la posibilidad de poder como conseguir cierta tranquilidad del temor.

Investigador: Igual es un poco lo que dice Pakman, cuando dice que los eventos poeticos generan un lugar donde siempre se puede recurrir, al que siempre se puede regresar.

Carolina: si, si este caso es muy similar a lo que decía Pakman. Para mí ha sido súper bonito porque encontramos un lugar en esa piscina que se llena, en el agua, que se transforma en ese lugar donde para él es posible como sacarse de alguna manera estos modos más micropolíticos de su funcionamiento, y flotar, y no ahogarse ni caerse sobre el suelo de la piscina.

Ayer, otro paciente que es más grande, tiene 27 años, es artista, y tiene totalmente una temática bien adolescente igual, vive con sus padres y todo. Ella está en un proceso súper potente de emancipación, con una familia súper así...Opus Dei, ósea todo lo que te puedas imaginar sobre lo que puede ser la constricción, el mandato religioso, económico, social. Y ayer hablamos de una obra de ella, ella me contó de una escultura que había hecho cuando estaba en la universidad que le valió el reconocimiento del profesor. Y entonces ella me cuenta que la escultura era una metáfora de ella y su relación con la mamá y con el mundo, y era tan bonito porque ahí encontramos un lugar. Ella me contaba que buscó pedazos de madera rígidos, como su

madre, y metió durante semanas la madera a la piscina, y dejó varias tiras de madera, porque ella quería trenzar la madera. Y su intención artística era esa, trenzar la madera. Ella entonces metió esta escultura a la piscina, y cuando sacó del agua la madera, la madera era como una lana, entonces ella llevo esto a la universidad y había una escalera, y en toda la baranda trenzó con madera la escalera, y después se seco y quedo rígido de nuevo. Bueno le fue excelente y todo, fue maravilloso lo que hizo, todo el proceso creativo detrás, todo. Entonces hablamos sobre cómo esta obra hablaba de ella, sobre sus relaciones con sus padres, y como ella reproducía en sus relaciones de pareja por ejemplo, las mismas pautas de relación con su mamá, pensando que todos eran tan rígidos, como su madre. Fue súper interesante, y de nuevo ahí aparece la imagen que la trae ella, y que se transforma en un lugar que uno podría pensar que tiene que ver con ese registro de lo poético de la psicoterapia.

Entrevistador: ¿Cómo piensas tú, eehh como trabajas el tema de cómo la estética de la sesión se va edificando?; y también si lo puedes enfocar en el tema de la adolescencia

Carolina: Mmm sobre la estética. Bueno yo creo que la estética...hay una marca estética que tiene que ver con quién soy yo, mi presencia, así mi cuerpo, mi género, mi modo, mi todo. Entonces yo me presento y también como que recreo cierta estética en las sesiones, que tiene que ver conmigo, y que probablemente hay un sello ahí. Existe, como que lo da la presencia material de quién soy yo. Y ahí yo creo que yo, si bien hay diferencias y pueden haber diferencias respecto de los distintos procesos, si yo pudiera pensar un sello estético, algo así como mi forma de hacer terapia...yo creo que tiene que ver con cierta intimidad. Como con sensaciones muy, climas de mucha intimidad. No todas las terapias son iguales, de hecho yo he visto atender a otros terapeutas, que son mas lúdicos, mas chistosos, hay otros que son muy serios, más severos, y así es como me veía, así como, no sé, como más cercana, y como que en general me resulta cómodo como lugar, mi modo de estar en el oficio, respecto de un clima emocional que es acogedor, que es cálido. Yo creo que eso caracteriza un poco mi forma de trabajar.

Entrevistador: ahora cuando ocurren estos momentos generativos, por ejemplo el tema de la imagen, cuando aparece este imagen de la piscina con tu paciente. ¿Pasa que la estética de la sesión se va modificando un poco, las coordenadas estéticas pasan a otro plano?

Carolina: sí, sí, sí, desde el cuerpo del paciente, como, ponte tú este mismo paciente que tú estás hablando, siempre hay un mismo momento de la sesión en el que se echa para atrás, y como que entra en algo. Y cuando está ahí y se va para atrás y como que

se acuerda de cosas, como si estuviera en asociación libre. Y claro cuando usamos aparecen estas imágenes, es interesante porque ahí tiene que ver con la retórica de la conversación terapéutica, porque ahí no hay una linealidad, entonces uno no puede decir empecé aquí y termine allá y tuve que pasar por todos estos pasos; no, como que uno circula, y yo te diría que cuando aparecen estos momentos poéticos es como que el registro de la conversación, estético también de la sesión, se torna mucho más afectivo que racional, eso de todas maneras, y eso se nota en la emocionalidad, en el tono emocional de la sesión, se nota en mis intervenciones, como si yo sintiera que las palabras que voy a usar ahora lo que quieren no es explicar, si no que tocar, acariciar. No sé si me logro explicar con eso pero como que estéticamente siento que pasa eso, como que si alguien escuchara esa sesión o si estuviera detrás del espejo, es como si estuviéramos hablando en un registro, en una lógica distinta, como si se tratara de una lógica distinta

Entrevistador: ¿es una lógica más generativa?

Carolina: sin duda, porque es más indeterminada, porque es un lenguaje menos unívoco respecto de la semántica, de los significados. Ósea si estás hablando de la piscina que se llena o de la madera que es flexible o se rigidiza puedes estar hablando de muchas cosas al mismo tiempo, y puedes juntar todos los registros en esa imagen, te fijas? Entonces a mi paciente puedo hablarle de la mamá, de su relación de pareja, hablarle de esa pelea que tuvo con su mamá a los 9 años o que se yo, todo eso se convoca en esa imagen, entonces desde ahí es muy generativo, porque se abren líneas de fuga, hacia distintas temáticas. Es otra lógica que quizás es justamente la lógica poética, esa lógica de lo indeterminado que dice Pakman. Como que son conversaciones o momentos de las conversaciones, en casi todas las sesiones aspiro llegar a momentos así. Al principio uno está como construyendo, pero luego que ya has construido un modo de trabajar, siempre hay un lugar al cual uno aspira llegar en sesión, y cuando llegamos a ese lugar, ese registro así como estéticamente, en la conversación, es un registro mucho más indeterminado, mucho más sensual, efectivamente, y cambia el clima, mucho más emotivo que racional, mucho más emotivo. Entonces yo creo que ha sido algo que a mí me ha permitido mucho, estás nociones de micropolítica, poética, etc. como avanzar a una psicoterapia mucho más emotiva, como de la experiencia.

Entrevistador: ¿sabes distinguir algunos elementos que te ayudan de un cambio de lo racional a lo afectivo?

Carolina: en mi experiencia clínica, tampoco es como que lo he leído en alguna parte, como que hay una hebra, que yo creo que es la hebra del sentido, el sentido claro circula entre el pensamiento y el afecto, están los dos. Pero hay algo de sentido que está en el afecto y que hay ciertas psicoterapias más modernas que Packman denuncia y todo, que tiene que ver con introducir el mandato racional a la subjetividad, ver un sujeto racional, controlado, gestionado. Entonces, yo creo que eso también lo he aprendido harto de los psicoanalistas relacionales, y de los pacientes, porque yo me terapeo con una psicoanalista relacional, entonces como paciente, he aprendido mucho de ella, algo que no he aprendido tanto en la sistémica, porque aunque no lo reconozcan mucho, la sistémica tiene mucho del objetivo estratégico, un fuerte sello orientado a objetivos, que a veces yo lo comparto y todo, pero desde el psicoanálisis relacional, he aprendido las bondades del acompañar al otro. Solo acompañar, y no es que ahí uno deje de hacer terapia, es un modo de hacer terapia que tiene que ver con sostener al otro, con ofrecerle como esta conversación al modo del comentario, que, no es que vallamos a llegar a alguna parte de cambio todavía o en ese momento, necesariamente, sino que esas palabras se transforman como, bueno Packman habla de este regazo, este sostén, que le permiten al otro de existir en esa experiencia particular que está teniendo, y se produce un reconocimiento además, un reconocimiento que, un poco el psicoanálisis relacional viene de ahí, de la teoría del apego. Justamente ellos hablan del trauma relacional, porque el apego tiene que ver con las capacidades de la madre de ver las necesidades del niño, ¿no? Pueden atender al gesto del bebe, a ver si la madre es suficientemente atenta...entonces como el trauma relacional que dicen los psicoanalistas es la experiencia de no a ver sido visto ni reconocido en las propias necesidades, y a veces yo creo que la misma psicoterapia puede tener momentos, en lo que de eso se trata, de que el otro se sienta visto, y poder contener, y legitimar ese padecimiento, por decirlo así, y no solamente llevar al cambio que es la mirada de los estratégicos; bueno, los psicoanalistas relacionales y Packman con su mirada aporética me ha ayudado mucho a atender esto, ósea como que hay sesiones de..."eso se trata, bueno en esto estas, y aquí estoy yo contigo" , y yo creo que eso tiene un componente terapéutico gigantesco porque justamente intenta reparar eso que ha sido dañado, como de la sensación de la imposibilidad de la inlegitimidad del propio sufrimiento, la invisibilización de el ser visto, el ser reconocido. Me ha entregado mucho la visión aporética sobre todo, prestarle imágenes, palabras, encontrar la manera de sostener experiencias que están más allá.

Entrevistador: ¿Y estos términos enfocados a la adolescencia? ¿Ves alguna diferencia?

Carolina Sí yo creo que sí, que tiene diferencias. Emmm, déjame pensar.

Entrevistador: Esto de la estética, lo generativo, lo singular

Carolina: Si ponte tú, para mí en el caso adolescente he tenido muy buenas experiencias con convocatoria. Si hay algo que yo pudiera como recomendar, si hay algo que me ha sido súper generativo, es el trabajo con adolescentes, porque abre puertas, sobre todo cuando sientes que está siendo difícil, porque hay una rigidez en la adolescencia y una sintomatología adolescente que me ha tocado verla como muy fuerte también, que tiene que ver con cierta pugna que se instala, porque no quieren transar ni un milímetro, porque tranzarlo es perder lo que han ganado en frente a los padres, entonces cuesta maniobrar, entonces a mí ahí, lo que me ha sido súper útil y generativo para abrir perspectivas de conversación y de sentido, ha sido la convocatoria familiar y sobretodo la convocatoria a hermanos, mucho. Como cuando te contaba sobre este chico con sus amigos sus hermanos, y el ritual, ¿no? Otras veces con las hermanas, sin padres, que ha formado circuitos de inflexión en las terapias, súper poderoso. Como lo entiendo yo o como lo he entendido en estos casos es como si entraran al espacio terapéutico y se pusieran a disposición un repertorio de voces, que son posicionamientos diversas respecto de la historia que es la vida, y eso es súper generativo y súper aliviador para el adolescente, y ver que ellos te lo reporten así como, en algunos casos si porque este chico por ejemplo “lo mejor de la terapia, la sesión del martes”. Pero con otros pacientes no me lo han reportado así, pero yo he notado, claro que yo veces, uno a veces tiene la idea de si acaso el registro en el que ocurre el cambio terapéutico debe ser siempre del insight, o a veces pueden pasar cosas que el otro no se da cuenta que pasaron, y con adolescentes muchas veces pasa ello, por eso me acuerdo siempre de una paciente que tuvimos una “sesión de hermana” y a mí no me dio nunca ningún mérito, era de esos pacientes que quería venir, porque la estaba pasando mal, pero odiaba el espacio terapéutico, porque significaba asociarlo con ese malestar, entonces era una relación súper ambivalente, y la sesión con la hermana fue súper potente, y yo, es como que la hermana, ella venía en una rigidez en su posición, así pensándolo en términos más monológicos, como de un relato que se repite a sí mismo, y que le cuesta moverse, y en esa conversación como que ella se hubiera encontrado con una caja de lápices de colores, gigante, con la que pudo empezar a pintar su experiencia, y la vi la semana siguiente, y dos semanas después, y hubo un cambio radical, pero ella no lo reconocía y yo tampoco se los mostraba porque si se hubiera acabado la magia, y usaba las palabras de los otros, tan literal era justamente lo que dice Bajtin con el lenguaje ajeno, que lo hacemos propio, y lo utilizamos a nuestro modo, y en ella se hizo súper evidente porque estaba utilizando las palabras de la hermana, y ella nunca me lo reportó así y le hubiera cargado que se lo hubiera dicho,

pero súper interesante como herramienta técnica, para aportar, generar esa novedad. ¿Qué más puede ser en el adolescente?, mmm...si yo te diría algo que aprendí del Claudio, que fue mi gran formador en terapia con adolescentes, tiene que ver con esto que conversamos hoy día, que no tiene que ver con el insight, no pedirle al adolescente que uno no puede hacer con el adulto. Por ejemplo, si yo hablo de la metáfora de la escultura, o uso esa imagen, yo con ella después puedo plantearle como esa imagen nos habla de la relación con la mamá o con el papá, y eso lo podemos conversar así. A veces con adolescentes, por el contrario, yo no hago eso, sólo hablo de la metáfora. En los niños también es así, como dicen los terapeutas de niños, quedarse en la metáfora no pasarse del registro de lo metafórico. Depende del adolescente igual, pero uno muchas veces se queda así como pasó toda la sesión...de repente puedo ofrecerle algún puente, pero no me apuro, puede ser suficiente de que pasemos toda la sesión de su relación con sus amigas, y puede que pase toda la sesión y que yo no lo haga el puente de cómo esas relaciones se parecen a las que tiene con su mamá, por ejemplo. Pero en el trabajo con adolescentes hay un trabajo en el cual yo no voy a aspirar a dar puentes, no se lo voy a exigir, entonces me puedo quedar en el registro de ese otro territorio, de ese desplazamiento, de esa imagen incluso, de esa metáfora. Estoy pensando de una paciente con la cual estoy trabajando ahora, que hablábamos mucho de los temas de las minorías o mayorías, con ella igual, porque ella es la más chica de su casa, la única que no era como matea, la única que la cambiaron de colegio porque todos los otros hermanos salieron del mismo colegio, súper tradicional y todo, entonces ella le costaba más el colegio entonces ella siempre hacia un esfuerzo permanente y excesivo por estudiar, de una manera súper rígida, costosa emocionalmente, y le costaba mucho soltar ese esfuerzo, porque era una manera de disminuir su diferencia, entonces en un momento hablábamos de películas, de los negros contra los blancos, no sé, miles de imágenes que podían aparecer en esta relación de las minorías con las mayorías, los gays con los heterosexuales, y aparecían en su relato, aspectos de su vida cotidiana adolescente. De hecho una vez tenía que hacer un trabajo para el colegio, entrevistar a una psicóloga, y me pidió venir a entrevistarme con unas amigas, y yo dije que bueno, ya veníamos trabajando hace rato y todo, y lo que quería entender era sobre la discriminación hacia la gente con tatuajes, y eso también fue terapéutico, porque justamente tratamos ahí el tema de ser distinto, de la diferencia, de la discriminación, de las minorías, que eran los temas de ella, pero nunca hicimos la vinculación de estas cosas con sus problemas. Igual llego un momento en la terapia en la que yo pude emplear a hacer los puentes, pero no siempre debe ser así. Esa es una diferencia importante respecto del uso del evento poético, porque es como que en el adulto uno transita entre lo poético como imagen y lo relaciona con otras

conversaciones que se han tenido, casi siempre. Con el adolescente puede ser que yo no hago eso y me quedo en el registro más sensual, más metafórico.

Entrevistador: voy a pasar a la otra pregunta, que habla sobre un término que igual es bastante importante en mi memoria, que es la imaginación, dice: en relación a la dimensión poética, Pakman denomina imaginación poética a la herramienta fundamental para mantener esta distancia que tiene con lo micropolítico. Por otro lado, Vigotsky llama imaginación creadora a la función de crear nuevas imágenes y acciones en el individuo, en contraposición a una actividad reproductora que estaría más ligada a la actividad de la memoria ¿Cómo crees que se relacionan ambos conceptos y qué importancia tienen en el proceso de diferenciación del adolescente?

Carolina: No sé cómo establecer, entender la relación entre Vigotsky y Pakman, ahí no me manejo mucho, pero, a ver, si hay una diferencia entre la terapia con adolescentes y la terapia con adultos, es que con un adulto tú estás conversando con alguien que tiene una historia, que probablemente se ha contado esa historia a sí mismo alguna vez, como, como que tiene conciencia de historias, tiene una relación con el tiempo distinta; los niños y adolescentes tienen una experiencia mucho más presentista, y aparte han tenido menos tiempo de historia, entonces el trabajo así como que el material de trabajo, por lo menos lo que se me ha aparecido a mí como clínica, son muchas cosas cotidianas que están pasando en tiempo presente. Con adultos también, por supuesto, pero uno también se va mucho al pasado, y está haciendo este recorrido que hablaban Boscolo y Bertrando de estos anillos del tiempo, el presente el pasado y el futuro que se entrelazan, cuando cambia el presente cambia el pasado, bueno da lo mismo, en “los tiempos del tiempo” lo hablan. En adolescentes, por lo menos yo, recurro menos al pasado. Igualmente historizo, cito a los padres, armamos una genealogía, pero hay menos años también, entonces como que hay mucho del usar como material la cotidianidad de la vida ordinaria, de la experiencia de la vida ordinaria. Y eso, yo creo que requiere e instala a la terapia en un proceso súper imaginativo, porque es como poder escuchar sentido, en detalle. No sé si me explico.

Entrevistador: ¿Ósea como, se enfoca en el presente y como que claro, te cuenta con lujo de detalles lo que sintió o paso?

Carolina: claro, o de que se trata el libro que leyó, la prueba para la que está estudiando, qué se yo. Entonces requiere de mí, como terapeuta, una escucha súper creativa, respecto de cómo escuchar ahí, ósea esto siempre pasa, esto es como general para la terapia, pero diría yo que se juega más particularmente en la adolescencia, esto de las prácticas materiales de la cotidianidad, ellos no te van a contar “es que me he

sentido así, es que lo que he pensado” si no lo que te cuentan, es lo que hicieron, lo que jugó, lo que conversó, lo que hizo, en un registro menos reflexivo. Entonces es la posibilidad de escuchar esa materialidad más cotidiana, poder escuchar esas pautas que conectan a lo Bateson, el sentir como se está jugando levemente el sentido o el quiebre, en esos detalles súper materiales, y eso requiere de una imaginación en el terapeuta distinta. El paciente adulto, te ayuda más a hacer el trabajo terapeuta, ellos mismos hacen las relaciones, se dispone de un modo más reflexivo, en el que une una cosa con otra, asocia libremente. Igual hay una retórica en la terapia e igual la aprenden. El adolescente te ayuda menos en eso entonces como que requiere más de esta imaginación siento yo que es súper bonita porque es bien concreta, o desde la materialidad, como de los desechos así como a lo Benjamín, cuando él habla sobre como la historia se construye, como que los historiadores tienen que ser los arqueólogos de los desechos de la historia. Y yo creo que con los adolescentes se trabaja mucho con desechos, con detalles, de la vida cotidiana.

Entrevistador: el tema es que para mi memoria, la imaginación es un término importante por una cosa que dice Vigotsky, que el adolescente cuando está en este proceso de la búsqueda de su identidad está en un constante estado de inadaptación al medio social, como que no se siente en su lugar, está un poco como en contra de la micropolítica familiar; esta constantemente buscando su lugar, entonces eso genera una inadaptación, o un estado de inadaptación; entonces lo importante para Vigotsky de esta actividad creadora, es que es necesario este espacio de inadaptación, para que aparezca la creación del individuo

Carolina: ¿del desajuste?

Entrevistador: Ósea como que claro al haber un desajuste inevitablemente se tienen que crear nuevas formas, nuevas respuestas, nuevas formas de hacer, de actuar, entonces en ese aspecto es fundamental la imaginación porque es la función creadora de nuevos sentidos.

Carolina: si ahora yo creo que eso es válido para la terapia en general, para adultos y adolescentes es un poco decir el valor como del sentido cotidiano, como lo que se dice en el sentido común que toda crisis es una oportunidad, tiene que ver con la posibilidad del cambio, con que hay ciertos modos habituales de hacer las cosas que se hacen insostenibles, que se transforman en síntomas, en crisis en malestar, lo que sea.

Entrevistador: ahora el síntoma igual habla de una inadaptación al medio.

Carolina: exacto, y desde ahí uno puede pensar como que la vida completa, la vida es un juego entre continuidad y discontinuidad, entre micropolítica y poética, entre continuidad y quiebre, y no es que sea bueno lo uno o lo otro, son condiciones de la vida misma, como la vida y la muerte, la fuerza centrípeta y la fuerza centrífuga, ponte tú. Entonces, no es que esto de la continuidad o de la micropolítica, tengamos que atender contra ellas, y no subordinarnos, para que no haya más micropolítica, eso es imposible, siempre intentaremos generar cierta coherencia que necesitamos para funcionar. Ahora, si hay algo en Bajtin que me gusta mucho es que él habla de una ética dialógica, que hay una apuesta por el diálogo. Si tuviera que elegir entre fuerza centrífuga y centrípeta, siempre va a elegir la centrífuga, que es la que va de la diversidad al cambio y la diferencia, porque hay una apuesta ético política, ideológica ahí también, es como la fuerza centrífuga la que permite que la conversación siempre continúe, que no haya palabras finales, porque las palabras finales son autoritarismos, entonces, eh...se me fue porque estaba hablando de esto.

Entrevistador: porque...

Carolina: Ah sí, sí, sí esto de que la imaginación o la creación es sólo posible en la inadaptación, claro entonces el momento adolescente, sí, efectivamente, es que tienen una cosa como súper básica, el cuerpo cambia, crecen, su cuerpo se desarrolla, entonces el cambio físico material introduce una diferencia, bueno y toda la connotación social simbólica puesta en el cuerpo, de donde se puede leer este cambio, pero es un cambio que es evolutivo, como real biológico, la adolescencia es un momento biológico, claro culturalmente también ha sido construido, ahora se respeta más, antes era más corto, pero ahora hay un cambio real en la materialidad del cuerpo, y desde ahí, bueno y luego también todo lo que se construye socialmente, como que instala, es como la llegada de la diferencia, de la diferencia sobre sí mismo, el niño que era niño y que de pronto es un grande, se empieza a parecer a los papás, se empieza a mirar en el espejo y ya no es el mismo que era antes, y esa diferencia genera un proceso de desajuste.

Entrevistador: ¿y esta función imaginativa que tiene el adolescente tú la utilizas en tu ejercicio terapéutico, como fomentar que el adolescente imagine cosas, fomentar que genere imágenes?

Carolina: Sí, yo trabajo harto relatando futuro, imaginando lo que va a pasar y como escenas posibles, eso es como más imaginativo, con adolescentes, con adultos también pero con adolescentes harto.

Entrevistador: Igual eso es interesante, Piaget decía que cuando los adolescentes entran en las operaciones formales recién los individuos pueden visualizar un futuro, de que hay una construcción a la que se puede llegar.

Carolina: Claro, y además, tiene que ver con un uso social, si piensas en términos protocolares, por ejemplo, en primero medio empiezan a contar los minutos para la PSU, es como que se instala el proyecto de vida, se instala una presión y un mandato súper poderoso, bien amenazante y exigente, incluso la experiencia escolar cambia. Uno puede pensar en la función de la escuela moderna, no me acuerdo quien decía, el tiempo de la modernidad es el tiempo del futuro, del progreso, y claro es como la modernidad del tiempo de la razón, de la adultez no de la infancia, el adulto es el dueño de sí mismo, el individuo que se puede crear y administrar a sí mismo racionalmente, ese es el ideal moderno, y la escuela está al servicio de eso también, siempre estuvo, pero yo diría que por lo menos acá, en Chile, la selección universitaria que tenemos, la entrada a primero medio, significa la entrada al proyecto.

Entrevistador: estaba pensando, complementando eso, en Arciero y en el imaginario del adolescente, como esto que el adolescente empieza a pensarse en lo que puede ser a futuro, quiero ser un ingeniero, quiero ser un doctor, y tú me dices que eso tiene una explicación social, en donde la sociedad te empuja a empezar a emprender este imaginario.

Carolina: sí totalmente, hay un correlato cognitivo neurobiológico, lo que sea, que está totalmente enlazado con lo social, con la modernidad, si lo pensamos más sociológicamente, de todas maneras. Ahora esto da mucho para el relato del futuro. También re-relato pasado. Eso lo hago con adultos, como habría sido distinto, que tal si, volver a la escena, eso también requiere mucha imaginación. También, ponte tú, películas, novelas, personajes de cuento, ahí también utilizo mucho material para conversar.

Entrevistador: ¿y es un poco por esto? De que el adolescente necesita potenciar esta función imaginativa, o es más tu propio ejercicio terapéutico particular

Carolina: Ósea yo creo que sí que tiene que ver con este proceso de deconstrucción identitaria que son los materiales imaginarios en los que se puede volcar ese trabajo, sobre todo si es que aquí no hay tantos elementos en la historia, como traer a la mano, para hacer ese mismo trabajo. Esa es una diferencia con los adultos importantes porque además, puede ser que tengan historias y se acuerden de cosas, pero no les gusta tanto hablar de su infancia porque ya no son niños. Hay una relación con la infancia que

es distinta. Se da más esto de hablar del ahora. No puedo llevarlo a que me cuente como era a los 5 años. Con los adultos sí, yo con ellos voy harto para atrás. Entonces claro, se transforma en este material con el que jugar, con el que crear, con el que hacer hermenéutica en la sesión.

Entrevistador: queda una pregunta, la última pregunta habla sobre intentar abarcar todo lo demás, cuales son las directrices que según tu, articularían un proceso terapéutico sistémico relacional, orientado desde una atención a la dialógica entre micropolítica y poética en el trabajo con adolescentes, en su proceso de diferenciación.

Carolina: Mmmm, de partida yo creo que siempre, cuando hablas de dialéctica, hablas de lucha, entonces saber cual es siempre hay que saber cuáles son los bandos, y escuchar a todos los bandos, respecto de lo que hablábamos de la voz del padre, que siempre vive de alguna manera dentro del adolescente, entonces hay que saber escucharla, entonces ahí siempre mi insistencia con los adolescentes de trabajar con la familia, sobre todo porque siento que ahí hay un mandato ético, no sé si hablar de la vulnerabilidad pero de la dependencia, de ese joven, respecto de su familia, ellos tienen una obligación moral ética respecto de su desarrollo, entonces ahí yo no puedo marginarlos. A no ser, de que sea una familia tan poco disponible, que hay que activar redes, y ver lo que hay, pero también activar el duelo, sobre todo cuando son un poquito más grandes. Yo soy más optimista respecto de las familias cuando los niños son más chicos, insisto más en la convocatoria, en el trabajo, me esfuerzo más. Yo creo que eso es súper importante pensando en este proceso de desarrollo del adolescente, y poder poner a disposición de él, como sobre la mesa, una diversidad de movimientos posibles, porque muchas veces el adolescente desde sus limitaciones de sus dificultades de madurez incluso uno podría pensar esto de sus operaciones formales, falta de experiencia, lo que sea, su tendencia emocional lo que fuera, que muchas veces se rigidizan. Bueno todos nos rigidizamos muchas veces, pero en el adolescente es muy importante porque está empezando la vida. Uno como adulto, tiene la experiencia de haber sido distinto en otros momentos, tener la memoria de la diversidad de posiciones que uno puede tomar en la vida respecto de distintas situaciones. El adolescente no, entonces ese para mí es el sentido de la convocatoria, traer a la sesión una pluralidad de voces y posiciones posibles, de efectos y lecturas posibles, desde aquellos vínculos que son significativos para ellos. Eso me parece súper importante. Emmn ¿qué más? ¿Qué más hablamos? Esto de no necesariamente llegar al transitar sobre el territorio de lo poético sin tener que hacer tantos puentes, como del orden del pensamiento, no sé si el pensamiento...

Entrevistador: ¿cómo quedarse en la metáfora?

Carolina: sí, no llegar, si uno puede llegar genial, pero no tener la ansiedad de tener que llegar a generar esos puentes. Esto de quedarse en la metáfora y en la imagen sin necesariamente vincularla con las conversaciones previas, con lo que dijo antes; también la atención a la cotidianidad y el que ese sea el material sobre el cual se hace el trabajo hermenéutico, el trabajo como creativo, esa imaginación del terapeuta así como escuchar las pautas, escuchar el sentido. Entender que el trabajo con adolescentes es escuchar sentido, en desechos. En desechos quiero decir como leseras, en detalles, en cosas poco relevantes, en una cotidianidad de una conversación; en la materia del colegio, en los libros que les llueven, en la prueba que estudio. Digo desechos pensando en Benjamín, en esos detalles que él decía, no las grandes reflexiones o temas, si no que la vida ordinaria. Siempre se trata de la vida ordinaria, pero en los adolescentes, la vida ordinaria presente.

Entrevistador: ¿Quieres agregar algo más que no hemos conversado?

Carolina: yo creo que algo que es difícil, no lo hemos hablado pero tiene que ver con la duración de la terapia con adolescentes. En general mis experiencias, en verdad no, pero me acuerdo que en la universidad nos decían, en la terapia con adolescentes uno tiene que tener horizontes temporales más cortos porque si se alargan se angustian, y es un poco cierto, pero yo he trabajado dos años, con adolescentes, lo que pasa es que en esta manera más dinámica de organizar las sesiones, individual, familiar, o que se yo, ahí también hay una experiencia menos tediosa del trabajo que hacer asociación libre, entonces eso ayuda a la flexibilidad de los tiempos, Eso.

Entrevistador: Ok, pienso que igual se conversó todo lo que se pretendía, pienso que está bien. Muchas gracias por tu tiempo.

Bibliografía

- Arciero, G (2003) *“Estudios y diálogos sobre la identidad personal: reflexiones sobre la experiencia humana”* Amorrortu Editores
- Bubnova, T (2006) *“Voz, sentido y diálogo en Bajtin”* Universidad Nacional Autónoma de México
- Castello, S (2002) *“Sí mismo como otro: Hacia una recuperación del sujeto”* Universidad Católica de Córdoba Facultad de Filosofía y Humanidades
- Cruz, L (2012) *“Reseña y aportes de la hermenéutica: miradas desde el constructivismo”*
- Erikson, E (1971) *“Identidad, juventud y crisis”* Editorial Paidós
- Erikson, E (1983) *“Infancia y sociedad”* Editorial Paidós
- Freud, S (1901) *“Obras completas: Tres ensayos de teoría sexual y otras obras”* Amorrortu Editores 1984
- Foucault, M (1988) *“El sujeto y el poder”* Traducción de Santiago Carassale y Angélica Vitale”
- Foucault, M (1975) *“Vigilar y castigar”,* Siglo XXI Editores, México, 1997
- Hoffman, L; Paris, S; Hall, E (1996) *“Psicología del desarrollo hoy”*
- Informe WHO-AIMS sobre sistema de salud mental en Chile (2006).*
- Le Breton, D (2007) *“La edad solitaria: Adolescencia y sufrimiento”* LOM ediciones, primera edición 2012
- Lyotard, J (1979) *“La condición postmoderna: Informe sobre el saber”* Ediciones Cátedra S.A. 1987
- Kohlberg, L (1927) *“Psicología del desarrollo moral”* Ed. Desclée de Brouwer, 1992

“Las prácticas terapéuticas que promueven movimientos entre micropolítica y poética en la relación del consultante con su problema” Proyecto Semilla, 2013

Minoletti, M; Zaccaria, A (2005) “Plan Nacional de Salud Mental en Chile: 10 años de experiencia”

Morales, R (2011) “Poder, subjetividad y Psicoterapia: alcances y consideraciones desde la analítica Foucaultiana hacia una política de la resistencia” Universidad de Chile: Facultad de Filosofía y humanidades”

Morales, R (2010) “Psicoterapia sistémica, micropolítica y subjetividad: alcances en torno a la formación”

Pakman, M (2010) “Palabras que permanecen, palabras por venir: micropolítica y poética en psicoterapia” Editorial Gedisa, S.A.

Parra, J (2010) “La Imaginación”

Piaget, J (1967) “Seis estudios de Psicología”

Raposo, A; Valencia, M (2004) “Actitudes posmodernas frente al Positivismo: consecuencias metodológicas” Diseño urbano y paisaje, año 1, número 2; 2004

Ricoeur, P (1996) “Sí mismo como otro” Siglo XXI Editores, S.A.

Suarez, M (2009) “La experiencia de la imaginación creadora como elemento primordial de la creación poética en la infancia”

Vásquez. M (2012) “Narrativas de los adolescentes que se auto inflingen cortes y el proceso de construcción de identidad en el contexto de sus relaciones familiares”

Vigotsky, L (2007) “Imaginación y Creación en la Edad Infantil”

Wadsworth, B (1989) “Teoría de Piaget del desarrollo cognoscitivo y afectivo” Editorial Diana

Walder, P (2004) "El cuerpo fragmentado" Polis, Revista de la Universidad Bolivariana, año/vol. 2, N° 007, Universidad Bolivariana; Santiago, Chile